

Mircea Eliade  
El burdel de las gitanas

Lectulandia

*El burdel de las gitanas*, *El puente* y *Las Tres Gracias*, los tres relatos que componen este libro, están estrechamente ligados a los estudios de Mircea Eliade sobre religión y mitos. «*El burdel de las gitanas* (1959) narra la peripecia de un maduro profesor de música que visita un extraño prostíbulo regentado por gitanas. Allí se le ofrecen tres jóvenes, con la condición de que debe averiguar su procedencia. El músico realiza la prueba y a continuación vivirá una especie de alucinación en la que toda su percepción física resulta alterada. En *El puente* (1963), un grupo de personajes debate en un tren la idea de que las estructuras profundas de lo real, la verdadera realidad, se ocultan bajo un camuflaje de apariencia (el maya hindú). *Las Tres Gracias* (1976) es la historia de un experimento secreto para tratar el cáncer mediante una idea revolucionaria».

Jacinto Antón

**Lectulandia**

Mircea Eliade

# **El burdel de las gitanas**

ePub r1.0  
ramsan 09.05.15

Título original: *Les Trois Grâces*  
Mircea Eliade, 1959  
Traducción: María Isabel Reverte

Editor digital: ramsan  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## LAS TRES GRACIAS

No dejaba de ser curioso que hubiera ido a pensar precisamente en eso... Que sus últimas palabras hubieran sido: *Les Trois Grâces*. Dentro de nada hará treinta y nueve años. Para ser más exactos, faltan tres semanas para los treinta y nueve años. A unos kilómetros de Vevey, en pleno bosque. De no haber sido por aquel ladrido del perro, habría pasado a su lado sin verlas. Debía de estar distraído, ocupado —por enésima vez— en buscar la rima. Se había empeñado en conservar tal cual el nombre latino: *Euphorbia moldavica id est impudica...*

Había vuelto la cabeza, asustado; un perrazo negro avanzaba hacia él por la grava y, al fondo, medio ocultas tras los grandes sauces y los pinos, vio tres villas. Como jamás había visto otras iguales. Cada una de ellas parecía aislada y, sin embargo, estaban unidas entre sí, pero no entendía cómo. Las contemplaba, fascinado, ni siquiera se atrevía ya a guiñar los ojos. Meses después, Sidonia le había dicho, conteniendo apenas la irritación que sentía:

—Ya sé que no es más que un tic, pero si te esforzaras un poquito... Porque, perdona si te lo repito, pero para quien te mira...

—Pero si no siempre guiño los ojos —la había interrumpido sonriendo—. Solo cuando me interesa algo, un cuadro, un paisaje, una flor...

—No me refería a las flores —había proseguido Sidonia—, esa es tu profesión...

Tal vez fue entonces, en aquel instante, cuando comprendió. Las palabras «profesión», «esa es tu profesión» le habían bastado. Se había encogido de hombros.

—En primer lugar, la botánica es para mí una pasión y, en segundo lugar, es una ciencia sumamente exacta... De todas maneras, te aseguro que ese tic, si se lo puede llamar así, es ajeno a mí. Es ajeno al poeta y al naturalista...

—Sí, la verdad es que resulta curioso —dijo Hagi Pavel—. Me refiero a que haya ido a acordarse precisamente de ellas en el momento de...

Se interrumpió bruscamente, intentó ahogar un suspiro.

—¡Que en paz descanse! —añadió bajando la voz. Luego alargó la mano y cogió un vaso de vino.

—¡*Les Trois Grâces* —repitió Zalomit con expresión ausente—, *Les Trois Grâces*...! ¡Qué casa tan maravillosa! ¡Pasar todo un verano en ella trabajando, escribiendo, escribiendo, sin hacer otra cosa...! Mas lo exasperaba el perro que, a solo unos metros, no dejaba de dar vueltas a su alrededor ladrando cada vez más fuerte, sin atreverse a mirarlo, pero con la cabeza alzada hacia él como si lo amenazara. «¡Vaya con el chucho este!», le había gritado al perro, riendo como para que resultara menos imponente el animal.

Entonces había sido cuando había visto la plaquita de cobre en la que ponía: *Les Trois Grâces*. «¡Pues claro, ahora lo entiendo...!».

—Pero, en realidad, ¿de qué se trata? —preguntó Nicoleanu—. ¿Qué quiso decir? Hagi Pavel volvió la vista hacia Zalomit, sonrió con tristeza antes de contestar.

—La juventud. Recuerdos de juventud. De los tiempos en que estábamos los tres estudiando en Suiza.

Se puso a frotarse torpemente los ojos. Luego, dando un suspiro, volvió a llenarse el vaso.

—Yo fui el primero que las descubrió —prosiguió Zalomit—, y al domingo siguiente llevé a los demás. *Les Trois Grâces*. Ningún otro nombre, a decir verdad, les hubiera ido tan bien. Eran tres y, sin embargo, formaban un todo, ¿entiendes? Ellos también se quedaron encantados, por supuesto, pero yo es que me había enamorado sin más de cada una y de las tres juntas. Iba a verlas todos los domingos. Una vez, fuimos los tres. Estaba nevando. La capa de nieve ya estaba alta, seguía nevando y, por entre los abetos, después de que hubieran encendido las luces allá, en las villas, era en enero, cuando anochece temprano, por entre los abetos era como si, de repente, nos hubiéramos visto transportados a un cuento de hadas noruego...

—Volvimos allí otra vez, y también estaba nevando —lo interrumpió Hagi Pavel—. Pero ya no era como la primera vez...

Zalomit negó con la cabeza.

—No, te equivocas. Solo fuimos una vez nevando, aquel domingo de enero de 1929 o de 1930.

Hagi Pavel lo miró con cara de sorpresa.

—Seguro que no pudo ser en 1929, yo aún no me había instalado en Ginebra. En 1930 tampoco, ese año regresé a Rumanía a pasar las vacaciones de invierno...

—A lo mejor no hablan ustedes de lo mismo —terció Nicoleanu—. Ya saben que, al cabo de unos años, los recuerdos...

—Pero *Les Trois Grâces* son muchísimo más que un recuerdo de juventud —interrumpió Zalomit—. Por lo menos para mí. Acababa de publicar un librito de versos, por cuenta propia, naturalmente, y sin éxito alguno. Aquel verano estaba trabajando en otro poemario mucho más ambicioso que el anterior... Para mí no contaba más que Valéry... Cuando las descubrí ocultas tras los sauces y los abetos, me dije: «Poder escribir aquí todo un verano, solo, ignorado por todos...».

Hagi Pavel se volvió hacia él frunciendo el entrecejo.

—Hasta me enteré de cómo se llamaba el arquitecto —prosiguió Zalomit—, y me he acordado de su nombre mucho tiempo, diez, quince años quizá. Y luego, pese a toda mi admiración, ha acabado por olvidármeme. Igual que tantas otras cosas, por lo demás —añadió intentando sonreír.

Hagi Pavel se encogió de hombros repetidas veces.

—No acabo de entender a qué te refieres.

—Sea como fuere —dijo Nicoleanu—, no deja de ser curioso que sus últimas palabras hayan sido *Les Trois Grâces*.

—Sí, la verdad, muy curioso —prosiguió Hagi Pavel—. Cada uno de nosotros

tuvo en su juventud numerosas aventuras; unas completamente olvidadas ahora, otras solo a medias. ¿Qué es lo que impulsaría a Aurélian a acordarse precisamente de *Les Trois Grâsses*<sup>[1]</sup>? Quizá que, tras tantos años, estuviéramos de nuevo juntos, sí, nosotros tres que nos habíamos hecho tan amigos en los tiempos en que estábamos estudiando en Ginebra. ¡Pero teníamos tantos otros recuerdos comunes de Suiza! ¿Por qué se habrá acordado de *Les Trois Grâsses*? Sobre todo cuando, a decir verdad, y en este punto estábamos de acuerdo los tres y nuestros compañeros también, por cierto, solo dos estaban realmente gordas. Porque Yvonne era más o menos como cualquier suiza de veinticinco años. Zalomit enderezó bruscamente la silla y cruzó ambos brazos sobre la mesa.

—Me parece que estamos hablando de dos cosas totalmente distintas que no tienen nada que ver entre sí. Yo te estaba hablando de las tres villas que había cerca de Vevey que se llamaban *Les Trois Grâces* y ante las cuales paseamos tantísimas veces; entre otras, un domingo de enero que estaba nevando.

—Ahora que lo dices —dijo Hagi Pavel con cara pensativa—, me parece que recuerdo unos enanitos de porcelana en el jardín, un estanque azul... Zalomit, irritado, se encogió de hombros.

—No, hombre. Estás confundiéndonos con otras villas. *Les Trois Grâces* no tenían ni enanitos ni estanque.

—A lo mejor me estoy confundiendo. Pero imagino que te acordarás de Yvonne y de Henriette y de otra chica que, en este momento, no recuerdo cómo se llamaba. Tuvimos buenas relaciones con ellas, algunos incluso muy buenas, durante cerca de dos años... A ti quien te gustaba al principio era Yvonne, pero no creo que fuera una gran pasión...

—Yvonne, sí... Por supuesto que me acuerdo de cómo se llamaba, pero sería incapaz de decirte cómo era... En cuanto a las otras dos...

—Henriette estaba más bien metidita en carnes, pero tenía gancho, como decíamos, estaba la mar de bien. ¡Y, además, era lista! ¿Te acuerdas de cómo te hacía rabiar cuando estábamos todos juntos, nosotros tres y ellas tres, en el Café de los Vosgos? Primero, gritaba sin dirigirse a nadie en particular: «¡Viva Rumania!». Y luego te miraba fijamente a los ojos antes de añadir: «¡Vivan los aliados!».

Zalomit volvió a encogerse de hombros esbozando una sonrisa triste, tímida.

—Lo siento, lo siento mucho, pero ya no me acuerdo...

—Ya, lo entiendo —prosiguió Hagi Pavel—. A ti te apasionaban la poesía, las flores. Veías el mundo con ojos diferentes. Y, además —añadió tras un breve silencio—, dentro de poco hará cuarenta años...

—Pero no se me han olvidado ni el bosque de cerca de Vevey ni *Les Trois Grâces*, y sin embargo, te confesaré que, desde hace casi veinticinco años, no me había dado por volver a pensar en ciertos acontecimientos de mi juventud.

Se callaron, violentos, evitando mirarse.

Después, Hagi Pavel echó mano de la segunda botella, llenó los vasos con el

mayor cuidado, como si temiera que la mano le empezara a temblar, y preguntó:

—A propósito de Yvonne, ¿te acuerdas de cómo las llamaba Aurélian al principio? Las llamaba *Deux ou Trois Grâsses*...

Zalomit lo miró con atención y luego sonrió.

—No podía llamarlas así, puesto que entonces aún no se había traducido al francés *Two or ThreeGraces* de Aldous Huxley. Si las llamó así, tuvo que ser después...

—Bueno, de acuerdo —terció Nicoleanu—. Todos sabemos que la memoria es como nuestras otras funciones y facultades: aproximativa y perecedera. Pero, volviendo a las últimas palabras de Aurélian Tataru, ¿qué creen que quiso decir?

—¡Que en paz descanse! —musitó Hagi Pavel—. A lo mejor fue por estar reunidos los tres, por habernos vuelto a ver después de tantos años, y precisamente aquí, en la montaña, como en tiempos, cuando subíamos camino de Chamonix.

—Esta zona de los Cárpatos no se parece en nada a los Alpes suizos —declaró Zalomit con expresión ausente—. Si quiso decirnos algo, lo más seguro es que fuera: me doy cuenta de que estoy perdido pero no tengo miedo, no tengáis miedo a la muerte vosotros tampoco. Y a lo mejor quiso decirnos que la muerte era una conclusión, una integración perfecta de las facultades más elevadas que se nos han concedido. No se le ocurriría otra imagen mejor, a menos que estuviera demasiado débil para hablar y, al abrir los ojos y vernos a ambos a su lado, se acordara de aquella armonía perfecta de las tres villas, separadas pero que formaban un todo, y quisiera evocar para nosotros esa imagen: *Les Trois Grâces*...

—Sí, pero tú eres poeta —lo interrumpió Hagi Pavel—. Tú ves cosas que nosotros...

Zalomit lo miró fijamente durante un buen rato, muy serio, luego se le iluminó el rostro de repente y sonrió.

—Pues sepan que hace mucho que dejé de ser poeta. Desde aquella tarde de julio en que vi por primera vez *Les Trois Grâces* no he vuelto a intentar escribir un solo verso. He seguido siendo lo que debí ser desde siempre: botanista. No hay en el mundo arte poética alguna que alcance la perfección, el significado de las más modestas flores.

Se levantó bruscamente y les tendió la mano.

—Y, ahora, perdonen; pero los dejo. Subo a mi habitación, voy a acostarme. Estoy cansado...

Se estremeció al oír pasos en el sendero y se volvió de golpe. No lo reconoció inmediatamente, con la boina calada y la gabardina al hombro.

—Usted tampoco tiene sueño —dijo Nicoleanu acercándose.

Se sentó junto a él, en la hierba, liándose cuidadosamente la gabardina alrededor de las rodillas, antes de añadir:

—Incluso en pleno verano, aquí, en la montaña, refresca por las noches. No cometa imprudencias.

—Estoy acostumbrado —dijo Zalomit sin mirarlo—. Mi especialidad es precisamente la flora de los Cárpatos. Lo que queda de ella —prosiguió como para sus adentros.

—Se ha parado a descansar aquí, a unos metros del lugar en que...

—¿Qué hora será?

Zalomit lo interrumpió volviendo bruscamente la cabeza hacia él.

—Me he dejado el reloj encima de la mesilla.

—Poco más de las tres. Dentro de una hora, saldrá el sol.

—Así que no hace más que doce o trece horas que... Calló por unos instantes y luego siguió:

—No logro entender lo que ha ocurrido.

Febrilmente, Nicoleanu se envolvió más en la gabardina.

—Yo tampoco lo entiendo... Cuando lo oí gritar a usted, eché a correr; no tardé más que dos o tres minutos en llegar a donde estaba usted y no podía dar crédito a mis ojos. Solo un niño de ciudad, sin ninguna experiencia, que hubiera venido por primera vez a la montaña, o alguien que hubiera perdido el conocimiento, habría podido resbalarse así y rodar veinte o veinticinco metros sin intentar agarrarse a una raíz, a una mata de hierba, a una piedra.

—A lo mejor perdió el conocimiento... O le dio un ataque al corazón, algo... Pero de eso seguro que podremos enterarnos...

—Podremos enterarnos si hacen la autopsia a tiempo y si la hace alguien competente...

—¿Hacía mucho que lo conocía usted? —preguntó Zalomit volviendo de nuevo la cabeza hacia él.

—Solo lo conocí bien en estos últimos tres o cuatro años. Bueno, claro, antes nos habíamos visto varias veces, pero, como no teníamos la misma especialidad o, para ser más exactos, él ya no tenía la misma especialidad que yo, apenas si tuvimos ocasión, entre los años 60 y 65, de vernos más a menudo y de conocernos de verdad.

—Pero ¿por qué ha dicho usted que ya no tenía la misma especialidad?

Nicoleanu, apurado, callaba, pero doblaba y volvía a doblar la gabardina con esmero. Por fin, se levantó, buscó las mangas de la gabardina, se la puso y se la abrochó hasta el cuello.

—¿Hacía mucho que no se veían? —acabó por preguntar.

—En los últimos tiempos, nos veíamos muy poco, una vez cada dos o tres años. Pero estábamos en contacto a través de amigos comunes, de colegas. Lo mismo que no nos escribíamos ya más que de vez en cuando, porque estábamos los dos muy ocupados con nuestras cosas, nuestras responsabilidades. Y, sin embargo, cuando se enteró por Hagi Pavel de que tenía que venir a Poiana Domei en la segunda quincena de junio, me escribió para proponerme que pasáramos los tres unos días aquí, en el

refugio. Pero ¿por qué me hace esa pregunta? Nicoleanu, violento, se frotaba las manos.

—Quería saber si estaba usted al corriente de sus investigaciones o, para ser más exacto, de los descubrimientos que había hecho, hace diez u once años, cuando algunos de nosotros, especializados en biología, pensábamos que el doctor Tataru había descubierto o estaba a punto de descubrir el tratamiento del cáncer.

—Había oído hablar de ello hacía ya algún tiempo e incluso lo habíamos comentado de manera bastante vaga. De hecho, yo era quien le hacía preguntas y, aunque lo paralizaba su proverbial modestia, Aurélian me dijo en una ocasión que, a menos que se dieran circunstancias especialmente desfavorables, al cabo de dos o tres años como máximo, la mortalidad debida al cáncer sería inferior a la provocada por la tuberculosis o la sífilis.

—Sí, efectivamente. Se sabía desde hacía mucho; era hartamente sabido que, un día, se vencería el cáncer, igual que se vencieron la peste o la rabia. Pero no sé si el doctor Tataru entró en detalles.

—No, se limitaba a decir que los experimentos eran muy alentadores...

—Experimentos alentadores ha habido muchos y no han dado resultado. Pero los experimentos del doctor Tataru, que nos habían fascinado hace doce, trece años, eran de otro orden, presuponían una metodología revolucionaria totalmente diferente a cuanto se podía haber intentado hasta entonces en el tratamiento científico del cáncer. De conformidad con lo que se hace en estos casos, había de guardarse el secreto hasta que los resultados positivos estuvieran homologados en lo que algunos llaman series mínimas, es decir, tres o cinco clínicas por lo menos. De forma tal que, entonces, ninguno de nosotros sabía en qué consistían aquellos experimentos y, sin embargo, habíamos logrado, a pesar de todo, hacernos una idea de los presupuestos metodológicos que implicaban. Y luego, a lo largo de estos dos o tres últimos años, cuando nos hicimos amigos, el doctor Tataru me dijo ciertas cosas, no todo, claro, pero lo suficiente como para que me diera cuenta de que lo que habíamos intuido era algo más que rumores absurdos, como se afirmó después... Porque después afirmaron que...

Se interrumpió, como si le diera miedo acabar la frase, y se calló, apurado.

—Al fin y al cabo, ahora se puede hablar —continuó bruscamente—, habida cuenta de que, por una parte, el doctor Tataru ha muerto y de que, por otra, parece ser (en este terreno nunca se sabe qué es verdad y qué simple rumor o propaganda), parece ser, decía, que se están efectuando experimentos similares en laboratorios de Rusia y de Estados Unidos. Resumiendo, la idea del doctor Tataru era la siguiente: lo que provoca el cáncer es una proliferación excesiva y anárquica de las células de un tejido o de un órgano. Este proceso fisiológico es paradójico, incluso contradictorio. En efecto, este fenómeno de multiplicación vertiginosa de las células es signo de un impulso positivo, a saber, la regeneración del tejido o del órgano en cuestión y, en consecuencia, la aparición de una neoplasia, la proliferación masiva de las células,

debería conducir a la regeneración completa del tejido y, en resumidas cuentas, a la regeneración, es decir al rejuvenecimiento, del organismo entero. Ahora bien, este impulso orgánico positivo se ve anulado por el ritmo demente de la proliferación de las células, por el carácter anárquico, caótico de las construcciones micro y macrocelulares, como si se tratara de un empuje creador que de repente se hubiera vuelto amnésico, de un proceso fisiológico «ateleológico», al que se hubiera amputado cualquier tipo de organización directriz y que se pusiera a «crear» de cualquier manera, al azar, sin ninguna meta ni proyecto, fuera de toda estructura...

—¡Es extraordinario! —exclamó Zalomit—. ¡Realmente extraordinario! ¡A Goethe le hubiera encantado esa interpretación de la neoplasia como creación caótica, sin sentido...! ¡En cuanto a Aurélian, si la hubiera leído, le hubiera entusiasmado *La morfología de las plantas* de Goethe! Nunca me perdonaré no haber insistido, no haberme mostrado más apremiante aún para que me hablara de sus experimentos.

—A lo mejor no hubiera dicho nada más —prosiguió Nicoleanu—. Padecía, como me permití decirle una vez, de una modestia casi patológica. —Pero entonces ¿qué pasó? Nunca más volví a oír mencionar que hubiera descubierto un tratamiento, y él, cuando nos veíamos, no volvió a hacer la menor alusión a esos experimentos tan prometedores.

Nicoleanu suspiró de forma prolongada, alargó el brazo como para señalar algo y luego se arrepintió y se puso, muy formal, la mano en la rodilla.

—Tampoco sé yo exactamente lo que pasó, pero tuvo que interrumpir el experimento cuando lo nombraron director del hospital de Giulesti. ¿Lo vio usted en aquella época, entre 1960 y 1961?

Zalomit se quedó pensativo por unos momentos.

—No, ni entre 1960 y 1961 ni en 1962.

—Quienes lo vieron en aquellos años no le notaron ninguna amargura. Seguía teniendo la misma risa callada. «Lo que no descubrí yo ya lo descubrirán otros», decía. Y luego cambiaba de conversación...

«... Claro, era inevitable y hace mucho que hubiera debido comprenderlo. Con la experiencia que tengo, verdaderamente, hubiera tenido que comprenderlo. El proyecto del Atlas regional, tres monografías listas para la imprenta y todo lo que vino después: la sonrisa de Ursache cuando vio a Catástrofe Tres Jerarcas y, ante todo, el silencio de ambos cuando Inmaculada Concepción tomó la palabra...» Sintió que toda la sangre se le había agolpado en las mejillas pero recuperó el control y se volvió abiertamente hacia Nicoleanu.

—Pero, en el fondo, ¿cómo pensaba rectificar Aurélian el proceso de proliferación de las células? ¿En qué consistían sus experimentos?

—En la medida en que puedo reconstruir algo a partir de lo que me contó confidencialmente, Tataru esperaba poner a punto una sustancia orgánica, un suero, no sé exactamente qué, en resumen, una solución para inyectar en la zona en que se hubiera iniciado la proliferación, y tal solución habría debido provocar lo que

llamábamos, un poco en broma, una reacción de «anamnesia», de «despertar del instinto teleológico presente en todo microorganismo». Todo ello, evidentemente, no es más que una serie de metáforas; lo que creía que estaba a punto de descubrir era un agente de reconstrucción de los impulsos orgánicos. Un día me dijo que ese descubrimiento se utilizaría, de hecho, mucho más en una terapia de rejuvenecimiento que en el tratamiento del cáncer. Y añadió que, al cabo de una o dos generaciones, el cáncer estaba llamado a desaparecer, que ya no sería un azote, mientras que el azote de la degeneración celular y del envejecimiento sí que sería mucho más difícil de vencer...

—Un fenómeno de anamnesia del instinto teleológico presente en todo microorganismo —repitió Zalomit recalcando cada sílaba—. Si entendió eso, lo entendió todo.

Bruscamente, se puso de pie.

—Tengo la impresión de que estoy soñando. Cuanto ha ocurrido desde ayer por la tarde me parece irreal...

—A mí también —dijo Nicoleanu levantándose con cierta dificultad—. No puedo creer que haya tropezado y haya rodado veinte o veinticinco metros por esta cuesta, porque ni siquiera es un precipicio.

—Irreal —repetía Zalomit cabizbajo—, irreal, inconcebible que, tras haber seguido un buen rato con la mirada la ambulancia que transportaba el cuerpo del doctor Tataru, hayamos vuelto al refugio, y que Hagi Pavel haya pedido dos botellas de vino... No creo, no puedo creer que haya ocurrido así, que haya ocurrido de verdad.

Hagi Pavel lo despertó y le pareció que acababa de dormirse.

—Vístete de prisa —dijo Hagi Pavel—. Han venido para la investigación. Chico, en el fondo, somos sospechosos —añadió en voz baja.

Fuera, lo cegó la luz de aquella mañana estival.

Todo el mundo se hallaba reunido en torno a un joven moreno con cara preocupada que hacía muchos gestos con la mano izquierda, en la que llevaba un bloc. El joven moreno lo interpelló.

—¿Camarada profesor Filip Zalomit? Llegó usted anteayer a última hora de la tarde en un coche del laboratorio de Fisiología Botánica de Poiana Dornei. En la terraza, lo esperaban el doctor Aurélian Tataru, el camarada ingeniero Hagi Pavel y el camarada doctor Nicoleanu. ¿Es cierto?

—Es cierto —contestó Zalomit sin atreverse a mirar a sus amigos.

—Entonces, vámonos. Y, para ganar tiempo, vamos a coger la camioneta. —Camarada Ciubotariu— intervino Hagi Pavel—, está muy cerca, no hay más de un kilómetro.

—Es para ganar tiempo —repitió Ciubotariu.

Cuando todo el mundo se hubo apeado de la camioneta, el joven moreno tosió varias veces antes de tomar la palabra con tono bastante solemne.

—Para que todo quede claro, les rogaría que no volvieran a hablar entre ustedes y me enseñaran cómo se internaron por este sendero ayer, 22 de junio, entre las catorce y las catorce treinta. En sus declaraciones, han afirmado que el doctor Tataru se había adelantado enseguida y que se había alejado de ustedes. ¿Cuántos metros aproximadamente? —preguntó volviéndose hacia Nicoleanu.

—Resulta difícil decirlo con exactitud. Unos cuarenta o cincuenta metros. No más de cien metros en cualquier caso. Pero nos lo taparon los árboles, dejamos de verlo.

—¿Ninguno de ustedes volvió a verlo? —preguntó Ciubotariu mirándolos de uno en uno.

—No.

—Así que no volvieron a verlo —concluyó y, tras humedecerse el dedo, pasó cuidadosamente una hoja del bloc—. Y ahora, para que todo quede claro, a ver si puedo hacerme una idea de cómo andaban, de a qué distancia iban unos de otros. Explíquemelo, camarada profesor.

—Al principio, íbamos unos junto a otros. Y luego, cuando el camino se estrechó, nos pusimos en fila india. Durante un buen rato, iba yo delante y luego...

—Permítame —lo interrumpió Ciubotariu—. ¿Seguro que todo eso es exacto? —preguntó a los otros dos—. ¿Seguro que fue él delante durante un rato?

—Es absolutamente exacto —contestó Hagi Pavel—. Yo iba detrás de él, a un paso aproximadamente, pero, al cabo de cinco o seis minutos, Filip (me refiero al profesor Zalomit, que es botanista, ya sabe) se detuvo ante una planta y se inclinó para examinarla más de cerca. Entonces lo adelanté y el doctor Nicoleanu me siguió. Ciubotariu los miró fija e inquisitivamente de uno en uno.

—Adelante —dijo—. Intenten andar exactamente como andaban ayer. Yo voy detrás... Y les rogaría que no hablaran entre ustedes.

Al cabo de unos diez minutos, Nicoleanu abandonó el sendero y se dirigió a Ciubotariu.

—Aquí fue donde me paré ayer y dije a los demás que no me esperaran. Subí unos cuantos metros por entre los abetos, por allí —señaló extendiendo el brazo—. Ya comprenderá por qué... Yo soy médico y biólogo —añadió al ver que Ciubotariu fruncía el entrecejo.

—Quiere decir que por esa razón usted tampoco vio nada...

—Creo que ellos tampoco vieron nada...

Ciubotariu volvió a abrir el bloc.

—Ellos tampoco, efectivamente. Al menos, es lo que cada uno ha escrito en su declaración. ¿Y estuvo usted solo mucho rato?

—Ocho o diez minutos aproximadamente. Y luego eché a andar de prisa para alcanzarlos...

—¿Podía usted verlos desde dónde estaba?

—No. Como puede comprobar usted mismo en este momento, al cabo de dos o tres minutos no se ve ya a nadie. Aquí, el sendero da vueltas constantemente o se pierde entre los abetos...

—¡Pues venga, démonos prisa! —dijo Ciubotariu.

En la linde del bosque, Nicoleanu y Hagi Pavel los esperaban en silencio. —Habíamos llegado hasta aquí— comenzó Hagi Pavel—, cuando oímos un grito ahogado y luego una especie de ruido sordo que no pudimos identificar en el momento, ese ruido era sin duda el del cuerpo al rodar...

—Entonces fue cuando echamos a correr los dos —añadió Zalomit.

Sin decir palabra, Ciubotariu se puso a la cabeza del grupo haciéndoles señas de que lo siguieran. Cuando llegaron al calvero, apretaron el paso. Unos cien metros más adelante, un miliciano que parecía aburrido los esperaba fumando.

—Aquí fue donde por fin lo vimos —dijo Hagi Pavel con la mano tendida en dirección a la cuesta—. Me pareció que se quejaba, pero ahora ya no estoy seguro. En menos de un minuto, estábamos los dos a su lado. No entendíamos lo que había pasado, por qué se había caído, pero no creíamos que fuera muy grave. Pensábamos en la forma de levantarlo y de transportarlo en brazos. Pero, cuando lo tocamos, cerró los ojos y empezó a quejarse.

—¿Seguro que fue así? —le preguntó Ciubotariu a Zalomit—. ¿Se quejó?

—Se quejó y luego volvió a abrir los ojos e intentó sonreír. Y como no dejábamos de preguntarle maquinalmente: «¿Qué ha pasado? ¿Cómo te has caído?», nos miró a ambos con una expresión imposible de describir y luego, en un suspiro, pero sin la menor vacilación, pronunció: *Les Trois Grâces*...

—*Les Trois Grâces* —repitió Ciubotariu—. Eso es lo que han escrito ustedes en sus declaraciones. ¿Pero no dijo nada más, ni antes ni después? —Nada. Estábamos allí mirándolo los dos, esperando que añadiera algo, cuando me di cuenta de que había muerto.

—Había muerto —añadió Hagi Pavel.

—¿Cómo estaban ustedes tan seguros de que había muerto? —preguntó Ciubotariu.

—Los dos hemos estado en la guerra —prosiguió Hagi Pavel—. Le puse la mano en el corazón, en un gesto de última esperanza, porque no conseguía creerme que hubiera muerto...

—En ese momento fue cuando me reuní con ellos —intervino Nicoleanu—. Yo también le puse la mano en el corazón... No cabía la menor duda. Había muerto.

Hasta que no bajaron de la camioneta no se enteraron de que la investigación no estaba concluida.

—Para que todo quede muy claro —dijo Ciubotariu—, quisiera volver de nuevo sobre dos o tres detalles. Vamos a entrar un instante en el despacho de la Dirección.

El miliciano abrió la puerta y volvió a cerrarla cuando hubieron entrado. Tras haberles indicado por señas que se sentaran, Ciubotariu se sentó a su vez detrás de la

mesa y se puso a hojear las páginas del bloc.

—De sus declaraciones escritas se deduce que, aun cuando los unía una profunda amistad, rara vez coincidían todos. ¿Cómo es posible que, por vez primera después de tantos años, decidieran verse ahora y aquí en Sestina, en un refugio? El camarada profesor Zalomit dijo que, como el doctor Tataru se había enterado de que su amigo iba a estar en breve en Poiana Dornei, le había escrito invitándolo a ir allí, al refugio, para pasar unos días juntos.

—Seguro que conserva usted la carta —añadió Ciubotariu dirigiéndose a Zalomit. Y se volvió bruscamente hacia Hagi Pavel.

—¿Y el camarada ingeniero? Se veían rara vez en Bucarest; eso es, al menos, lo que ha declarado usted.

—Es verdad, *los tres juntos* nos veíamos muy de tarde en tarde. Hubo un tiempo en que veía al profesor Zalomit más a menudo; entonces vivíamos en el mismo barrio, por la zona de Popa Nan. El invierno pasado, después de muchos años, volví a encontrarme con el doctor Tataru, nos volvimos a ver varias veces y, en uno de estos últimos encuentros, le hablé del complejo que van a construir a ciento veinte kilómetros de aquí, en el que iba a instalarme hacia el 15 de marzo. Aurélian me invitó entonces a venir aquí en la segunda quincena de junio, aquí donde —me explicó—. Íbamos a reunirnos los tres... Resultaba fácil realizar este proyecto de volver a vernos —dijo con sonrisa triste—, puesto que el destino había querido que, de los tres, dos fuéramos solterones y el tercero llevara años divorciado. Por lo tanto, estábamos libres, como suele decirse. Podíamos vernos en cualquier sitio durante las vacaciones de verano. Únicamente hacía falta que uno de nosotros tomara la iniciativa y avisara a los demás a tiempo.

—Y eso fue exactamente lo que pasó —dijo Nicoleanu—. El doctor Tataru me avisó a tiempo... Yo soy viudo —añadió.

Oyó una voz desconocida precisamente ante su puerta.

—No, no merece la pena, me presentaré a mí mismo.

Un segundo después, la puerta se abría para dar paso a un hombre de edad madura, alto, delgado, rubio, de cabello ralo cuidadosamente pegado a la cabeza. El hombre se le acercó y le tendió la mano para presentarse.

—Emmanuel Albini. Servicio de Informaciones e Investigaciones.

Se sentó a continuación en la silla que se hallaba tras la larga mesa de madera, echó una ojeada rápida, distraída a las cajas que contenían los especímenes.

—Son fósiles vegetales o huellas de fósiles —explicó Zalomit sonriendo—. La mayoría son helechos y coníferas de la era primaria.

Albini lo miró con curiosidad, como si se esforzara por adivinar las intenciones que podía ocultar aquella terminología ni culta ni elemental.

—¿Le interesa mucho todo eso? —preguntó decidiéndose de pronto a dejar la

cartera en el suelo, apoyada en la pata de la silla.

—¿La paleobotánica? —sonrió Zalomit—. La paleobotánica interesa en primer lugar a los botanistas detectives; ahora bien, yo me cuento en las filas de los botanistas poetas. Lo que me interesa es la flora de los Cárpatos, y por eso...

—¿Por qué no ha vuelto usted a publicar poemas, camarada profesor? —preguntó bajito Albini.

Violento, pues notaba que se estaba ruborizando, Zalomit acercó la silla a la mesa.

—Jamás hubiera pensado que, al cabo de cuarenta años, alguien se acordara todavía...

—*Las corolas maculadas*, de Filip Zalomit... Aún estaba en el instituto cuando leí ese libro de poemas y, desde entonces, he debido de volver a leerlo por lo menos cinco veces.

—La verdad, no salgo de mi asombro —dijo Zalomit, cada vez más violento al sentir que la sangre se le agolpaba en las mejillas—. Versos de adolescente, desvaídos y anodinos, ecos de Ion Barbu y de Valéry...

—De Dan Botta y de otros también. Pero esos versos no tienen nada de desvaídos ni de anodinos. Si no, no los habría vuelto a leer tan a menudo. He hojeado todas las revistas de la época, pero no he vuelto a dar nunca con la firma de Filip Zalomit. Ha debido usted de publicar con pseudónimo, ¿no?

—No. No he vuelto a publicar nada más... De hecho, no he vuelto a escribir un solo verso desde entonces, desde el verano en que...

—Yo también he escrito versos —prosiguió Albini con voz extraña, lejana—. Empecé a escribir y a publicar cuando estaba en el instituto. Publiqué poemas con cinco pseudónimos diferentes —añadió sonriendo con expresión soñadora—. Pero ya hace mucho que renuncié a la poesía. Como usted mismo decía la semana pasada en el refugio, he seguido siendo lo que siempre debí ser: un investigador...

Permaneció un buen rato clavando la mirada en los ojos de Zalomit, luego se puso a rebuscar nerviosamente en el bolsillo interior de la chaqueta, de donde sacó una cajetilla.

—Usted no fuma, ya lo sé, pero supongo que el humo de los cigarrillos ingleses no dañará los fósiles vegetales...

—No —dijo Zalomit alargándole un platillo de barro—, están acostumbrados...

Albini soltó una carcajada mientras daba vueltas al mechero entre los dedos.

—Pero sepa que se equivoca en lo que se refiere a las *Deux ou Trois Grâsses* —dijo, tras haber encendido el cigarrillo—. Fíjese en lo que le escribía usted a Aurélian Tataru en una carta que data de enero de 1930. Tengo una fotocopia. Abrió la cartera y sacó una carpeta con los bordes algo descoloridos.

—Pero es mejor que la lea usted mismo —añadió tendiéndosela.

Zalomit se dio cuenta de que miraba las líneas sin entender lo que leía... «De hecho, los dos somos sospechosos. Éramos los únicos que estábamos allí en aquellos

momentos. Pero no debo tener miedo y, en el fondo, no lo tengo. Gracias a Dios, tengo más de sesenta años, y, como todo intelectual que tiene más de sesenta años, soy vulnerable. Al primer golpe, proceda de donde proceda, me vengo abajo. Infarto, rotura del aneurisma, congestión cerebral, etcétera. Menos mal que ya no soy joven, no pueden hacerme nada...».

—Así que reconoce que el camarada ingeniero Hagi Pavel estaba en lo cierto —dijo por fin Albini—. ¡Memoria, noble y permanente traición...! Si renunciara a la palabra «permanente», resultaría un buen comienzo de poema. «Memoria, noble traición...».

—Sí —susurró Zalomit intentando sobreponerse—. Sí, resultaría... Sería un hermoso verso...

—Lo único que lamento es tener que invalidar ambas hipótesis, la del ingeniero Hagi Pavel y la de usted. Las últimas palabras del doctor Tataru no tenían nada que ver con los recuerdos que ustedes tenían de su juventud. No se referían ni a las tres villas de Vevey ni a las... *Trois Grâsses*.

—¿De verdad? —exclamó Zalomit—. Y, sin embargo...

Albini lo interrumpió.

—Entre los documentos del doctor Tataru, se han descubierto referencias concretas a «Las Tres Gracias». Esta vez, se trataba de tres pacientes del hospital Brancovici, en el que, a partir de 1960, había empezado a experimentar su suero el doctor Tataru.

—Pero ¿entonces...? —intervino Zalomit, hecho un manojito de nervios.

—Lo he sabido por el doctor Capatsana, el cirujano con el que trabajaba Tataru en Brancovici entre 1959 y 1960. También me lo han confirmado otros testigos: el doctor Hutsan, que era el más íntimo colaborador de Aurélian Tataru, dos enfermeras y el profesor Nedelcu, jefe del Servicio de Oncología.

Se interrumpió y, con cara ausente, clavó la mirada en Zalomit y luego prosiguió, mirando hacia la ventana:

—Según me ha dicho el doctor Nicoleanu, usted no estaba muy al corriente de las investigaciones de Aurélian Tataru. Pero ahora sabe en qué consistían: en un tratamiento que había de sustituir las radiaciones y las intervenciones quirúrgicas. Que *había* de sustituirlas pero, como el suero no se había experimentado aún lo suficiente, el doctor no se atrevía a oponerse a las radiaciones ni a las operaciones. En abril de 1960, el profesor Nedelcu aisló en un ala del hospital a tres pacientes a las que acababan de operar, dicho de otro modo, las puso a disposición del doctor Tataru y de sus colaboradores... Por una casualidad que no debería sorprendernos demasiado a nosotros, poetas o expoetas, estas pacientes, que tenían cincuenta y ocho, sesenta y sesenta y cinco años respectivamente, se llamaban...

Hojeó el expediente, sacó una hoja y empezó a leerla.

—Se llamaban Aglae Irimescu, Frusinel Chiperu e Italia Galdau. El doctor Hutsan dice que, después de leer sus fichas, el doctor Tataru exclamó: «¡Las Tres

Gracias! Las Tres Gracias, doctor: Aglae, Eufrosine y Talía, por supuesto, ya que “Italia” no puede ser más que un error de máquina». Entre paréntesis, no era un error; el nombre de la tercera era, efectivamente, Italia. Nos las tenemos que ver, por lo tanto, con dos o tres Gracias... ¿Por qué ha dejado de guiñar los ojos, camarada profesor? —preguntó Albini—. No querría impresionarlo a usted...

—Me parece increíble —susurró Zalomit frotándose los ojos.

—Todo lo que viene a continuación parece increíble. Según todos los informes, los resultados eran, en efecto, excelentes, superando incluso, a lo que dice el doctor Hutsan, las previsiones más optimistas. Y, a pesar de ello, el tratamiento se interrumpió al cabo de tres semanas; al cabo de veintidós días, para ser más exactos. En lo que al doctor Tataru se refiere, lo nombraron director del hospital de Giulesti que estaba recién inaugurado.

—Pero ¿por qué? —preguntó Zalomit bajando la voz y acercando aún más la silla a la mesa.

Albini aplastó lentamente el cigarrillo en el plato de barro.

—Porque a la gente le falta imaginación... Cuando decidamos poner a trabajar la imaginación *a pleno rendimiento* —añadió recalcando cada palabra—, triunfará la revolución por doquier, de un extremo a otro del planeta... La interrupción de los experimentos se debe a la falta de imaginación del jefe del Servicio de Oncología, el profesor Nedelcu, y a la falta de imaginación de quienes han dejado que los invada la ansiedad. A todos les dio miedo que el tratamiento provocara una recrudescencia del oscurantismo religioso.

—No entiendo —susurró Zalomit.

—En un informe enviado al Servicio de Mandos, el profesor Nedelcu había escrito que Aurélian Tataru gastaba bromas o incluso hacía alusiones de carácter religioso. El profesor citaba ejemplos como este: en medio de un grupo de médicos, el doctor Tataru dijo, al parecer, un día, que en el Paraíso, Adán y Eva se regeneraban periódicamente, es decir, rejuvenecían gracias a la neoplasia, y que solo después del pecado original, el cuerpo humano había perdido el secreto de la regeneración periódica y, por lo tanto, de la eterna juventud. Y, desde entonces, decía el doctor Tataru, cada vez que, debido a una extraña y brusca anamnesia, el cuerpo trata de repetir el proceso inicial de regeneración, la ciega proliferación de la neoplasia engendra un tumor maligno...

—¡Pero si no era más que una broma, una metáfora quizá! —exclamó Zalomit.

—Quizá era algo más que una simple broma, pero ¿qué importancia podían tener las metáforas o los comentarios teológicos del doctor Tataru, dado que no fomentaban ninguna acción contrarrevolucionaria? Si el profesor Nedelcu y los del Servicio de Mandos hubieran tenido una pizca de imaginación, habrían entendido que lo único que contaba era el resultado científico de los experimentos hechos con el suero. Pero quienes no tienen imaginación dejan que los hipnoticen los tópicos y las consignas. ¡El oscurantismo religioso! —rió a carcajadas Albini, quien se divertía mucho como

si recordara un retruécano muy logrado—. Las supersticiones mágicas y religiosas suponen un peligro, por supuesto, pero ni siquiera los mismísimos sabios rusos han dudado en estudiar las prácticas del yoga y del chamanismo; en cuanto a los mayores progresos en el campo de las investigaciones sobre la parapsicología, sabido es que se han realizado en los laboratorios soviéticos...

Calló, intentó sorprender la mirada de Zalomit antes de proseguir, instantes después:

—Nosotros hemos perdido diez años y las posibilidades que tenemos de volver a encontrar la fórmula del suero son mínimas, pues, una vez que al doctor Tataru lo trasladaron a Giulesti, una parte del laboratorio que había instalado en la Facultad se destinó a otro servicio, se destruyeron las reservas de suero y, para colmo de males, el doctor Hutsan, creyendo su carrera comprometida por haber colaborado con Aurélian Tataru, quemó todas sus notas personales. Incluso cambió de especialidad, y lleva ya diez años dedicándose exclusivamente a la pediatría.

Albini dejó vagar de nuevo la indolente mirada en dirección a la ventana, hacia la valla de madera recientemente pintada y, más allá aún, hacia los cerezos raquíuticos de follaje ralo de los que, como por compasión, colgaban aún, acá y acullá, unas cuantas cerezas resecas. Con la mirada perdida en lontananza, se puso a buscar el mechero.

Zalomit se arriesgó a romper el silencio, que se prolongaba de forma extraña.

—Pero no deja de ser absurdo que, por unas cuantas bromas, se haya considerado sospechoso de oscurantismo religioso a un científico excepcional.

—No se trata solo de unas cuantas bromas. De los informes que consulté la semana pasada, se desprende que el doctor Tataru se interesaba realmente por los problemas teológicos, y especialmente...

Se interrumpió para encender un cigarrillo.

—Eso sí que me cuesta creerlo —intervino Zalomit—. No nos veíamos muy a menudo, pero nunca le he oído hacer la menor alusión a un problema teológico del tipo que fuere.

—Eso mismo han declarado Nicoleanu, el ingeniero Hagi Pavel y algunos otros conocidos del doctor Tataru. Pero, en 1960, cuando estaba dando los últimos toques al tratamiento, no tenía empacho en hacer referencia a la teología, especialmente a la del Antiguo Testamento. Algunas de estas referencias eran, por otra parte, tan enigmáticas que uno no puede dejar de preguntarse qué es lo que realmente quería decir.

Se puso a rebuscar en el expediente, que había vuelto a abrir.

—Aquí está, por ejemplo, el informe de un médico radiólogo a quien Tataru dijo un día (cito textualmente): «Me pregunto por qué nadie ha discutido aún el argumento de más peso a favor de la tesis según la cual el pecado original vició al Ser en su totalidad: me refiero a que también los animales pueden tener cáncer».

—No deja de ser extraño que nunca...

—Tras la suspensión de los experimentos, probablemente no volvieron a

interesarle los problemas teológicos. No más de lo que nos interesan a nosotros. A decir verdad, este incidente, de hecho, se hubiera olvidado si, hace nada, no hubieran intervenido ciertos elementos nuevos. En primer lugar, unas informaciones, que parecen fundadas pues no dejan de llegarnos desde hace unos dos años, informaciones según las cuales en Estados Unidos y en Rusia se están llevando a cabo, en el mayor secreto, experimentos similares.

—¿Y cómo podemos saber que son similares?

—Porque sabemos, por lo menos, lo siguiente: en estos experimentos que se están realizando no se utiliza ninguna de las terapias clásicas y se investiga el medio de ejercer un control directo sobre el proceso de proliferación de las células. Como consecuencia de estas indicaciones, algunos investigadores se han acordado de los experimentos del doctor Tataru y han querido saber qué había sido de las... digamos las tres Gracias. —Eso es lo que iba a preguntarle yo también— murmuró Zalomit, muy turbado.

—Según todas las probabilidades, las tres operaciones fueron todo un éxito y las pacientes se curaron. Tal era, al menos, la conclusión de las revisiones médicas a que se sometieron las tres durante seis años. Pero, desde 1967, ninguna de ellas volvió a presentarse a las revisiones. En Brancovici dijeron que les habían perdido la pista. De hecho, recientes investigaciones nos han permitido confirmar que, por una parte, a Italia Galdau la atropelló un coche en 1969 y murió en la ambulancia que la llevaba al hospital; que, por otra parte, Aglae Irimescu emigró a los Estados Unidos, donde tenía familia. Por el momento, no hay noticias de Frusinel Chiperu; Frusinel, alias Eufrosine, solía utilizar dos o tres nombres diferentes, pero eso era algo que sabíamos desde hacía mucho. Se casó dos veces, la primera se divorció, la segunda la dejó su marido; y la camarada Eufrosine cambiaba de documento de identidad según las circunstancias. Si aún está viva, acabaremos por encontrarla. Pero ¿de qué nos enteraremos por ella...? Calló y, con expresión de cansancio, abrió la cartera, en la que introdujo el expediente con gesto maquinal.

—No será ella, en cualquier caso, quien nos diga qué método empleaba el doctor Tataru para conseguir el suero. Eso es usted, camarada profesor, quien podría decírnoslo —afirmó, buscando de nuevo la mirada de Zalomit.

—¿Yo?

Albini se echó a reír; se le reflejaba en el rostro, de forma inesperada, una satisfacción que no intentaba disimular.

—He dicho que «podría decírnoslo». Por lo tanto, no es seguro. Pero nuestra única posibilidad, la única posibilidad de la ciencia rumana es usted... Si no, ¿por qué iba yo a andar corriendo y recorriendo, arriba y abajo, medio país, y, encima, en pleno verano, para dar con usted en este agujero, en esta aldea que tiene un nombre tan bonito pero unos cerezos enfermos, medio secos...? ¿Por qué no los manda cortar?

Zalomit, incómodo, se encogió de hombros, intentó reír.

—Nosotros no podemos hacer nada. Los árboles frutales pertenecen a la cooperativa agrícola.

Albini, que no le quitaba la vista de encima, continuó con voz muy firme. —Por fin he visto lo que estaba esperando. Estaba esperando verlo reír. Hace ya un buen rato que ha dejado de guiñar los ojos. Me estaba preguntando si pasó lo mismo cuando determinados colegas suyos, digamos Ursache o Catástrofe Tres Jerarcas, lo informaron oficialmente por carta de que la publicación de sus trabajos, ya en prensa, se había suspendido. ¿Se olvidó también en aquel momento de guiñar los ojos? Y, en su caso, desgraciadamente, no se trataba de falta de imaginación, sino simplemente de envidia. La envidia más alta, la envidia académica soberbiamente encarnada por Catástrofe Tres Jerarcas y por Inmaculada Concepción. En cuanto a Ursache...

No le dejó a Zalomit tiempo para contestar. Tomó la cartera, se la puso en las rodillas y empezó a acariciarla muy lentamente con ambas manos.

—Cuando el doctor Nicoleanu le habló del procedimiento metodológico que implicaba el descubrimiento de Aurélian Tataru, usted exclamó, lleno de entusiasmo: «¡A Goethe le hubiera gustado mucho!». E incluso añadió que si el doctor Tataru hubiera leído *La morfología de las plantas*...

—Sí, es cierto —dijo Zalomit con voz ahogada.

—Así pues, estamos de acuerdo en que es el único indicio que podemos utilizar.

—No entiendo muy bien de qué manera. Lo que me había llamado la atención en aquel momento...

—No parece que sea una pista seria —lo interrumpió Albini—. Pero debemos intentarlo todo... ¿Y si volviera a leer *La morfología de las plantas* sin olvidar ni por un momento la relación que estableció usted aquel día en Sestina entre los dos métodos? ¿Y si evocara todas las imágenes, insisto —*las imágenes*—, que le sugirieron las revelaciones del doctor Nicoleanu, y pusiera esas imágenes en relación con el procedimiento metodológico de Goethe en *La morfología de las plantas*? No tiene por qué preocuparse por los trabajos que está realizando en el laboratorio de Paleobotánica. La Universidad ya le ha concedido un permiso ilimitado por investigaciones personales acerca de la contribución de Goethe al campo de la botánica. Mañana mismo podrá regresar a Bucarest. Recibirá el telegrama esta tarde, mañana por la mañana a más tardar.

Se levantó, le tendió la mano y fue hacia la puerta. Pero se detuvo y sacó una tarjeta de visita del bolsillo superior de la chaqueta.

—Aquí tiene mi número de teléfono directo. En cuanto tenga algo que comunicarme, sea lo que sea, importante o no, llámeme a este número. De día o de noche —especificó con una sonrisa y una pizca de tristeza en el fondo de la mirada.

Daba vueltas y más vueltas en la cama, haciendo ruido, como antaño, durante la adolescencia, cuando quería librarse de una imagen, zafarse de una idea obsesiva. Daba vueltas para dejar de oírlo cuchicheándole al oído: «¡Repita lo que yo le diga! ¡Repita lo que yo le diga!». «¿Quién es usted?». «Soy Calinic», murmuró. «Conocí al

doctor Tataru, lo vi aquí, unos días antes de que llegaran ustedes, sus amigos». «Repita lo que yo le diga», prosiguió, «pero repita en voz alta, lo más alto posible: me han dicho que usted conocía bien el bosque de Craciuna...».

—Me han dicho que usted conocía bien el bosque de Craciuna —había gritado como si le hablara a un sordo—. Necesito un guía. Lo volveré a traer en coche esta tarde...

No había nadie en los alrededores pero, cuando se había puesto a gritar, alguien en la terraza había vuelto la cabeza. Y ahora, en vista de eso, los dos vamos a ser sospechosos. Pero ¿por qué semejantes precauciones? Nadie en la carretera, ni a un lado ni a otro, en veinte metros a la redonda. Podría haberme dicho bajito lo que me ha dicho y luego subirse al coche...

—Ya lo vi a usted allí el día del San Juan de verano —había dicho Calinic cuando el coche hubo arrancado—. Lo vi junto a la ambulancia y luego ahí arriba, en el refugio, en la terraza. No me atreví a acercarme, no estaba usted solo...

Era raro, pero él no lo había visto. ¿Cómo lo iba a haber olvidado tan pronto? Ya desde lejos, parecía un asceta salido de un fresco, un discípulo de San Antonio. Cuando el hombre se acercó al coche, había visto que tenía más años de los que le hubiera echado, unos setenta o setenta y dos. Debía de tener el pelo blanco desde hacía tanto que había acabado por amarillearle. En cuanto a la barba, la tenía tan rala que le recordaba el título de aquel cuento que había leído en la escuela, cuando estaba en tercero: *La barba del hombre lampiño*. ¿Había evocado aquel recuerdo para escapar de la mirada ardiente de Calinic, de sus ojos color zinc de pupilas exageradamente dilatadas, aquellos ojos tan hundidos en las órbitas y coronados por unas enmarañadas cejas que apuntaban hacia arriba? Estaba tan delgado que casi parecía alto. El brazo izquierdo, totalmente tieso, le colgaba, inerte, a lo largo del cuerpo, como si alguien hubiera intentado arrancárselo y luego hubiera renunciado a ello.

—Hay quienes dicen que esto me pasó allí, en la cárcel, pero no hay que hacerles caso. Es Dios quien lo ha querido y Él sabe lo que hace, sabe que cada cual debe pasar por toda clase de pruebas. Para despertarse —había añadido con gravedad—. Así es como yo también me he despertado hoy antes de que amaneciera. Hoy es cuando llega el amigo del doctor Aurélian Tataru, me he dicho, como si alguien me lo hubiera soplado. Así me ha dado tiempo a llegar hasta el refugio —siguió al cabo de un rato—. Porque yo vivo al otro lado de la montaña, en una majada. No sé cómo se enteró el doctor Tataru, pero vino a verme... Ahora, gire a la izquierda. El camino no es bueno, pero no tardaremos en llegar a un calvero donde podremos charlar sin temor. Nadie podrá oírnos.

Y, sin embargo, no bien se hubieron apeado del coche, se puso a escrutar el lugar con la mirada.

—Me parece que estaría bien que tuviéramos unas cuantas plantas con raíces, y tal vez una flor o dos aquí, en la hierba, delante de nosotros. Así, si alguien nos

sorprendiera, haría como si le estuviera contando las creencias y las leyendas que se refieren a ellas.

Daba vueltas y más vueltas en la cama, en vano. Seguía oyendo las palabras de Calinic, e incluso las oía cada vez con mayor claridad, y se las repetía dos veces, tres. Las creencias y las leyendas... Las creencias y las leyendas... Por eso el doctor Tataru me hacía siempre preguntas sobre... Padre, decía. He sido fraile. En realidad, sigo siendo fraile, pero, después de salir de la cárcel, no he sido capaz de encontrar un monasterio. Trabajé durante cierto tiempo de terraplenador en la vía férrea de Almas. Y luego, cuando el brazo se me quedó completamente agarrotado, me jubilaron... Padre, decía...

—¿Lo conoció bien?

—Lo conocí muy bien. Entre los años 1958 y 1960, venía a verme por lo menos una vez al mes, al monasterio Antim, donde vivía yo entonces.

—¿Y por qué iba a verlo?

Calinic no contestó inmediatamente. Cogió una Campanela y se la enseñó, muy triste.

—Mire qué deprisa se marchita —susurró—. ¡Cuántos pecados cometemos por protegemos de la maldad del mundo! Si me lo permite, se lo voy a contar todo desde el principio... Me doctoré en la Facultad de Teología Protestante de Estrasburgo. Se lo digo para que pueda entender por qué, un buen día, vino a verme el doctor Tataru al monasterio Antim...

En ese momento, le pareció que, de forma totalmente inexplicable, no solo habían cambiado la voz y el vocabulario de Calinic, sino que su presencia física y todo su ser se habían transformado también.

Hacía ya muchos años que había publicado mi tesis doctoral sobre los Apócrifos del Antiguo Testamento. «Padre», me dijo, «tengo que pedirle un gran favor. He leído su libro después de haber leído todos los Apócrifos que se refieren a Adán y Eva, y estoy seguro de que no ha dicho usted todo lo que sabía...». Al mirarlo yo con asombro, se echó a reír. «No vaya a imaginarse cosas tremendas», añadió. «Pero, leyendo su tesis, me enteré de lo siguiente: en los Apócrifos, como, por otra parte, en la obra de algunos herejes, perviven, camufladas, numerosas verdades fundamentales; estas verdades perviven porque las han cifrado según un código secreto, esotérico...». «¿Que yo he dicho eso?», le pregunté. «No, la verdad es que no ha dicho exactamente eso y por eso he venido, para enterarme de más...». «He de confesarle», le dije interrumpiéndolo de nuevo, «que los Apócrifos del Antiguo Testamento hace ya mucho que han dejado de interesarme. Ya solo me interesan la teología y la mística, pero no la erudición. Por eso he elegido la vida monástica...». El doctor parecía más bien decepcionado. «Pero sigue usted sabiendo hebreo y griego», me dijo. «A mí tampoco me interesa la erudición pura, sino únicamente la teología de los Apócrifos. Pero no sé ni griego ni hebreo y, sobre todo, no tengo ninguna formación teológica...». Como yo no decía nada, añadió, con aire preocupado: «Es algo muy

serio y muy importante, Padre. Ustedes los teólogos, se quedan en la teología del pecado original, pero para mí se trata de otra cosa, de algo más complicado y mucho más importante; se trata de las implicaciones biológicas y médicas incluidas en la teología del pecado original...». Se calló bruscamente y empezó a recorrer la estancia. «Porque hoy, Padre, sabemos que Dios no ha podido destruir su propia creación. El hombre ha seguido siendo el mismo, es aún como eran Adán y Eva en el Paraíso, antes del pecado. El mismo, es decir, poseedor de las mismas virtualidades biológicas. En el cuerpo humano, se ha conservado todo, Padre, y, por consiguiente, el misterio de la vida eterna concedida a Adán también se ha conservado...».

Volvió a dar otra vuelta en la cama, desesperadamente, y se tapó los oídos con la almohada.

—Escúcheme, profesor —le había dicho alzando el tono—, escúcheme con mucha atención porque apenas si volveremos a tener ocasión de hablar tranquilamente, sin que nadie nos moleste...

Por más que apretaba con rabia la almohada, seguía oyendo: «¡Escúcheme, profesor!». La voz de Calinic lo había devuelto a sí mismo, y se dio cuenta de que llevaba un buen rato sin escucharlo; intentaba recordar si Albini le había sugerido o no que se detuviera en el refugio en el camino de regreso a Bucarest. «Perdóneme, Padre, pero de pronto me he acordado de algo que también tiene relación con el doctor Tataru, de algo muy importante, pero no me he atrevido a interrumpirlo. Decía usted que... todo se había conservado en el cuerpo humano...».

—Eso es lo que decía el doctor Tataru, e incluso me lo repitió en otras ocasiones, pues, por muy raro que parezca, nos habíamos hecho amigos y el doctor venía a verme con regularidad. Y volvía continuamente sobre este axioma: Dios no abolió de manera definitiva el sistema inscrito en la estructura misma del cuerpo y de la vida humana. Este sistema implica, decía el doctor, que la juventud y la vida se prolongan hasta el infinito por el simple motivo de que es un sistema de autorregulación pero también de autorregeneración... El pecado original no pudo destruir este mecanismo de regeneración, solo lo modificó hasta el punto de que ya no es posible reconocerlo. Aún más, lo enmascaró con procesos fisiológicos que, aparentemente, son todo lo contrario de la regeneración, lo enmascaró con determinadas enfermedades y, sobre todo, con la más peligrosa de las afecciones orgánicas: la proliferación de las células, la neoplasia.

—Sí, yo también he oído hablar de eso, no al doctor Tataru, sino hace muy poco, después del accidente. El doctor Nicoleanu ha sido el primero que me ha hablado de ello... Pero no veo la relación que puede tener todo esto con los Apócrifos del Antiguo Testamento, no veo la relación con la vida apócrifa de Adán y Eva.

—Precisamente era eso lo que le había empezado a explicar, pero he notado, aunque me mirara de frente y sin guiñar los ojos, que no escuchaba en absoluto lo que le estaba diciendo. He aquí la relación que existe entre todo eso y los Apócrifos. El doctor pensaba que determinados fragmentos de la revelación original se habían

conservado con una forma degradada, mutilada en los libros apócrifos. Quería que yo le dijera si existía una clave con cuya ayuda hubieran podido descifrarse estas revelaciones ocultas, olvidadas desde hace milenios. Se preguntaba, por ejemplo, si en las Vidas apócrifas de Adán y Eva había alusiones a las enfermedades que ellos o sus hijos padecieron después de la expulsión del Paraíso.

Se interrumpió de repente, interrogándolo con la mirada, vacilante.

—Siga, Padre, lo escucho.

—Ya lo sé, pero me estaba preguntando si realmente tengo derecho a decir más. Todo esto se lo he contado únicamente a mi confesor; me ha dado permiso para hablar de ello cuando vengan otros tiempos y me tropiece con alguien capaz de entenderlo. Pero ahora ya soy viejo y, si no le hablo de ello a usted, que era amigo suyo, cuanto me dijo el doctor Tataru hace diez u once años desaparecerá conmigo. Él mismo no se había atrevido a comunicar estas cosas a nadie más, porque ni conocía ni quería conocer a otro teólogo...

Calló de nuevo, con aire preocupado.

Si cree usted que es mejor guardar el secreto, no insistiré.

—No. Usted, que es un científico y que, además, era amigo suyo de juventud, tiene que saberlo. Le repetiré todas estas cosas tal y como han permanecido grabadas en mi memoria al término de las numerosas y prolongadas conversaciones que mantuve con el doctor Tataru. Había acabado por formarse una idea completamente personal de la enfermedad. Para el doctor Tataru, las enfermedades constituían la única posibilidad que teníamos de recuperar lo que habían perdido nuestros primeros padres, Adán y Eva, a saber, la eterna juventud y una vida ilimitada. Por eso quería que le enseñara lo que dicen los Apócrifos del Antiguo Testamento sobre el origen y el significado de las enfermedades. Me confesó, no obstante, que no lograba entender la teología implicada en este significado de la enfermedad que había descubierto. «¿Por qué», me preguntaba continuamente, «por qué todos los enfermos de cáncer acabarán no solo por curarse a no mucho tardar, sino también por regenerarse y rejuvenecer, siendo así que pasarán aún muchísimos años antes de que la biología médica consiga identificar el procedimiento de regeneración periódica y de rejuvenecimiento aplicable a quienes no están enfermos...?». ¿Ve usted a qué se refería?

—Creo que sí. La neoplasia constituye, por el momento, la única posibilidad de rejuvenecimiento. Y eso le parecía, sin duda, injusto.

—Nunca lo oí pronunciar la palabra injusticia. Sin embargo, reconocía que lo turbaba el misterio teológico que se desprende de que solo a aquel que está más gravemente amenazado, y solo a él por el momento, se le ofrece la posibilidad de conseguir la eterna juventud...

—Y la vida eterna...

—Él no se atrevía a comprometerse tanto, no hablaba de vida eterna. Pero me preguntaba si el pensamiento teológico no podría admitir la conclusión a la que había

llegado él, dado que la propia dialéctica de la Creación implica que el proceso de regeneración no se inicia *sino a condición* de que el organismo esté amenazado de muerte. A veces lo tentaban interpretaciones heréticas y me citaba a Lutero, que nos incita a pecar *¡pecca fortiter!*, puesto que solo por el pecado seremos salvos. Yo lo interrumpía: «Pare, doctor, va usted a caer en el pecado de orgullo...».

—Perdone que lo interrumpa yo también, pero ¿cómo es posible que Aurélian Tataru, médico eminente, haya llegado a apasionarse por la teología?

—Al principio, yo tampoco entendía muy bien por qué, y un día se lo pregunté: «Padre», me contestó, «si me he hecho teólogo ha sido como último recurso. No he logrado integrar los axiomas y las conclusiones que se desprenden de mis descubrimientos en ningún otro sistema». A mí, en efecto, no me cabe duda alguna de que la proliferación celular era, originariamente, un proceso de regeneración que, ulteriormente, se quedó bloqueado por un fenómeno de amnesia. Semejante fenómeno no puede explicarse más que si se admite la idea de una mutación catastrófica que interviene en un momento concreto de la historia biológica del hombre. Pero ¿cuándo habrá podido producirse esta mutación? Necesariamente, en los albores mismos de la humanidad, pues todos los esqueletos fósiles que se han encontrado nos prueban que los primeros hombres están sometidos, exactamente igual que nosotros, a las enfermedades y a la vejez. La mutación, por lo tanto, se produjo en aquellos tiempos, míticos o no, tanto da, pues las palabras no me impresionan ya que soy científico, en aquellos tiempos que siguieron inmediatamente al destierro del hombre fuera del Paraíso. El castigo de que habla el capítulo III del Génesis es la amnesia. El cuerpo humano ha olvidado sencillamente que había poseído una función capital, la función de autorregeneración celular.

Se decidió de repente, se levantó de la cama y dio la luz. Las 2:25.

—Es inútil intentarlo, no me volveré a dormir hasta que se haga de día. Más vale que apunte todo eso ahora, como me viene...

Se vistió deprisa pues estaba aterido de frío. Se sentó al borde de la cama con el cuaderno sobre las rodillas.

—Voy a empezar por lo que Aurélian le dijo acerca de la amnesia.

Pero, apenas hubo escrito unas cuantas líneas rápidas, se detuvo y frunció el entrecejo.

—Dijo otra cosa más sobre la amnesia, en un contexto diferente, sí, pero era interesante... La torre de Babel, sí, eso es.

Pasó aprisa unas cuantas hojas.

—La torre de Babel, Padre, ilustra a la perfección lo que es la amnesia. Aquellas gentes habían emprendido una obra (ambiciosa, absurda, sacrílega, todo lo que usted quiera), pero sabían lo que querían hacer. Querían construir una torre que se alzara hasta el cielo. Dios intervino de manera muy sencilla; provocó una mutación, en esta ocasión de tipo mental. Las lenguas enloquecieron; dejaron de entenderse, dejaron de poder comunicarse. Aun cuando no habían olvidado su proyecto, ya no podían

proseguirlo, porque la actividad de esos miles de personas no era ya sino una agitación caótica, aberrante, análoga a una monstruosa, a una gigantesca proliferación celular.

Había escrito: «Babel ilustra a la perfección lo que es la amnesia», pero cambió de opinión. Resultaría mucho más fácil dictarlo todo al magnetófono en su despacho, mañana, pasado mañana. De repente, se acordó de que el padre Calinic no le había dicho de qué había hablado con Aurélian Tataru cuando se vieron dos o tres días antes del accidente.

Se levantó de un brinco.

—Voy a tener que ir a verlo mañana mismo. ¿Cómo habré podido no preguntarle nada de ese encuentro? Estuvimos más de dos horas hablando en aquel calvero. Estaba explicando la importancia de las enfermedades cuando... «Dado que», decía el doctor Tataru, «únicamente en los casos límite es posible descubrir los principios de la curación...», cuando vieron acercarse a ellos a un grupo de paseantes que bajaba del refugio.

—La leyenda que lleva aparejada esta flor es, tal vez, la más hermosa de todas. Me la han contado varias personas...

Unos cuantos paseantes se detuvieron a escuchar a Calinic.

—Y ahora —dijo Calinic al terminar la narración—, sería cosa de que nos fuéramos si queremos llegar a Craciuna antes de que oscurezca demasiado. En el coche, se había acordado de repente de la satisfacción que había sentido al abrir el telegrama de Bucarest. Había leído una y otra vez aquel telegrama antes de dirigirse al laboratorio, donde se lo había dado a leer al director de investigación. Linneo decía que los días más importantes de la vida de un naturalista eran aquellos en que... Pero ¿seguro que había sido Linneo quién había dicho que los días más importantes de la vida de un naturalista eran...?

—Lo escucho, Padre —había dicho, interrumpiendo sus pensamientos al darse cuenta de que el anciano, que se sujetaba con la mano derecha el brazo paralítico que le descansaba en las rodillas, hacía mucho que había dejado de hablar.

—Ya hace un buen rato que ha dejado de escucharme, profesor. Y, además, es mejor que no hablemos ahora que vamos por un camino difícil; ya seguiremos cuando hayamos salido del bosque.

Pero, nada más salir del bosque, se encontraron a una pareja de jóvenes; la chica se había torcido el tobillo y se mordía los labios para no llorar. Les había dicho que subieran y los había llevado hasta la aldea donde se habían alojado la noche anterior. Pero antes incluso de llegar a la aldea, Calinic se había apeado del coche.

«Aquí tengo un buen atajo», le había dicho tomándole ambas manos y mirándolo con intensidad al fondo de los ojos. A lo mejor contó su última entrevista con Aurélian mientras no lo estaba escuchando, cuando me puse a pensar en el telegrama y en Linneo. Iré a disculparme, no será tan difícil dar con él. Vive al otro lado de la montaña, en una majada. «¡Padre», le diré, «perdóneme!».

No conseguía apartarse de la ventana. «Fuera, cae la nieve suavemente, en casa chisporrotea el fuego...». Para un niño entre seis y diez u once años, es realmente imposible escribir algo más hermoso y, además, es de lo más correcto, e incluso poético: «Fuera, cae la nieve suavemente...». ¡Anda! La cortina de copos se vuelve opaca, parece que va a haber tormenta, pero a lo mejor no. 20, 21 Y 22 de diciembre. Tres días. El tercer día, pase lo que pase e intente lo que intente, será un día perdido para él. Sidonia lo ha invitado también esta vez. Sidonia, que ha sido, que es y que seguirá siendo siempre igual. Hace treinta y cinco años que le escribe, cada dos o tres años, para invitado en las grandes ocasiones. El jueves 22 de diciembre es a la boda de Isadora, la única hija de Sidonia, nacida de su tercer matrimonio. Imposible rechazar la invitación.

Se sobresaltó al oír el timbre de la puerta y, bajo los efectos de una emoción brusca, extraña, se abalanzó hacia ella. En el umbral, le estaba sonriendo una mujer de edad con un abrigo de color oscuro y una gruesa bufanda de lana a la cabeza.

—Le ruego que me disculpe —dijo quitándose del rostro con la mano unos cuantos copos de nieve—, pero hasta esta mañana no he sabido sus señas. Se quitó la bufanda y la sacudió con esmero. El cabello, excesivamente negro, acentuaba más las huellas de la edad en las sienes, en las mejillas. Entró sin atreverse apenas a pisar la alfombra.

—Lo he reconocido enseguida. Usted es el profesor Zalomit. Ya lo vi el verano pasado, iba usted corriendo con el otro caballero, iban cuesta abajo a toda prisa, temí que se cayeran, que se rompieran algo, y luego acabaron ustedes por encontrárselo. ¡Profesor! —exclamó, y rompió a sollozar—, profesor, fui yo quien lo mató. No quería matarlo, se lo juro por la Cruz de Cristo, ¡no quería matarlo! Por estupidez, por locura, ¡pero fui yo quien lo mató!

—Siéntese en esa butaca —le dijo con voz alterada—. Cállese. Lo que dice no puede ser cierto. El doctor Tataru perdió el conocimiento, se cayó... La mujer estaba llorando con el rostro hundido en la bufanda.

—Voy a buscarle un vaso de agua —le dijo dirigiéndose a la cocina. Cuando regresó, la encontró instalada, muy formal, con las manos cruzadas en las rodillas y la mirada fija en la ventana. Bebió unos cuantos sorbos, suspiró y le dio las gracias mientras le devolvía el vaso.

—Seguramente, ha adivinado quién soy. Me llamo Frusinel Mincu, me trató el doctor Tataru.

—Cuénteme —dijo Zalomit, y se sentó frente a ella en el sofá.

—Él fue quien me trató después de que me operaran. Solo nos trataba a tres, teníamos cada una nuestra habitación y estábamos como reinas.

—Las Tres Gracias —murmuró Zalomit.

—El doctor Tataru nos llamaba las Amazonas.

Buscó un pañuelo y se secó los ojos.

—Cuénteme, yo era uno de sus mejores amigos.

—A lo mejor nos había puesto las Amazonas para irnos preparando, porque había comenzado el tratamiento con cada una de nosotras, y quería prepararnos para el milagro que iba a ocurrir, para que no nos asustáramos y, sobre todo, para que no nos pillara desprevenidas. Decía que todo el mundo nos envidiaría. Pero ¿por qué habían de envidiarnos a nosotras, tres pobres viejas, que habíamos estado tan enfermas y a quienes habían operado, por qué habían de envidiarnos...?

Alzó la cabeza, lo miró y sonrió, con los ojos llenos de lágrimas. A él lo sorprendió el brillo y la belleza de sus dientes. Seguramente no eran postizos porque, cuando sonrió, se había fijado en que le faltaban dos caninos, uno a la izquierda y otro a la derecha.

—Profesor, dispense, ¿le molesta que fume?

—No faltaba más..., por favor —dijo, no sin esfuerzo, pues tenía la boca seca—. A su lado tiene un cenicero —añadió después de tragar saliva. Encendió un cigarrillo, aspiró prolongadamente la primera bocanada y volvió a suspirar.

—Nos llamaba las Amazonas para prepararnos. Decía que pasaría mucho tiempo antes de que pudieran aplicar ese tratamiento a quienes no estaban enfermos.

—El tratamiento consistía en una especie de suero, ¿verdad? Un suero que les inyectaba en vena..., ¿no?

—Nos ponían dos inyecciones al día: una por la mañana en ayunas y otra por la tarde, a la puesta del sol. Era su ayudante, el doctor Hutsan, quien nos las ponía, pero el doctor Tataru siempre estaba presente. Y, antes del mediodía, venía una enfermera a sacarnos sangre. El doctor asistía a la extracción de sangre y, cuando se iba la enfermera, se acercaba a mi cama y me tendía un vaso medio lleno.

—¿Qué había en el vaso? —preguntó Zalomit muy nervioso—. ¿A qué sabía? ¿De qué color era?

—No sabía a nada. Parecía agua, un agua más bien insípida. También tenía el color del agua. A lo mejor no era más que agua destilada. Y, sin embargo, el doctor Tataru me dijo un día que era agua de una fuente. Y luego se echó a reír sin hacer ruido, con cara de contento, y añadió: «Sí, pero de la fuente...». Dijo un nombre que no entendí bien y que se me ha olvidado.

—¿La fuente de juventud?

—Sí, algo así. Pero ahora ya no estoy muy segura.

—El agua esa, ¿la llevaba él o estaba en su habitación, encima de la mesa, por ejemplo?

—No puedo decirle, porque cuando la enfermera me sacaba sangre, yo miraba a la pared. No puedo ver sangre sin marearme...

—Siga. ¿Qué pasó después? ¿Qué más decía?

—Sí, había empezado a contarle a usted cómo trataba de prepararnos. Y luego, una mañana, entró en mi habitación y, por más esfuerzos que hacía por sonreír, enseguida me di cuenta de que algo no marchaba, de que estaba deprimido. «Eufrosine», me dijo (se le había metido en la cabeza que mi verdadero nombre era

Eufrosine), «Eufrosine, hay órdenes de arriba que nos obligan a interrumpir el tratamiento. Pero no tiene que preocuparse, está completamente curada gracias a la operación y a lo demás. Solo que...», y me di cuenta de que dudaba si seguir o no. Y, por fin, se decidió a decírmelo todo porque quería ayudarme, prepararme... Pero, antes de seguir, me hizo jurar que guardaría el secreto más absoluto sobre todo lo que iba a revelarme. «Como un gran misterio», decía, igual que se canta por Navidad. «La estrella nos alumbra, como un gran misterio».

Inclinó la cabeza y se apretó el pañuelo contra los ojos.

—Cuénteme —le dijo Zalomit bajito—, cuénteme lo de después. Éramos muy buenos amigos desde jóvenes, desde que estudiábamos juntos en el extranjero.

—Es que lo juré. Y, aunque el doctor no me lo hubiera pedido, yo habría guardado el secreto. «Eufrosine», me dijo, «mi tratamiento es bueno, solo que tengo que interrumpirlo cuando estamos en la mitad justa. Es decir, que lo que he empezado permanecerá inacabado. Se lo digo para que no la pille de sorpresa, para que no se asuste. En lo sucesivo, ustedes, las tres Amazonas, van a vivir como las flores, esperarán el sol...».

—No entiendo —susurró Zalomit.

—Yo tampoco entendí de momento, y he tardado mucho tiempo en llegar a comprender realmente qué quería decir. Pero, cuando volví a casa, todo el mundo se quedó estupefacto, todo el mundo se asombró de verme tan rejuvenecida. En aquella época, tenía más de sesenta años, profesor, y no representaba como mucho, más de cuarenta. Les contestaba que era porque me habían tratado como a una auténtica reina. Aquel año, de hecho, no acabé de darme cuenta de lo que estaba pasando. Sobre todo porque, a finales de verano, todo el mundo se había acostumbrado ya a mí, y, además, cuando llegó el otoño, volví a trabajar, pero durante el otoño, y más aún durante el invierno, parecía igual de vieja que cuando ingresé en el hospital... Pero hacia el mes de marzo... ¿Me permite que encienda un cigarrillo?

—Por supuesto, enciéndalo.

La mano le temblaba ligeramente mientras se acercaba la cerilla al rostro.

—Hacia el mes de marzo, empecé, cómo le diría yo, empecé a sentirme distinta. Como si hubiera rejuvenecido y el mundo entero me perteneciera. No va a creerme, profesor, pero me había cambiado la voz, tenía voz de joven y, cuando cantaba, los vecinos no daban crédito a sus oídos. Y esto tampoco se lo va a creer, profesor, pero, cuanto más se acercaba el verano, más rejuvenecía, de cuerpo y de corazón. Me da apuro decírselo, pero un día me puse en cueros delante de un espejo, me miré de los pies a la cabeza y me quedé boquiabierta. No parecía tener más de treinta y cinco o cuarenta años. Entonces comprendí el significado de las palabras del doctor Tataru cuando dijo que viviríamos como flores, esperando el sol. Y me asusté. ¡Si la gente supiera! Qué vergüenza para mí, a mi edad, pasar por una de esas mujeres, ya sabe, profesor, las que quieren a toda costa dárseles de jóvenes. Entonces empecé a esconderme, es decir, a ocultar mi juventud. Cuando iba al colegio, había leído el

cuento de *La Cenicienta* y me había gustado mucho. Si ella, una muchacha de diecisiete o dieciocho años, había logrado ocultar su juventud y su belleza, seguro que yo podría hacer lo mismo, ¿no? Me peinaba de cualquier manera, me untaba una especie de grasa sucia por la cara, etcétera. Pero tenía miedo. Entonces, cuando vine a pasar tres días a Bucarest para asistir al Congreso de las Mujeres, aproveché para ir a ver al doctor Tataru...

—Diga, dígame... —susurró, muy nervioso, Zalomit—. Menuda sorpresa debió de llevarse...

—Después me arrepentí mucho de haber ido a verlo, porque nunca lo había visto tan enfadado.

—¿Enfadado? ¿Quiere decir que estaba enfadado porque había ido usted a verlo?

—¡Hecho un basilisco! «Eufrosine», me dijo, «no intente nunca más volver a verme, es muy peligroso para usted y para mí. Hay órdenes de arriba. Han prohibido el tratamiento y, si se enteraran de que seguimos viéndonos, ¡acabaríamos los dos en la cárcel!».

—Quizá exageraba un poco.

—Exageraba para asustarme. Pero parecía que él tenía miedo también. Ni siquiera quiso escucharme, se limitó a repetirme lo que me había dicho en el hospital, es decir, que debía estar completamente tranquila, que estaba curada del todo.

—¿Y no le extrañó que hubiera cambiado? Me refiero a que hubiera rejuvenecido tanto.

—No tuvo ni siquiera tiempo de mirarme bien. Y, además, ya estábamos en otoño, ya no se me echaban treinta y cinco o cuarenta años.

—Sin embargo, me han dicho que, durante cinco o seis años, ustedes tres iban regularmente al hospital Brancovici, donde les hacían revisiones de control.

Volvió a sonreír, se recogió con aire soñador un mechón que le había caído sobre la frente.

—Yo no volví a ver a las otras dos. No me presentaba a las revisiones de control hasta la segunda quincena de diciembre, un poco antes de las fiestas...

El rostro se le ensombreció de repente y, sin volver a pedir permiso, encendió un tercer cigarrillo.

—Cuanto más años pasaban, más cuesta arriba se me hacía. Profesor, no se burle de mí, por favor, no vaya a creer que estoy loca cuando oiga lo que voy a decirle ahora. Me confío a usted como a un confesor para que pueda entender lo que ha ocurrido.

Suspiró hondamente y, con la frente baja, se puso a mirar fijamente una punta de la alfombra.

—Cuanto más años pasaban, más difícil me resultaba ocultar mi juventud. Entiéndame bien, profesor. Cuando era joven, joven de verdad, era más bien guapa y, la verdad, me gustaban los hombres. Tuve muchos, casándome, sí, pero también sin casarme, cada vez que se presentaba la ocasión. Entonces, cuando llegaba el verano,

hacia finales de mayo, perdía la cabeza. Me da vergüenza decírselo, a mi edad, pero perdía el sueño, no soportaba estar dando vueltas por la casa o por el jardín, no pensaba más que en los hombres. Así que lo mandaba todo a paseo. Me iba de mi casa, les decía a los vecinos que iba a pasar una temporada con mi familia, y volvía al cabo de tres o cuatro semanas; a veces, incluso estaba fuera tres meses, dependía... Claro que sí, estaba jubilada, tenía algunos ahorrillos. Y me iba, me paraba primero en un sitio para cambiarme de vestido, peinarme, limpiarme la cara de toda la grasa y todas las porquerías con que me había embadurnado y luego tomaba un autobús o un tren, conocía a gente y, si quiere que le diga la verdad, no necesitaba más de un día para saber dónde y con quién iba a pasar la noche. Dios me perdone, pero realmente no era culpa mía, puesto que Él me había hecho guapa y más bien aficionada al asunto, como decía mi segundo marido, que, por lo demás, tomó el portante precisamente por eso...

Fumaba ansiosamente, seguía con la frente baja y la mirada fija en la alfombra.

—Y el verano pasado volví a las andadas. Llevaba dos semanas en el astillero de Potcoava cuando, una buena noche, estalló una riña entre varios hombres por culpa mía, porque aquel en cuya casa vivía acababa de enterarse de que... Empezaron a pelearse, uno de ellos sacó la navaja, los demás también se metieron en la gresca. Entonces me asusté y me largué sin que nadie se diera cuenta. La casa en que vivía estaba a dos pasos, recogí mis cosas, que no eran muchas, y huí.

Sin levantar la mirada, apagó el cigarrillo y suspiró.

—Siga, siga —dijo Zalomit animándola.

—Y así llegué a Sestina. Va a decir usted que estoy loca, profesor, no me creerá... Resumiendo, la víspera por la noche, había conocido a un hombre joven que me había gustado mucho. Así que, después de huir, fui a pasar la noche a su casa, en Sestina. Era un mecánico que trabajaba en el refugio. Por la mañana, antes de irse al trabajo, me citó a las doce o doce y media en el bosque, y allí estuvimos juntos y pasamos cerca de dos horas en un nido de hojarasca. Y luego él se marchó a trabajar otra vez, pero a mí no me apetecía en absoluto volver a ponerme el vestido, vestirme. Se acordará usted del calor que hacía aquel día. Iba caminando desnuda, corriendo como una loca, con el pelo suelto y el vestido arrebuñado en una mano. Y he te aquí que de repente casi me doy de narices con el doctor Tataru, más blanco que la pared. «¿Es cierto, Eufrosine?», me preguntó. Él tampoco podía dar crédito a sus ojos. «Sí, doctor, es cierto», le contesté lánguidamente, encantada. «¿Es cierto que dentro de nada cumplirá setenta años?». «Los cumplí en febrero, doctor». Y me reía, me reía. Me reía, con el pelo desparramado por los hombros, lo miraba al fondo de los ojos y, como a mi pesar, avanzaba hacia él. Sabe Dios lo que me entró, había perdido la cabeza. Que se hartara de mirar, que también le aprovechara al doctor Tataru, puesto que ese milagro era obra suya. Me reía, me reía según caminaba hacia él, y él retrocedía, asustado, retrocedía sin darse cuenta de que había llegado a lo alto de la cuesta, y yo tampoco veía nada, había perdido la cabeza. Y, de repente, vi que perdía

el equilibrio... y luego rodó por el barranco. Grité, grité y luego me callé, con la mano en la boca, porque me había parecido oír una voz de hombre y me escabullí como pude hasta el nido de hojarasca. Me puse a llorar. Lloraba de vergüenza. No creía que se hubiera matado. Me vestí y volví a casa de Dumitru, el hombre con quien había... Y Dumitru me dijo...

La siguió con la mirada, bajo la nieve, hasta que hubo cruzado y desaparecido por la esquina de la calle. «Ya volveré a verlo este verano para que pueda comprobar que no miento...». Pegó la frente al cristal, agotado de tristeza. Cuando vuelva usted, Eufrosine, no me encontrará... Mi curiosidad científica tiene límites. En cuanto a la teología y a sus problemas, me inspiran desconfianza. Voy a presentarla a usted en el Servicio de Informaciones e Investigaciones.

Con la mirada vacía, se alejó de la ventana, encendió la lámpara y se sentó delante de su mesa de trabajo. Ahora sabemos o, mejor dicho, sé, lo que ocurrió. No es exactamente un suicidio, pero ¿qué es exactamente?

Abrió un cajón de la mesa, tomó una tarjeta de visita y, tras unos instantes de vacilación, descolgó el teléfono.

—¿De parte de quién? —preguntó la secretaria. Al oír su nombre, contestó con voz levemente asustada:

—Un momento, por favor.

No hubo de esperar mucho antes de oír una voz de hombre joven sumamente cortés, untuosa.

—¿Profesor Zalomit? El camarada coronel ha salido hace apenas diez minutos para su casa. Lo verá llegar de un momento a otro.

Le temblaba la mano, colgó el teléfono con suavidad y luego permaneció inmóvil esperando a que se le calmaran un poco las palpitaciones. Cuando llamaron a la puerta, se pasó varias veces la mano por el cabello y fue a abrir disponiéndose a adoptar la sonrisa y el asombro de circunstancias.

—¡Qué casualidad! —exclamó.

—¿Verdad? —dijo Albini.

Después de colgar el abrigo, se dirigió directamente a la mesa de trabajo, descolgó el teléfono y, manejando hábilmente la hoja de una navaja pequeña, quitó con rapidez unos cuantos tornillitos.

—Ahora, ya no necesitaremos esto —dijo.

—Quiere decir que... —preguntó Zalomit, haciendo esfuerzos por sonreír. —Recurrimos a este pequeño detalle estrictamente tecnológico para simplificar su misión. Toda la conversación o, mejor dicho, la confesión, ha quedado grabada en una cinta magnética. Recibirá el texto a máquina dentro de uno o dos días. Pero es realmente extraordinario, ¿no le parece? ¿Se esperaba usted algo así?

Zalomit, nervioso por no poder dominar el temblor de manos, se pasó varias

veces los dedos por el cabello.

—Yo, se lo confieso francamente —prosiguió Albini—, no me lo esperaba. Sacó la cajetilla, vio el cenicero medio lleno.

—No habrá que olvidar este detalle —añadió—. Habrá que ofrecerle siempre cigarrillos, y de los buenos.

Se volvió bruscamente hacia Zalomit, cuya mirada intentaba sorprender.

—Está usted conmocionado, profesor, y lo comprendo muy bien. Uno podía esperárselo todo, pero este conato de violación como consecuencia del tratamiento, oiga, la verdad...

—No, en efecto, en eso no había pensado —dijo Zalomit con voz firme—. Me preguntaba si no podía tratarse de un suicidio... Como conocía bien a Aurélian Tataru, creo entender lo que ocurrió. No creo que Aurélian tuviera reparos en hacer el amor con una mujer joven y guapa, aun cuando se tratara de una de sus antiguas pacientes. En cuanto la vio, de lejos, se aterró y se quedó más blanco que la pared. Imagino que comprendió en un instante la tragedia de Eufrosine: seis meses al año en la tierra, seis meses al año en el Infierno...

—Como Perséfone —observó Albini sonriendo.

—Sí, pero Eufrosine no es una diosa... Antes de cruzar una sola palabra con ella, Aurélian había comprendido. Tenía allí, ante sí, a una bacante desnuda, joven y bella, pero sabía que, durante cinco o seis meses al año, esa bacante se transformaba en una mujer de más de setenta años. Comprendió qué infierno debía de ser, en realidad, la vida de aquella mujer. Y, aun cuando no fuera directamente responsable, pues no había sido él quien había decidido suspender el tratamiento, sabía, no obstante, que la tragedia de Eufrosine era obra suya... Diría incluso que, si no se hubiera producido el accidente, Aurélian Tataru hubiese puesto fin a sus días.

—Exagera usted. Aurélian Tataru era un hombre de ciencia. Sabía o, para ser más exactos, creía, tenía la esperanza de que el suero que había descubierto produjera los resultados previstos. Pero aún no había tenido ocasión de ver el resultado de su tratamiento. Tal vez él tampoco pudiera dar crédito a sus ojos... Sea como fuere, ¿a qué perdemos tiempo en hipótesis improbables? Hemos de felicitarnos, en primer lugar, por todo aquello de lo que nos hemos enterado hoy. Este gran éxito, es a usted, profesor, a quien se lo debemos.

—¿A mí?

—Claro que sí, a usted. Por motivos que ignoramos, ha sido a usted y no al ingeniero Hagi Pavel a quien la camarada Eufrosine ha escogido como confidente. Hoy tenemos a nuestra disposición al único ejemplar —no me atrevo a utilizar la palabra «persona»—, al único ejemplar capaz de proporcionarnos información acerca del descubrimiento de Tataru. Quiero decirle que los análisis a los que la sometan nos aportarán indicaciones sumamente valiosas. Pero eso ya no es de nuestro negociado... Sin duda, está usted corrigiendo las pruebas en el laboratorio, no las veo en su mesa. —En el laboratorio— repitió maquinalmente Zalomit—. Para tener las

planchas, la bibliografía a mano y, además...

—Tres volúmenes, tres gruesos volúmenes de golpe. Será impresionante. Zalomit sintió que le ardían las mejillas, esbozó una sonrisa.

—Como ya le escribí este otoño, se lo agradezco mucho —dijo, con un nudo en la garganta.

—Personalmente, no tengo más mérito que el de haber llamado la atención de los especialistas. Dicho lo cual, le confesaré que cuanto nos ha mandado relativo a *La morfología de las plantas* de Goethe...

Zalomit se echó a reír con un ligero aire de triunfo.

—Eso ya lo suponía...

—Pero aún no conocemos la continuación, y a nosotros lo que nos interesa es, *sobre todo*, la continuación... Por cierto —prosiguió, sonriendo—, no ha sido culpa suya si este verano no consiguió usted dar con el padre Calinic. Ya podía usted buscarlo en su majada... El pobre había muerto inmediatamente después de que se separaran ustedes, murió esa misma noche. De cansancio, de vejez, en la linde del camino...

—Informaciones e Investigaciones —murmuró Zalomit consiguiendo sonreír.

Y, en un tono que le hubiera gustado que fuera provocador, añadió:

—¡Era un santo!

—Sí, es verdad, era un santo. Nunca le dijo a nadie cómo lo habían torturado ni quién lo había hecho. ¡Ay! Otra vez esa falta de imaginación que deplorábamos el verano pasado en Poiana Domei. Se figuraban que podrían obligarlo a decir... »En fin, de nada sirve evocar los errores del pasado... Sea como fuere, al menos una cosa es segura: el doctor Tataru no le comunicó a nadie, ni a sus amigos ni a sus colegas ni al padre Calinic, el secreto de la fórmula. Lo que realmente me sorprende mucho es que no se haya podido encontrar la menor indicación entre sus papeles. Y, sin embargo, se sabe que, durante años, se desarrollaron en el laboratorio de la Facultad de Medicina experimentos preliminares. Debió de quemarlo todo. —Debió de quemarlo todo— repitió Zalomit con voz ausente.

—Por lo tanto, como le decía, no tenemos más que a Eufrosine. Menos da una piedra. Porque, además, también lo tenemos a usted, profesor.

—¿A mí? —preguntó Zalomit horrorizado—. ¿A mí?

Albini se echó a reír mientras se sacaba lentamente del bolsillo la cajetilla y el mechero.

—Sí, a usted, profesor Filip Zalomit, autor de tres volúmenes gordísimos sobre la flora de los Cárpatos.

—¡Ah!, comprendo —dijo Zalomit ruborizándose de nuevo.

—En el fondo, se trata de una misión fácil e incluso, en cierto sentido, más bien agradable. Poder asistir de vez en cuando a... cómo le diría yo, a la metamorfosis de una de las tres Gracias...

Zalomit tenía un nudo en la garganta, no era ya capaz de articular una sola

palabra.

—Sí, de vez en cuando, en marzo, por ejemplo, y luego en el «wunderschone Monat Mai» y, por último, en los alrededores del solsticio de verano.

—Pero ¿por qué yo? —consiguió pronunciar Zalomit—. Yo no entiendo nada de biología médica...

—Porque Eufrosine lo conoce y confía en usted. Si intervenimos brutalmente, vamos a asustarla, creará que queremos responsabilizarla del accidente que tuvo el doctor Tataru. Pero usted podría explicarle de qué se trata y no le costará convencerla de que, por su propio interés, por el interés de la ciencia, de la ciencia rumana en primer lugar, debe ponerse en lo sucesivo a disposición de los investigadores.

—No resultará fácil —dijo Zalomit, que había recobrado la voz de repente—. No sé si puedo aceptar semejante responsabilidad...

—Ya volveremos a hablar de ello más adelante. No está obligado a darme una respuesta inmediatamente...

Calló y, mientras fumaba, se puso a mirarlo de hito en hito con un aire de curiosidad muy evidente.

—¿Sería indiscreto preguntarle si la señora Sidonia Valceanu no fue su esposa una temporada?

Sin saber por qué, a Zalomit le entró una risa nerviosa absolutamente irreprimible.

—No hay indiscreción alguna en ello. Los dos éramos muy jóvenes cuando nos casamos, yo aún no había conseguido el grado de doctor, y, menos de un año después de la boda, estábamos separados. Pero seguimos siendo amigos.

—Eso me habían dicho, efectivamente —dijo Albini, aplastando el cigarrillo con esmero—. Sabía que habían seguido siendo amigos. Y, por otra parte, vamos a coincidir dentro de unos días en la boda de Isadora.

—El 22 de diciembre —dijo Zalomit con sonrisa soñadora—. Dentro de tres días.

—El feliz contrayente es un primo mío. Un primo a la par que un excelente amigo, pues, aunque es más joven que yo... Pero no quisiera molestarlo más —dijo abandonando la butaca—. Me alegro mucho de que, en cierto modo, a partir de ahora, formemos parte de la misma familia.

—Una familia de investigadores —concluyó Zalomit con una amplia sonrisa.

—Exactamente. Émil Butnaru, mi primo y amigo, es un eminente químico. Cuando llegó junto a la puerta, se volvió para preguntarle:

—¿Y la poesía?

Zalomit le puso la mano con familiaridad en el hombro y se echó a reír.

—¿No le parece que con *Las corolas maculadas* basta? ¿Sabe de un título que sea más profético que este: *Las corolas maculadas*?

Albini le tendió la mano sonriendo.

—Todavía no le deseo felices fiestas, puesto que vamos a vernos dentro de tres días, en la boda...

Una vez que hubo cerrado la puerta, Zalomit se echó a reír de nuevo; reía, reía tanto que lloraba, reía secándose las lágrimas de risa del rostro, sin entender lo que le estaba pasando ni de dónde procedía tal explosión de júbilo, de ese tremendo júbilo que no había conocido desde su juventud.

—¡El mundo entero me pertenece! —exclamó, recordando las palabras de Eufrosine—. ¡Y es verdad! ¡El mundo entero me pertenece, y de veras!

Se sentó a la mesa de trabajo, reprimiendo con dificultad las últimas sacudidas de risa nerviosa, secándose, encantado, las últimas lágrimas.

—Aurélian —dijo en voz alta, como si lo tuviera delante—, Aurélian, te entiendo perfectamente, has hecho bien. No había otra solución...

Se levantó y se dirigió a la cocina llevándose el cenicero, que estaba lleno. Luego entró de nuevo en la habitación para abrir la ventana. Cuando regresó de la cocina, el aire frío y puro que olía a nieve le azotó el rostro. Ellos también conocían a Calinic, pensó mientras intentaba cerrar la ventana. «Conocían a Calinic... Pero no entiendo por qué ha quitado el micrófono delante de mí. Seguro que para hacerme ver que tienen todos los derechos y que hacen lo que quieren. En el fondo, tenía razón, a partir del momento en que he aceptado sus servicios. Ahora formamos parte de la misma familia... Y esas excusas que me inventaba convenciéndome de *que había que* pasar por todo esto para recuperar la fórmula perdida». De repente, se acordó de la anciana y se estremeció de horror. Al volver a sentarse a la mesa, se percató de que estaba temblando. «He dejado demasiado tiempo la ventana abierta y estoy cogiendo frío. ¿Cómo podrá creer Albini que voy a tener el valor de verla otra vez? Menos mal que tengo más de sesenta años y, además, sobre todo, afortunadamente está el frasco».

Sonrió melancólicamente, al acordarse del ritual con el cual, aquella tarde de verano, había sacado de la cartera el frasquito, lo había alzado hasta la altura de los ojos, en un gesto melodramático, y se había puesto a recitar, mientras lo contemplaba, este fragmento del monólogo de *Fausto*: «Ich grüsse dich, du einzige Phiole...». (Os saludo a ti, única ampolla...).

Abrió el cajón no sin dificultad y se puso a rebuscar debajo de los grandes sobres amarillos en los que había guardado cartas importantes. De repente, se apoderó de él la angustia, se levantó, sacó los sobres uno por uno antes de arrojados sobre la mesa. Miró enloquecido el cajón vacío. «Aquí también han estado haciendo un registro... y lo han encontrado». Sintió que las piernas le fallaban, se sentó respirando dificultosamente. «No hay nada, nada que hacer», murmuró. «Creo que ya no hay realmente nada que hacer», repetía, vencido por un extraño cansancio.

Se despertó tarde, se levantó de la cama de un salto. Miraba a su alrededor, con cara extraviada, intentando saber dónde estaba. *Euphorbia moldavica id est*

*impudica*; seguía sin dar con la rima: *moldavica... impudica*.

Pero no conseguía concentrarse; lo exasperaba el ladrido del perro. Un perrazo negro que daba vueltas a su alrededor en la grava.

«¡Vaya con el chucho este!», le gritó al perro, riendo como para que le resultara menos imponente.

Entonces fue cuando vio la plaquita de cobre en la que ponía *Les Trois Grâces*. «Pues claro, ahora lo entiendo», murmuró feliz. «Son tres en una; un mismo cuerpo, aun cuando estén separadas. Una belleza serena, perfecta; ningún otro nombre, a decir verdad, les hubiera ido tan bien...».

## EL PUENTE

*París, agosto de 1976.*

—¡Hay que ver qué cosas pasan! Me estoy acordando de un motorista. Yo estaba delante del chalé, mirándolo. Quería ver cuándo se hartaba. Ya era la cuarta vez que subía por la empinada cuesta y, nada más llegar arriba, daba media vuelta y bajaba hacia el valle subido en la moto, despacio, sin meter ruido. La quinta vez pasó lo que tenía que pasar, el accidente, quiero decir. Lo llevé en brazos al chalé, ensangrentado, inconsciente. Cogí agua y se la eché por encima. Volvió en sí y, con gran sorpresa por mi parte, me reconoció. «Ya creía que no venías», me dijo. «Te estuve esperando el año pasado, más o menos por esta época». Yo no entendía nada. «Debes de tomarme por otro», le dije. «Este chalé no es mío. Me lo ha prestado ocho días un amigo». Él sonreía: «Ya sé que son las reglas del juego, tú tienes que hacer que no me reconoces. Pero soy yo, Emmanuel». Y empezó a contarme... todo tipo de historias raras, completamente inverosímiles. Lo interrumpí varias veces: «Pero si todo eso *no es* verdad. Sabes muy bien que no puede ser verdad. Te lo has inventado tú. ¿Y el accidente?», me preguntó con una sonrisa. «¿Y el accidente me lo he inventado yo?». Se restañaba con un pañuelo el labio superior, que le estaba sangrando, y en la mirada que me dirigía yo leía candor, pero también una imperceptible ironía. No sabía a qué carta quedarme. Me daba pena decirle la verdad, decirle que padecía de amnesia. Al final, tuve que decidirme. Si hubiera vuelto a perder el conocimiento, me habría visto en la obligación de llevarlo al hospital, y eso lo habría complicado todo mucho, muchísimo. «Aquí hay un error», le dije suavemente. «Estás aquí por error, me confundes con otro. Pertenece a otro mundo, a otra sociedad. A lo mejor eres un escritor, o un aventurero; sea como fuere, eres alguien con muchos secretos, cuyo pasado y cuyo futuro rebosan de aventuras fabulosas. Yo me muevo en un mundo modesto y prudente, carente de interés. Es imposible que me conozcas. Te repito que este chalé no es mío. Es de un amigo. Es la primera vez que vengo...».

»Seguía mirándome mientras se restañaba el labio con el pañuelo. Lo dejé marchar, aun a sabiendas de que iba a perderse. Padecía de amnesia. ¿Qué posibilidades tenía de encontrarse con quienes lo estaban esperando, quienes lo habían esperado ya el año anterior? Padecía de amnesia, y las reglas del juego —a lo que había creído entender— exigían que no se lo reconociese a la primera. Así que habría podido volver otra vez, y otra más, pero ¿cómo habría podido saber a casa de quién había ido y a casa de quién no había ido, si padecía de amnesia? Se marchó, y yo sabía de sobra que se iba a perder. Incluso empezaba a pesarme un poco haber dejado que se fuera. Era una persona interesante. Qué paciencia había tenido para

subir tantas veces hasta arriba con la moto y volver a bajar, después, hasta el valle, hasta lo más hondo del valle, hasta el puente...

—Sí, ¡hay que ver qué cosas pasan! —dijo Onofrei. (Yo sabía por qué me interrumpía: sin darme cuenta, había vuelto a mencionar el puente)—. ¡Hay que ver qué cosas pasan! Iba yo esta primavera por la calle de la Princesa y vi a un teniente de húsares rojos salir de un patio. Me quedé pasmado en la acera mirándolo. Era tan guapo, que solo se puede hablar de él en términos de teología negativa. Yo sonreía y me decía: así es como habría que describirlo. Usando una lengua diferente a la de todos los días. El lenguaje de la teología, por ejemplo, o el de la metafísica. Me decía: un teniente de húsares rojos presentado en términos de teología negativa constituye, en sí, un misterio, una paradoja. *Coincidentia oppositorum*, que habría dicho Nicolás de Cusa. Me agradaba esta forma mía de pensar. De pronto, me elevaba hasta otro mundo, penetraba en un universo de esencias y arquetipos. Sonreía, feliz, y quizá fue esa sonrisa la que lo envalentonó. Al joven que estaba a mi lado en la acera, no al teniente. El teniente había pasado de largo. «Yo también me he quedado admirado», me dijo el joven. (Me bastó una ojeada para comprender que estaba tratando con un intelectual). «Puedo decirle confidencialmente que es algo más que un hombre guapo, algo más que un hombre tan guapo que solo se lo puede describir en términos de teología negativa. Lo conozco. Está sediento de cultura. Lee los *Upanishad*. Y puedo decirle otra cosa: está buscando una casa para compartirla con dos estudiantes. Es decir... no querría que me interpretara usted mal: quiere alquilar una casa junto con dos estudiantes, una casa entera, no un piso, un hotelito con jardín, patio, galería. Esta casa de ahí no ha debido de agrardarle», añadió tras examinar la fachada. «Por lo que de él sé, le gustaría una más amplia. Para organizar conferencias y dar fiestas». Yo lo escuchaba fascinado al ver que conocía tan divinamente al húsar, que lo comprendía. Siguió diciendo: «Desde luego, le gusta volver a casa a caballo. Por eso escogió un regimiento de húsares. Pero su coronel se lo tiene prohibido. Un hombre tan guapo a caballo y con uniforme de húsar rojo por estas calles tapizadas de hojas secas en otoño, unas calles tan melancólicas cuando se pone el sol...». «Y todas las muchachas acechándolo detrás de las ventanas», añadí. «Su coronel tiene razón...». «No, no es por eso», me contestó el joven. «Es por la melancolía, por la tristeza de los crepúsculos de Bucarest. Pues, si me permite usted tal afirmación, señor mío», me dijo con gran cortesía, «tenemos la suerte o la desgracia de vivir en la ciudad más melancólica del mundo».

—¡Pero si lo conozco! —interrumpió Gologan—. Coincidí con él una vez. Le gusta mucho pegar la hebra por la calle con desconocidos. Es un individuo muy peculiar.

—Pues le estoy muy agradecido —siguió diciendo Onofrei—, ya que, gracias a él, conocí al teniente. Al teniente y a los dos estudiantes... Cuando he dicho *coincidentia oppositorum*, no estaba exagerando. Por supuesto que Nicolás de Cusa utilizaba esta expresión para definir a Dios. Pero, entendámonos, no estoy diciendo

que el teniente se parezca o que se lo pueda comparar, o que participe de un modo de ser similar a Dios. No digo tal cosa. Pero les aseguro que no se puede hablar de su forma de ser más que en términos de teología negativa. No solo ha leído los *Upanishad*, sino que, desde que los leyó, se ha planteado determinados problemas. Creo que entienden a que me estoy refiriendo: *¡neti, neti!* y todo lo demás: la realidad última, el ser y, por fin, el *atman*. Cuando fui a verlo o por primera vez, cuando me llevó mi amigo Blanduzia...

—No creo que se llame así —objetó Gologan—. Si se trata de ese individuo tan peculiar del que les estaba hablando, el de las melancolías de Bucarest y todo eso, se llama Gorovei, Iancu Gorovei.

—Le aseguro que se llama Blanduzia —insistió Onofrei.

—En el fondo, ¿qué más da? —dijo Gologan encogiéndose de hombros.

—Pues a mí, en cambio, me parece que es muy importante. Es bueno que sepamos si estamos hablando de la misma persona. Y yo estoy hablando de Blanduzia, amigo mío y del teniente. Cuando fui a verlo o por primera vez a su nuevo domicilio de la calle de las Sacerdotisas, me quedé muy impresionado. Tengo que especificar que esos seres superiores, el teniente y los dos estudiantes, llevan una existencia diferente de la nuestra. Podría ir más allá y afirmar que han hecho de su existencia un ritual. Por ejemplo, todo el mundo sabe que al teniente no le gusta esperar cuando se sienta a la mesa. Así que, de común acuerdo, han ideado el siguiente ritual: por la tarde, cuando vuelve del regimiento —ya les he dicho que no puede volver a caballo—, el ordenanza lo espera en la esquina. En cuanto lo ve bajar del tranvía, regresa a toda velocidad y, al llegar al patio, grita: «¡Ya viene!». Entonces el primer estudiante descorcha la primera botella de vino. El segundo va corriendo a cerrar con llave la puerta del salón. Tengo que explicarles por qué la cierra con llave: en el salón, a esa hora, hay tres o cuatro mujeres jóvenes, a veces más, señoritas, señoras (es decir, señoras casadas), viudas, divorciadas; y el teniente, de común acuerdo con sus compañeros, ha decidido... ¡Ah!, pero ese es un secreto de ellos y seguramente no debería mencionárselo. Aunque aquí empieza la existencia vivida como ritual. Ritual en el sentido de secreto, misterio, sacramento... Es curioso, cuando se para uno a pensar... Todos estábamos esperando que siguiera, respetuosos, intrigados, pero Onofrei sonreía, pensando en otra cosa.

—Es verdad que pasa cada cosa... —dijo Zamfirescu—. Cosas que se nos olvidan con frecuencia. Un día, estaba mirando, sin más ni más, a una anciana. Creo que era ciega. La guiaba una jovencita que la llevaba de la mano. Pero ¿cómo la guiaba? Nada más cruzar la puerta, la joven se detuvo. En la mano derecha llevaba un libro abierto, lo alzó y empezó a leer. La vieja escuchaba atentamente, concentrada, casi con devoción, esforzándose por comprender. La escuchaba dándole la mano izquierda. Yo estaba pensando precisamente en eso, en que le tenía cogida la mano izquierda, cuando me acordé, de repente, de que todo esto había pasado hacía muchísimo y se me había olvidado. Pues sí, tal y como se lo cuento. Tiempo atrás

(quizá un mes, quizá más, unos años, no sé), me paré un buen día ante una casa. No podría decirles por qué me paré en ese lugar, pero era como si estuviera esperando algo. No lo comprendí hasta más adelante. En aquella casa se estaba muriendo una anciana. Llevaba mucho muriéndose, pero no podía morirse entre extraños. Quería volver a su casa, morirse en su tierra, que la enterraran allí, en la patria chica. Pero ¿cómo iba a regresar si casi no podía moverse? Me lo estaba planteando, es decir, que me estaba haciendo esa misma pregunta cuando una jovencita, la hija de un vecino, una chiquilla de catorce o quince años, le propone acompañarla, guiada. Y entonces (en cierto modo parece increíble), la vieja se levanta de la cama, coge de la mano a la muchacha, y se van. Se ponen las dos en camino. «Pero no tenemos pasaporte», dice la muchacha. «Tengo que llevarme un mapa y un libro. Iré leyendo el libro para orientarme». Señores, tenía ante los ojos una escena de infrecuente belleza. La vieja estaba ya cansada y se había sentado en una sillita. Y la muchacha le leía en voz alta. Una escena de infrecuente belleza. Leía de forma admirable, modulaba cada palabra alzando levemente la voz cada vez que se mencionaba la casa. Sí, ese libro (no sé cómo se llama ni quién es el autor), ese libro tenía, en el fondo, un argumento muy sencillo. Hablaba de la casa, de la vuelta a casa, a la casa propia quiero decir, esté donde esté. Tenía la impresión de que se parecía a algo conocido. Por un momento, me pregunté si no se trataba de una nueva *Odisea*; nueva, es decir, más hermosa, escrita *ex profeso* para las mujeres, los ancianos, los niños. Pero inmediatamente me di cuenta de que estaba equivocado. Y fue de la siguiente forma: poco tiempo después, apareció un joven. He de puntualizar que la muchachita que me había parecido de catorce o quince años semejaba tener ahora cuatro o cinco más, a la luz del día. No más de diecinueve o veinte, pero ahora, a la luz del día, se había vuelto muy hermosa. Y, entonces, claro, ese joven que no sé de dónde había salido, cuando la vio leyendo un libro, se detuvo, intrigado, y (cosa que entiendo perfectamente) se puso, como quien dice, a cortejada. Digo «como quien dice» porque mostraba mucha delicadeza. Recuerdo muy bien cómo empezó: «¡Ah!», exclamó, «es usted una idealista, una profesora, un alma de poeta. Le gusta a usted leer. Yo también tengo libros», añadió con discreta modestia. «Tengo ideas».

—Lo conozco —interrumpió Onofrei—. Es Blanduzia. Aunque sea un joven de rara modestia, no oculta que tiene libros, que posee ideas. En ello se basa su amistad con el teniente de húsares y los dos estudiantes: todos veneran los mundos nobles, los universos ideales. Ya les he dicho que su existencia se desarrollaba en un plano elevado, que me atreveré a llamar metafísico, teológico. Pues, en el fondo, ¿qué buscan esos jóvenes a no ser la realidad última que, para nosotros, humanos, queda empañada, camuflada por tantas ilusiones y errores? La buscan y me atreveré a añadir que, a veces, la encuentran. Si pudieran oír al teniente hablar del *atman* o de algo aún más trágico, ¡del mito de Adonis! Ya entienden a qué me estoy refiriendo. No al hecho de que sea tan hermoso como un Adonis, sino, desgraciadamente, a su tragedia personal, una tragedia que, por otra parte, es de orden metafísico. Creo habérselo

comentado ya: todo empezó con los *Upanishad*. Cuando el teniente se formuló la pregunta: «¿Quién soy?», y respondió correctamente: «Mi yo, mi auténtico yo es *atman*», que es como decir *brahman* (en sánscrito: *aham brahmasmiti* o, si se emplea otra expresión: *ayam atma brahma*), algo se vino abajo en lo hondo de su ser. Es lo que algunos llaman ruptura metafísica. En su caso, el traumatismo fue total. Lo hirió un jabalí, como a Adonis, es decir, quedó indirectamente castrado por voluntad de Afrodita, una diosa mayor de la que era amante, hijo o esposo; por su parte, el teniente quedó traumatizado por su encuentro con la realidad última, ese misterio de la identidad *Brahma-atman*. Pero no querría que me interpretaran ustedes mal. No querría que pensarán que se trata de un accidente de orden fisiológico ni psicossomático. Ya les he dicho que su tragedia era de orden metafísico y teológico. Poco importa con cuántas mujeres se acuesta el teniente. Cuando lo conoció el primer estudiante, eran doce las que se acostaban con él. Últimamente, cuando lo conocí yo, eran once. Pero no interpreten esa diferencia numérica como un presagio siniestro. Es algo mucho más serio. Al seguir comportándose como un don Juan, el teniente se comporta como un Adonis. Ya comprenden lo que quiero decir: su alma ya no tiene apegos. Ahora bien, en él solo cuenta el espíritu. Su tragedia es de orden espiritual. Pero ya se imaginarán ustedes que todo esto provocó un cambio radical tanto en su existencia como en la de sus compañeros. El salón, por ejemplo, que antes se destinaba a fiestas y conferencias, se ha convertido ahora en... ¿Cómo explicarlo...? Sería una exageración hablar de santuario y, sin embargo, se trata de algo así: un lugar reservado a las meditaciones y las ceremonias. Van ustedes a preguntarme: pero ¿y las mujeres, todas esas mujeres jóvenes y bellas, señoritas, señoras, casadas, viudas que lo esperan todas las tardes en el salón y a las que un estudiante encierra con llave en cuanto oye al ordenanza gritar en el patio: «¡Ya viene!»? Bueno, pues si consiguen ustedes formularse correctamente la pregunta, encontrarán de forma implícita la respuesta. Les ruego que no le den excesiva importancia a la interpretación de la puerta y la llave: tales símbolos no son ya válidos para un hombre de la talla espiritual del teniente. Hallarán la respuesta en la definición que me ha servido de punto de partida: solo puede definirse al teniente en términos de teología negativa. La respuesta la hallarán en el concepto de *coincidentia oppositorum*. Mediten acerca de este detalle: once mujeres, pero sin apegos. Dicho de otro modo...

Se interrumpió y sonrió con sonrisa cargada de sobreentendidos, aunque preferentemente dirigida a sí mismo.

—¿Se han visto ustedes alguna vez en una situación sin salida posible, en una situación absurda porque, al no tener principio, no podía tener fin, no podía hallar solución en ninguno de los planos de la realidad inmediata? O, recurriendo a otro símil, ¿se han hallado ustedes alguna vez en una habitación totalmente privada de salidas, sin puertas ni ventanas, en la que hubieran aterrizado sin saber cómo y de la cual, en un plano racional, no existiera posibilidad alguna de evasión?

Calló de nuevo y nos miró uno por uno sin dejar de sonreír.

—Me he limitado a hacerles una pregunta. De ustedes espero la respuesta.

—Ya sé a qué se refiere usted —dijo Gologan—. Me he hallado, efectivamente, tal y como dice usted, en una situación sin salida. Me encontraba en compañía de varios amigos en casa de alguien a quien ustedes no conocen, Stavroguin, el famoso Stavroguin, el de la mantequería. Aunque hayan transcurrido unos treinta años, me acuerdo muy bien. Nos habíamos reunido allí varios amigos después de un bautizo. El bautizo se había celebrado aquella mañana, pero, por supuesto, en otra casa, en otro ambiente (catedráticos, sacerdotes, jubilados), en un lugar mucho más alejado, en el extrarradio. Estábamos en casa de Stavroguin, y quien no lo haya conocido no puede imaginarse lo que eso suponía en aquella época. Bastará con que les diga que la mantequería estaba en la planta baja, que parte de la familia vivía en el primero (sería demasiado largo explicar el porqué, el quién y el cómo), y que el propio Stavroguin ocupaba los otros dos pisos, el segundo y el tercero, con otros familiares, pero que también podía decirse que vivía solo, porque era un individuo muy peculiar, ¿saben ustedes? Tenía dinero y, además, la mantequería; en el fondo, podía permitirse hacer lo que quisiera. Así que, como les iba diciendo, estábamos en casa de Stavroguin un grupo de amigos después del bautizo. De repente, oímos llamar y salió a abrir el dueño de la casa en persona. Todos sentíamos curiosidad. ¿Quién podría ser? Porque, ya me entienden, nadie sabía que estábamos allí, en casa de Stavroguin. Todo el mundo se figuraba que estábamos en el bautizo, con las otras personas, en el extrarradio, en las afueras de la ciudad. Abre la puerta Stavroguin e imagínense ustedes a un anciano bien vestido, muy educado, que nos mira de uno en uno, y se veía perfectamente que no podía creer lo que estaba viendo. «Disculpe», va y le dice a Stavroguin, «¿a quién tengo el honor de dirigirme?». «A Stavroguin», dice Stavroguin. «Y supongo que estos señores son amigos suyos. Pues ya puedo decir que he tenido suerte. He probado en todos los otros pisos, pero sin éxito». «Los demás están en el bautizo», le explicó Stavroguin. «Es lo que me estaba imaginando», dijo el anciano. Luego se acercó a cada uno de nosotros, nos dio la mano y se presentó: «Herghelie. Aquí es donde suelo citar a la gente. En uno de estos pisos. El año pasado no pudieron venir todos. El Barón, por ejemplo, se quedó en el tren, bloqueado por la nieve, en Valea Larga. ¿Recuerdan lo que se habló de ello en su momento...?». Todos lo recordábamos muy bien, efectivamente. «Así que el Barón no pudo venir. Pero, en cambio, tuvimos sorpresas muy agradables. Por ejemplo, la señora Pélican, aquí presente, ya acudió el año pasado, aunque nos había escrito para decir que no podría venir». Se acercó a ella y le besó ceremoniosamente la mano. Luego nos presentó, a todos revueltos, como quien dice: «Los amigos del señor Stavroguin». Fuimos de uno en uno a besarle la mano a la señora Pélican, quien, a su vez, nos presentaba a sus amigas, todas damas de distinguido aspecto, elegantes, muchas de ellas extranjeras. Hacía raro oír tantas lenguas extranjeras en el piso de Stavroguin. Pero imagínense la situación en que se hallaba Stavroguin, con tanta gente fina, la mayoría extranjera, y él que casi no hablaba francés. (Sabía algo

mejor el griego, pero no mucho mejor, como pudimos comprobar aquella noche). Menos mal que, gracias al bautizo, todo estaba preparado: el champán, el caviar y lo demás. Al cabo de un ratito, Stavroguin bajó a la tienda con dos de nosotros y subió otra caja de champán, salmón ahumado, *foie gras*. Ahora estaban ocupados todos los sillones, los sofás y las sillas; se los habíamos dejado a las señoras, y nosotros, los amigos de Stavroguin y los demás, estábamos apoyados en la pared o de codos en los muebles. Pero ¡qué charla más cautivadora! ¡A qué casas había ido la gente aquella! Solían citarse en edificios de varios pisos, y me explicaron por qué. Lo raro es que, ahora que se lo estoy contando a ustedes, no me acuerdo muy bien. Algo más raro todavía: había allí una señora a la que había conocido en la legación suiza y a la que puedo confesarles que había intentado cortejar, pero sin ningún éxito. Me reconoció enseguida, por supuesto, pero tuvo el tacto de no recordar mis intentos de cortejada. E incluso, en esta ocasión, la encontré mucho más amistosa. «Ya veo que lleva usted una vida muy interesante», le dije. «Una vida de embajadas, de reuniones mundanas, y siempre con personas distinguidas...». «¡Ay, sí!», va y me contesta, «siento debilidad por los edificios de varios pisos. Se sube, se baja. Se sube, se baja. Nunca se cansa una. Quiero decir que *una no se aburre*». Y, entonces, me acordé de pronto de que esta vez yo no había subido al piso de Stavroguin. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero sabía perfectamente que no había subido por la escalera. Me acerqué a Stavroguin y le dije al oído: «Oye, y nosotros ¿cómo hemos venido aquí? Que yo sepa, no tenéis ascensor». «No, no tenemos. A mí me está pasando lo mismo, no dejo de preguntarme cómo hemos subido. Recuerdo perfectamente que, hace un rato, bajé a la tienda, recuerdo perfectamente que bajé por la escalera, pero no sé cómo he vuelto a subir». «Así que, en lo que a bajar se refiere, se puede bajar en cualquier momento», dije. «Sí, no te preocupes». Me tranquilicé enseguida. No obstante, le propuse: «¿Y si nos volviéramos al bautizo?». «Queda lejos», me contestó Stavroguin, «en la otra punta de la ciudad». Intenté convencerlo: «A lo mejor, allí también hay personas interesantes». «Pero tengo que atender a estas», y me señaló las habitaciones llenas de invitados. Le dije: «Acaba de llegar el Barón; él las atenderá». Acabé por convencerlo. Pero ya se percatan ustedes de la situación en que nos hallábamos. Sin principio ni fin. Pues ninguno de nosotros recordaba haber subido por la escalera. Menos mal que podíamos bajar sin problemas... Así que entiendo a qué se refiere usted —añadió Gologan, dirigiéndose a Onofrei.

—No me parece que sea lo mismo —dijo Onofrei—. En el caso de ustedes, había una salida, puesto que podían bajar.

—Y eso no es todo —intervino Zamfirescu—. Se las habían con personas distinguidas, hombres y mujeres de mundo que frecuentaban las embajadas, que estaban ya iniciados. Quiero decir que habían descubierto ya el secreto de los pisos: subir y bajar, subir y bajar. Mientras que la anciana, la muchacha y el joven de quienes les estaba hablando se hallaban, como quien dice, perdidos en el mundo, aún no habían descubierto nada. Por eso les costaba tanto... Me las volví a encontrar no

sé cuántos meses después en una estación. Imagino que estarían esperando un tren. La anciana seguía en su sillita, le tenía la mano cogida a la joven, la mano izquierda, y la muchacha le leía en voz alta. Pero ¡ay!, cuántas cosas habían sucedido entre tanto... Si hubieran oído lo que leía la muchacha, se les habría partido el alma. ¡Anda y que no habían pasado cosas desde que salieron! Aquel niño que vivía en la misma casa que ella y con quien la pobre anciana charlaba en aquellos tiempos, aquel había crecido, ya era casi un hombre, tenía problemas de todo tipo, tenía que bregar con tantas dificultades... Estaba claro que la muchacha leía para orientarse. Como ya les había dicho, no tenían pasaporte. Así que necesitaban el mapa para saber en qué dirección ir. Menos mal que habían tomado la dirección adecuada. Pero ¡qué tristes las páginas que estaba leyendo aquel día, mientras esperaban en el andén de la estación...! Además, ahora la muchacha estaba sola. El joven que había comenzado a charlar con ella ante la casa había desaparecido.

—No había desaparecido —declaró Onofrei—. Pero Blanduzia no sale nunca de Bucarest. Es indudable que siente debilidad por esa ciudad, Bucarest y, desde que se ha hecho amigo del teniente y de los dos estudiantes, consagra casi exclusivamente su vida a la búsqueda del absoluto interior. Jamás olvidaré las conversaciones a las que he tenido la dicha de asistir. A pesar de todas esas mujeres encerradas con llave en el salón todas las tardes, reina un ambiente de los que ennoblecen. Por mucho que las mujeres, a veces, peguen con el puño en la puerta, griten, profieran amenazas, es como si ni siquiera se las oyera. Ya comprenden ustedes el porqué: el ritual santifica a diario la vida de estos hombres superiores. Cuando están sentados a la mesa, toda su atención se concentra en la Cena. Es, por cierto, la única comida que toman juntos, puesto que el teniente almuerza en el comedor de oficiales y los estudiantes, en los comedores universitarios. Pero la comida de la noche es un ritual del que nadie tiene derecho a distraerlos. Pensaban ustedes que, al llegar el segundo plato, el segundo estudiante descorchaba la segunda botella de vino. Eso creía yo también, pero me equivocaba. *La segunda botella de vino la descorcha el teniente.* El ordenanza permanece tras él, listo para coger la botella en cuanto esté abierta y llenar los vasos. Pero la segunda botella tiene que descorcharla el teniente. No sé si se dan cuenta de qué estoy hablando. Hace un rato, les preguntaba si se han visto alguna vez en una situación sin salida posible. El símil más adecuado es, sin embargo, el de una habitación sin puertas ni ventanas, o algo más sugerente: al llegar al final de un túnel, tropiezan ustedes con las rocas de una montaña; entonces intentan dar marcha atrás, pero no lo consiguen. Ni siquiera consiguen darse la vuelta, porque notan las rocas pegadas a la espalda, tropiezan con ellas, las sienten también contra la cabeza, cada vez más encima, al parecer, amenazando con aplastarlos y, sin embargo, se dicen ustedes: ¡Tiene que haber una salida! Pues bien, señores, yo les aseguro que *hay* una salida. Pero, claro, está en otro plano. Y me atrevo a especificar: en otro plano de *lo irreal*. Ya han entendido a qué me estoy refiriendo: los números negativos; la paradoja; en el fondo, la negación que niega la negación y nos devuelve a la luz en el

preciso instante en que, como unos pobres hombres carentes de imaginación, nos creíamos para siempre prisioneros de este sarcófago de piedra, encerrados en esta cripta estrecha y helada, en el corazón de la montaña. Ya habrán comprendido ahora por qué es el teniente el que descorcha la *segunda* botella de vino. Les he dado la clave: piensen en la historia de las religiones, en lo que podría llamar el secreto de la primera repetición, en el misterio de esta expresión: *la segunda vez*, expresión que, en apariencia, un uso excesivo y, por tanto, una profanación del lenguaje ha trivializado, pero que no por ello ha dejado de conservar, bien ocultos, algunos fragmentos de una revelación primordial. La segunda vez, es decir, nacido por segunda vez, es decir, que re-nace, que ha resucitado de entre los muertos; en pocas palabras: *nacido al mundo del espíritu*. La segunda botella de vino es cualitativamente tan diferente de la primera como de la tercera o de la décima. Poco importa cuántas botellas se vacían cada noche en la calle de las Sacerdotisas. Pero ya han comprendido ustedes que la solución de la situación sin aparente salida estaba en la segunda botella, que descorcha el teniente. Exageraría si les dijera que se trata de una transfiguración. Pues, aparentemente, nada se transfigura. El ordenanza sigue allí, con su bandeja y sus vasos, los estudiantes siguen charlando, alzan la voz a veces, el teniente se ha desabrochado el cuello de la guerrera, a veces recita versos, otras medita o evoca recuerdos de la infancia. Pero repito que todo eso es mera apariencia. En realidad, una vez que se ha descorchado la segunda botella, se empieza a notar poco a poco que todo se transforma en torno. Al principio, no nos damos cuenta. Tenemos el vaso en la mano, probamos el vino con sincero deleite, atendemos a la conversación y nos parece como si notáramos algo inusual, un poco irreal a nuestro alrededor, bebemos otro trago y ya no podemos dar crédito a nuestros oídos. Hete aquí que oímos pasos, cuchicheos, risas sofocadas. Volvemos la cabeza, asombrados. Nada hay detrás de nosotros. No obstante, aún no nos sentimos tranquilos, miramos a derecha e izquierda, miramos hacia delante, miramos, sobre todo, al teniente. Está hablando de su regimiento, está hablando de sus caballos. Y entonces empezamos a comprender. Verlo volver a caballo a casa, al crepúsculo, bello como una aparición y, no obstante, sin apegos, herido, oír los cascos del caballo en la alfombra de hojas secas, a la hora en que el día declina imperceptiblemente, en que se encienden las farolas de gas, y preguntarse entonces: ¿para qué?, ¿qué sentido puede tener aún todo esto?, ¿por qué hemos nacido si no podemos entenderlo, si no podemos reconocerlo? Sí, el coronel tuvo razón cuando le prohibió volver a casa a caballo. No se puede combatir la melancolía sin estar preparado para ello... Ni siquiera sabemos en qué momento hemos bebido otro trago, y seguimos escuchando al teniente, y tenemos la esperanza de que se quede donde está, sentado a la mesa, contando historias durante otra hora, dos quizá, por lo identificado que parece hallarse con su propio hechizo, cuando, de pronto, lo vemos abrocharse la guerrera, ponerse en pie algo emocionado, con el vaso en la mano, y decir: «Confesamos nuestra derrota. ¡Mostraos...!». Y entonces todas se echan a reír y las vemos a todas allí, detrás, delante, todas jóvenes y bellas, tanto,

que podríamos preguntarnos si son reales, de carne y hueso, que, sobre todo, podríamos preguntarnos por dónde han entrado. El ritual exige que el segundo estudiante se ponga en pie también, ruborizado, y enarbole la llave del salón por encima de la cabeza. Y entonces las jóvenes sueltan una segunda carcajada. Claro que, si no se es de la casa, no se sabe que el salón y el comedor se comunican, que solo los separa un cortinón. No lo sabemos porque no nos atrevemos a imaginarlo. Pero, teniendo imaginación, enseguida se ve el cortinón y se comprende esa cosa tan sencilla y que, sin embargo, ninguno de nosotros puede comprender sin ayuda: comprendemos que existen un umbral y una cortina, aquí mismo, ante nosotros. Pero solo lo comprendemos *la segunda vez*. Esto es lo que gusto de llamar el misterio de la primera repetición...

Sonreía, feliz, y parecía abandonarse, como una epifanía, a nuestras miradas curiosas, impacientes.

—Sí, se trata, efectivamente, de un misterio. Tiene usted razón: no solo suceden cosas, sino que, a veces, suceden por segunda vez. Les he hablado de un motorista. Un amigo me había prestado su chalé. Me lo había prestado por una semana, y ya me disponía a irme cuando volví a oír la moto. Temía que sucediera otro accidente, así que corrí hasta el borde del camino, alcé el brazo y grité: «¡Emmanuel!». Se detuvo y me sonrió con el mismo candor, pero también con indefinible ironía. «Así que me reconoces...». Le dije: «Claro que te reconozco. Tenía miedo de que te perdieras, de que no consiguieras encontrarlos...». Bajó la vista. «Es la verdad. No los he encontrado. También he pasado con la moto por casa de otras personas, pero no los he encontrado. Y aquellos a los que he encontrado por casualidad, en otros chalés, en hoteles, no me han reconocido». Le dije: «Quisiera ayudarte. Pero tendría que saber más cosas de ti, saber de qué mundo vienes». Me miró insistentemente y volvió a sonreír. «Creía que, en nuestras circunstancias, esa pregunta más bien me correspondería hacértela a mí. ¿De qué mundo vienes tú, que no me reconoces aunque sabes que soy Emmanuel? Pensaba que, si no había olvidado las reglas del juego, me reconocerías...». De repente, me tapé los ojos con la mano. Habría querido que me tragara la tierra: de vergüenza, pero también de tristeza y de remordimiento. «¡Vladimir!», me dije, «¿cuántos años tienes?». Demasiado lo sabía: cincuenta y cinco. Mi vida se iba acercando deprisa, cada vez más deprisa, al final. En cierto sentido, podía decir que ya había vivido mi vida. Ahora era ya demasiado tarde. No podía volver a empezar. Pero la había vivido de mala manera, para ser concreto, la había vivido como en un sueño, sin darme cuenta de lo que me estaba pasando. Había vivido al azar, aunque, en mi adolescencia, durante los primeros años de la juventud, había oído hablar de Josafat, y había empezado a estudiarlo. Más aún, al cabo de unos años, de mis mejores años, había llegado a la segunda parte, esa que comienza por «En el molino de Josafat». Me gustaba tanto, me sentía tan dichoso al interpretarla, que estaba seguro de que nunca se me olvidaría, e incluso de que podría interpretar también la tercera parte, y cada vez mejor, interpretarla hasta el fin de mi vida. Pero,

a partir de ahora, me iba acercando deprisa, cada vez más deprisa, al final, y me di cuenta de que hacía mucho que me había olvidado de Josafat, de que había vivido mi vida sin interpretarlo, de que, en el fondo, no era yo quien había vivido, sino otros que me habían utilizado como intermediario, de que había consentido en vivir con otros, para otros... ¡Hasta qué punto (por completo) podemos llegar a olvidarnos de lo esencial! Lo había llevado en brazos, cubierto de sangre, hasta el chalé. ¡Y no lo había reconocido! Ni siquiera lo había reconocido cuando me había dicho que era Emmanuel. Había pensado que padecía de amnesia. Lo compadecía. Temía que se extraviara, que se perdiera, siendo así que había venido para despertarme, para recordarme a Josafat. Para despertarme, lo había intentado todo. Había subido cinco veces en moto aquella empinada cuesta y, al final, había recurrido al accidente. Pensaba que quizá su sangre me despertaría. O una de sus historias, claro está, tan inverosímiles, tan fabulosas, o quizá su nombre, Emmanuel. Pero nada me había despertado. Menos mal que vino por segunda vez y lo reconocí. «¿Nos queda tiempo todavía?», le pregunté deprisa. «¿No es demasiado tarde?». «Es tarde y tenemos poco tiempo, me contestó. Pero la segunda parte se interpreta antes y, si quieres...». Lo interrumpí: «¿Dónde están los demás? Me acuerdo de Prajan; tenía una hermosa frente, le gustaba la música, le gustaba Goethe, aseguraba que compondría un *Diván*... Me acuerdo de Elina, que nos gritaba al acabar la segunda parte: “¡Quién de nada reniega nada recuerda...!”. Me acuerdo de...». «Se han extraviado todos», me dijo Emmanuel. «Lo han olvidado. Algunos, rendidos, han arraigado. ¿Te acuerdas de la regla del molino? Si, al entrar en el molino, ves una silla vacía, pregúntate quién la ha puesto ahí y pasa de largo. Si ves a alguien descansando en la silla, pregunta... Mas, veamos, ¿te acuerdas de lo que tienes que preguntar?». Yo lo escuchaba y notaba que me ardían las mejillas; no me acordaba. «Casi nadie se acuerda al final de su juventud», me dijo. «Pero la segunda parte la interpretan otros. Algunos se olvidan de ello durante un tiempo y, de pronto, recuerdan la segunda parte y vuelven a interpretarla. Pero, claro, los que han estado en ello desde el principio y están ahora interpretando la tercera parte han ido más allá. Se pasa de un jardín a otro, de un bosque a otro; pero, mientras no se salga del molino, el juego es el mismo, se coincide sin parar con otras parejas, con otros grupos y, si uno se detiene demasiado u olvida una de las reglas del juego, se extravía...».

—Es cierto —interrumpió Zamfirescu—, si olvidamos, nos extraviamos. Les he dicho que había olvidado a la vieja ciega y a la muchacha. Al principio, había creído que era ciega, lo había creído porque había olvidado. En realidad, y me di cuenta en cuanto recordé, se estaba muriendo. Y, desde entonces, cada vez que recuerdo ese detalle, me las encuentro. Naturalmente, la muchacha no deja de leer en voz alta, y así la anciana se entera de cosas interesantes, comprende lo que le está sucediendo, comprende, sobre todo, su vida. Pero a las pobres les ha pasado de todo desde que me las encontré por primera vez delante de su casa. A veces, las veo en restaurantes. La gente no entiende qué está pasando, le dan en el brazo a la muchacha, le dirigen una

sonrisa compasiva y le meten un billete entre las páginas del libro. La muchacha se ruboriza, hace una leve inclinación con la cabeza, da las gracias y sigue su camino con el libro en la mano, tirando suavemente de su acompañante. Le resulta difícil decir que no, porque la gente tiene preparados los billetes de antemano y podría molestarse. Pero no han entrado en el restaurante a pedir limosna. Si cruzan por restaurantes, igual que cruzan por bancos, escuelas, iglesias, hospitales, es porque por allí pasa su camino, al menos, el camino que indica el mapa. A veces, esos itinerarios provocan todo tipo de embrollos. Por ejemplo, el día que pusieron la primera piedra del ayuntamiento del distrito cinco. ¿Se acuerdan de que había venido el primer ministro, y todos los periódicos hablaron de ello? Yo representaba a la Sociedad. Me acuerdo de que el alcalde acababa de concluir su discurso y el primer ministro estaba cogiendo un ladrillo cuando aparecieron ellas. No sé por dónde habrían entrado. Debían de venir directamente de la iglesia. A aquella hora, la iglesia estaba vacía. Nadie la vigilaba ya. Así que, en lo que el primer ministro sopesaba el ladrillo con la mano derecha, la ancianita se sentó allí mismo, en su silla, en sus narices, a un paso de los cimientos, como si no lo viera. Y la muchacha empezó en el acto a leer el libro que llevaba. Todo el mundo se descubrió respetuosamente: bien se notaba que todos estaban impresionados. No entendían lo que estaba sucediendo, pero se figuraban que tenía que ver con las costumbres ancestrales. Hay que decir que la muchacha leía admirablemente. ¡Y qué texto más emocionante! Precisamente, hablaba del río de Babilonia, de las barcas que nos están esperando allá, en el río de Babilonia. Los prelados lloraban al oírlo, los políticos permanecían ensimismados, con los ojos clavados en la muchacha. Ahora era aún más hermosa. Cuando cerró el libro y pareció dispuesta a reanudar la marcha con la anciana, el primer ministro fue corriendo a besarle la mano. Sabíamos que lo hacía por interés, para hacerse propaganda, pero no es menos cierto que nos quedamos todos impresionados. Quiero decir que nos agradó su gesto. Pero ¡qué embrollo también en esta ocasión! Para empezar, no encontraron el ladrillo, la primera piedra, en que estaba grabada la inscripción: un texto breve que hablaba del ayuntamiento del distrito cinco. Ladrillos había de sobra allí, al lado del primer ministro, pero habían perdido precisamente el que tenía la inscripción. Y, además, al apartarse respetuosamente la gente para que pasara la anciana, se armó un tumulto. Algunos de los prelados revestidos se fueron detrás. También se habría ido la banda de música si no la hubiera parado alguien, recordándole que no podía irse antes que el primer ministro. En cuanto a mí, representaba a la Sociedad, así que me tenía que quedar allí, delante de los cimientos, y bien que lo sentía. Confieso que estaba conmovido. Habría querido seguirla, oír leer a la muchacha. Sabía que la vieja se cansaba pronto y que, entonces, se sentaba en la silla; la muchacha abría el libro y le leía en voz alta. Pero no podía irme hasta que no apareciera el ladrillo. Intentaba consolarme diciéndome que me las volvería a encontrar, que me las volvería a encontrar quizá muy pronto.

—Es verdad —dijo Gologan—, saber que se los vuelve a encontrar es un

consuelo. Les estaba hablando de Stavroguin. Stavroguin se murió hace muchísimo tiempo, su viuda se volvió a Grecia; la tienda la lleva ahora un sobrino, pero los amigos de Herghelie siguen viéndose en edificios grandes y suntuosos, edificios de varios pisos, y así es como hemos tenido oportunidad de volverlos a ver, cuando digo «volverlos», me refiero a nosotros, los amigos de Stavroguin. Pocos años después de aquel bautizo, estaba yo en casa de Aristide. Celebraba las bodas de plata y decía que había invitado a trescientas personas. Menos mal que no pudieron asistir todos, porque me pregunto dónde nos hubiéramos metido. Ciertamente es que su casa tiene también tres pisos, pero ¿quién iba a atreverse a subir hasta el tercero? La amplia y majestuosa escalera de mármol rebosaba de gente. A duras penas, disculpándose, dando codazos, se acababa por llegar (y cómo, en qué estado) al segundo. A partir de ahí, nadie se arriesgaba ya a seguir subiendo. Ya no se oía hablar más que inglés y ruso. Caballeros con barbita, de frac y condecorados, señoras con traje de noche largo y ¡qué joyas, Dios mío, qué joyas! Se me había ido el santo al cielo contemplando un diamante de tamaño y belleza poco corrientes cuando alguien me tomó del brazo. Era el Barón: «Si usted supiera», me susurró sonriente, «hace dos horas escasas, la señora Chénier estaba despachando entradas en el cine Select. Pero se las ha apañado y ha conseguido venir. Hay que decir que siempre nos agrada venir a casa de Aristide. Todo depende de Herghelie, si le da tiempo a avisarnos con una semana de antelación, venimos incluso del extranjero. Como la señora Pélican. Volvió anteayer de Estocolmo». «Pero a esa señora, a esa señora rubia tan guapa», farfullé, violento porque no recordaba cómo se llamaba, «me la había encontrado hace ya mucho en la legación de Suiza...». Sin dejar de sonreír, me contestó: «Evangelina, Evangelina Farmaki. También debe de andar por aquí. Me parece que la he visto hace un rato». Quiso el azar que nos encontráramos frente a frente un minuto después. Le besé la mano con sincera alegría y le dije: «Ya veo que sigue llevando usted la misma vida distinguida y brillante». «Sí», asintió, «pero, ya ve usted, la gente se cansa, empieza a aburrirse y, entonces, prueban a hacer otra cosa. Hay quienes se afincan en ciudades termales y se quedan allí diez, veinte años. Supongo que lo que los atrae en primer lugar es el confort. Las habitaciones con cuarto de baño, los ascensores, las salas de juego, pero, sobre todo, las pistas de tenis. Esas pelotas infatigables, las raquetas, los sonidos rítmicos, porque, cuando la raqueta lanza rítmicamente la pelota, ¿verdad?, se oye un sonido inimitable, un sonido infinitamente turbador, recordamos la infancia, la juventud, y comprendemos, entonces, que haya personas capaces de estarse diez, veinte años, oyendo cómo devuelven las pelotas, las raquetas, comprendemos que no cense nunca, siempre el mismo ritmo, continuamente el mismo ritmo, misterioso, turbador, da que pensar, podríamos quedarnos escuchando y mirando durante decenas, centenas de años, sin dejar de preguntarnos: ¿por qué?, ¿por qué?». Yo bebía sus palabras, fascinado al oírla hablar de las ciudades termales, de su vida mundana, tan interesante, tan brillante.

—Lo comprendo —intervino Onofrei—. En algunas personas, bajo las

apariencias de la más ramplona trivialidad, surge a veces la revelación de las estructuras profundas de lo real. Estructuras que no se pueden alcanzar de otro modo, o sea, mediante el raciocinio. Como le confesaba yo a Blanduzia, si el pensamiento occidental no ha vuelto a progresar desde los presocráticos, si podemos incluso afirmar que, antes bien, se ha extraviado por barrancos sin salida, ello se debe, antes que nada, a la arbitraria, a la monstruosa importancia que se le ha concedido al lenguaje. Se ha creído, erróneamente, que la realidad solo podía comprenderse mediante conceptos; ahora bien, los conceptos los forjamos por medio del lenguaje, y no podemos perfeccionarlos más que perfeccionando y depurando el lenguaje. Pero la realidad última no podemos sorprenderla dentro de los conceptos ni expresarla mediante el lenguaje. Para nuestra mente, la realidad última, *el ser*, constituye un misterio; ahora bien, yo defino así el misterio: lo que no podemos reconocer, lo irreconocible. Lo anterior puede, no obstante, significar dos cosas: o que no podemos conocer nunca la realidad última o que podemos conocerla *en cualquier momento* si aprendemos a reconocerla bajo sus infinitos *camuflajes de apariencia*, en eso que llamamos la realidad inmediata, y que los hindúes llaman *maya*, palabra que podría traducir por *irrealidad inmediata*. Ya han comprendido ustedes a qué me estoy refiriendo: a acontecimientos, a encuentros, a incidentes fortuitos, a aquello que, aparentemente, podría no tener significado alguno. Digo aparentemente. Pero ¿y si tal apariencia no fuera más que una trampa que nos tendiera *maya*, la bruja cósmica, la materia en fase de devenir? He aquí por qué hablaba yo de *coincidentia oppositorum*, de ese misterio en que pueden coincidir el ser y el no ser. Insisto en que *pueden* coincidir. Pero no siempre coinciden, pues, si no, no se le habría dado el nombre de misterio. ¿Y el teniente?, me preguntarán ustedes. ¿Cómo el teniente, tan joven, tan guapo, y, sobre todo, con su condición simultánea de don Juan y de Adonis, ha podido revelarse a sí mismo este misterio? Creo que les he contestado ya varias veces a esta pregunta. Pero voy a contestar una vez más. Cuando comprendió que *atman* y *brahman* eran lo mismo, el teniente comprendió, a la vez, que había muerto para el mundo, pues, de pronto, se halló desligado de todo y de todos y, como esta muerte suponía su libertad, era, como tan bien lo expresan los hindúes, «un muerto en vida»; ahora bien, como sucede en tales casos extremos, a veces se siente la vida, pero, otras veces, se siente más la muerte y, en un momento de estos, el teniente se preguntó si no existía una salida. Existía una, por supuesto. Tenía que morir *por segunda vez* y volver a ser lo que antes había sido (un teniente de húsares rojos), pero sin dejar de ser (pues aquí reside la paradoja de la *coincidentia oppositorum*) lo que había conseguido llegar a ser en virtud de los *Upanishad: atman-brahman*. Pero ¿cómo? ¿Cómo hallar esta salida, cómo morir por segunda vez, siendo así que, al volverse espíritu puro, se había vuelto inmortal? Si consiguen ustedes plantearse correctamente esta pregunta, habrán hallado la respuesta. Les había hablado de una cortina, de un umbral. Estas palabras les han proporcionado la respuesta. Les había hablado de un grupo de mujeres jóvenes y hermosas, invisibles hasta aquel momento,

que aparecen de repente en el comedor y se echan a reír. Estas mujeres les han proporcionado la respuesta. Una de ellas es Magna Mater, la diosa mayor, llámenla Afrodita si lo prefieren, aunque sus nombres sean infinitos. *Una de ellas*, digo. En un grupo de mujeres jóvenes y hermosas, una de ellas es casi siempre la diosa mayor, pero ¿cómo reconocerla? Nadie lo sabe, ni siquiera ella. Y ahora puedo volver a darles la respuesta: el teniente se comporta como si ignorara que es él en persona, el teniente de húsares, como si hubiera olvidado que es un Adonis herido por la diosa mayor, un Adonis agonizante al lado de un tronco de árbol, un Adonis ensangrentado que se está muriendo... Pero fíjense ustedes —siguió diciendo Onofrei tras un prolongado silencio—, en que aquí es donde reside el misterio: el teniente no sabe nunca de antemano si va a morir realmente o si va a conseguir resucitar. Así que, todas las noches, cuando comienza el ritual, corre el riesgo de no despertarse, quiero decir de no volver a este mundo. Pues está claro que, al ser inmortal en tanto que *atman*, el espíritu es indestructible. Pero esta vida en la que nos hallamos no tiene nada que ver con la inmortalidad. En esta vida no se nos pide que seamos inmortales ni indestructibles; lo único que se nos pide es que estemos vivos. Y, claro está, la vida, esta plenitud del cuerpo, la hermosura, la virilidad, la fertilidad, todas estas cosas no se consiguen con el espíritu, no las concede el *atman*, sino la diosa mayor, llámenla Afrodita si quieren. Ella es la fuente de la vida, de esta vida, en este mundo, mundo al que, cada noche, el teniente corre el riesgo de no regresar. Supongo que captan mi alusión: ¿y si aconteciera que no hubiera ninguna diosa mayor entre estas mujeres hermosas? Pues, antes del ritual, nadie sabe si está *allí* la diosa mayor ni *quién es*. Incluso ella lo ignora. Estas jóvenes creen que son señoras, señoritas, viudas, divorciadas. Y, lo que es más grave aún: seguirían creyéndolo hasta el fin de sus días si no hubiera *alguien*, en este caso el teniente, que les revelase su verdadera identidad. Cuatro, cinco, diez o doce son, efectivamente, lo que aparentan ser, señoras o señoritas, pero una resulta ser la diosa mayor. Para ser más precisos, *esa noche*, una encarna, sin saberlo, y sin que nadie más lo sepa, a una diosa mayor. Desde luego, otra noche puede encarnarla otra, y en esto consiste precisamente el misterio: nadie lo sabe de antemano, ni siquiera el teniente. Menos mal que...

Calló, agotado, y nos miró a todos, sonriente.

—Menos mal —siguió diciendo— que el Señor puso en la tierra, por nuestros pecados, la viña y las uvas negras...

Me sobresalté y me disponía a explicarle que me había entendido mal cuando se me adelantó Zamfirescu:

—Es curioso que mencione usted la viña y las uvas.

—Es curioso, efectivamente —confirmó Gologan.

—Digo que es curioso —repitió Zamfirescu— porque la última vez que me las encontré, fue precisamente eso lo que sucedió, me las encontré en una viña, en casa de un cuñado mío, Eufrosin. ¿Cuándo pudo ser? No lo sé muy bien, pero no debe de hacer mucho. Había tenido ya el segundo hijo, así que hará dos o tres años. Mientras

vendimiaban en su viña, cerca de Tirgoviste. Había muchísima gente, claro, vecinos, amigos, algunos eran de Tirgoviste, otros de Bucarest. A ellas las reconocí enseguida: la viejecita estaba sentada en su silla, la muchacha había comenzado a leer y, poco a poco, los viñadores se iban agrupando a su alrededor. Yo me acerqué también, emocionado, deseoso, sobre todo, de oírla leer. Pero lo que es verdaderamente extraño es que ya no la oía. O quizá la oía, pero ya no la entendía. No entendía lo que estaba leyendo. Todos los demás, los viñadores, los obreros, los invitados, la escuchaban devotamente, daba la impresión de que la oían y la entendían. Le pregunté bajito a alguien que estaba a mi lado: «¿Qué dice?». El hombre me lanzó una mirada irritada y me respondió: «Pues atienda, porque, encima, es precioso». Dicho lo cual, me dio la espalda. Me quedé unos minutos, esforzándome por oírla, por entenderla, y luego, abatido, me volví al castillo. Pero vi a Eufrosin que iba corriendo y lo seguí. Y luego me di cuenta de que yo también iba corriendo, porque, por mucho que lo llamaba, por mucho que gritaba, no me oía, o a lo mejor hacía como que no me oía. No obstante, cuando lo hube alcanzado, me cuchicheó: «Van a pasar por el puente. La muchacha ha dicho que van a pasar por ahí».

—¡Pues ya lo ven! —exclamó Onofrei, presa de repentina exaltación—. Todo ocurre como debía haberlo supuesto. Siempre existe una salida, existe un umbral, un puente, en el caso de esa viña que dice usted, había un puente. Pero a usted no le preocupaba eso, porque estaba en la viña. No sé si entienden a qué me estoy refiriendo —dijo mirándonos de uno en uno—. Estaba usted allí *de modo natural*, inconscientemente, en cierto sentido, porque aún no se había formulado la pregunta. Pero ¿qué será de nosotros, que, al habernos formulado la pregunta, ya no podemos recuperar la espontaneidad pura, la manera natural de ser? ¿De nosotros, que hemos perdido la inconsciencia beatífica de los niños y de los ignorantes? Nosotros *sabemos* que tenemos que pasar por el puente. Repito, *lo sabemos*, y también sabemos lo que ello podría significar: que es posible que lo pasemos y que no podamos ya regresar...

Estaba a punto de interrumpirlo, pero Gologan se adelantó.

—Tiene usted toda la razón —dijo, desasosegado—. Tiene usted toda la razón cuando se hace esa pregunta. Si Dios, por nuestros pecados, nos ha dejado la viña, ¿por qué resulta todo tan duro, sin embargo? ¿Por qué tenemos todos que andar preocupados, de la mañana a la noche, sin tregua, por qué tenemos que partir de cero cada mañana, siempre lo mismo, otra vez lo mismo? Y no solo nos resulta duro a nosotros, los que somos como todos, cada uno con sus asuntos y sus preocupaciones. También les resulta duro a los seres superiores, por ejemplo, a los amigos de Herghelie: al Barón, a la señora Pélican, a Evangelina y a todos los demás. Y eso no acabo de entenderlo: que seres superiores como ellos, personas instruidas que solo se mueven en círculos distinguidos, que viajan al extranjero, bueno, pues que esas personas no consigan afincarse en la forma que desean, que no puedan descansar. El Barón, por ejemplo, me confiaba, el día de San Demetrio: «Esto también es bonito, no digo lo contrario, hay un parque y un estanque, la casa es grande y suntuosa, tiene

cuatro pisos, pero imagínese que está usted en estos momentos en el campo, a punto de empezar la vendimia. Imagine que tiene su propia viña, por modesta que sea, pero usted sabe que es suya, que usted la trabaja, que usted recoge las uvas, que con ellas hace usted su vino, y luego descansa ahí mismo, cerca de su viña, espera sin prisas, deja envejecer el vino, así, sin más, durante diez años, durante veinte años, mientras está tranquilamente allí al lado, sin preocupaciones, sin pensar en nada...».

Interrumpí a Gologan, pero me dirigía sobre todo a Onofrei:

—Me ha entendido usted mal. Esa viña a la que vamos está en Gorgani, a orillas del mar. Es, desde luego, la más hermosa de esa parte de Dobrudja. Hace unos quince años, las autoridades locales querían comprarla para regalársela a la reina. Pero mis tíos se negaron, e hicieron muy bien. Es una maravilla. Hoy en día, cuando se acerca la vendimia, parece que está uno en otro mundo. Contemplar la viña desde la terraza, mirar cómo se extiende por la colina, cómo sube, cómo sube sin parar, y cómo desaparece de pronto, igual que si el acantilado se desplomara y, a partir de ahí, ya solo se ve el mar hasta donde alcanza la vista, solo se ve el mar...

—Disculpe —dijo Onofrei, mirándome fijamente—, pero me da la impresión de que aquí hay un malentendido. Pues, para llegar al mar, tenemos que cruzar forzosamente el Danubio. Y lo cruzamos por un puente.

—Sí, en Cemavoda.

—Eso es lo que le quería decir. Aquí también hay un puente. Y, nos guste o no, nos estamos acercando a él y lo vamos a cruzar. Pero nos hemos formulado la pregunta. O, refiriéndome solo a mí, yo me la he formulado. Ya no puedo olvidar que me la he formulado. Así que, ¿quién me garantiza que, cuando cruce el puente, voy a poder volver?

—Es un puente sólido —dije.

—Ya sé lo que quiere usted decir —replicó Onofrei—. Quiere decir que no es un puente simbólico. Pero no estaba pensando en un puente simbólico, ni en el simbolismo del puente. No soy nada aficionado a los símbolos. Es posible que tengan su razón de ser dentro de la economía de la mente, pero, igual que el lenguaje, el simbolismo nos mantiene en un universo abstracto. Ahora bien, el problema es precisamente este: ¿cómo evadimos de los universos abstractos que hemos edificado nosotros mismos? Lo importante no es el símbolo en sí, sino el objeto concreto en el que se manifiesta. Ahí reside el misterio. No es el simbolismo de la viña lo importante, sino una viña, una sola, que podría ser también otra cosa, que podría significar, por ejemplo, la presencia de la diosa. Fíjense en lo que estoy diciendo: la presencia de la diosa, su presencia real, concreta, y no su idea ni su imagen. En resumidas cuentas, ese es también el problema del teniente: ¿cómo identificar a la diosa mayor entre las cinco o diez hermosas jóvenes que lo rodean cada noche? Pero, si tienen ustedes en cuenta que existe una misteriosa solidaridad entre la viña, el racimo de uvas negras y la diosa mayor; que, en determinadas ocasiones, la viña nace del cuerpo desnudo de la diosa y que, en otras, el racimo de uvas negras es la propia

boca de la diosa, esa boca que esparce la vida, la riqueza, la fertilidad, la suerte, la placidez, si tienen en cuenta todo esto, podrán adivinar cómo se las arregla el teniente para identificar todas las noches a la diosa mayor, escondida entre tantas señoras, viudas y señoritas. Se trata de un ritual y no de un símbolo. El simbolismo no tiene relación alguna con el drama que vuelve a vivir a diario el teniente, a saber: ¿cómo volver a este *mundo*, tras haberse convertido en espíritu puro, *atman-brahman*, y haber sufrido, por tanto, implícitamente, el trágico accidente de Adonis?

Intenté interrumpirlo:

—Lo comprendo muy bien.

—No creo que lo comprenda —me replicó Onofrei—. Si no, no habría mencionado lo sólido que es el puente de Cernavoda. Si yo no reconociera la solidez del puente de Cernavoda, no viviría en este mundo. Ahora bien, a mí lo que me interesa antes que nada es *este mundo*, pues aquí están camuflados los misterios y por ello mismo, solo *aquí*, en una existencia encarnada, contamos con alguna oportunidad de tener acceso a su revelación. Pero, si aceptamos el principio según el cual los misterios se camuflan tras algunos seres y objetos, tenemos que aceptar también este caso particular: el puente de Cernavoda *podría camuflar un misterio*. Digo: *podría*, y añado: al menos para algunos de nosotros. Está claro que no podemos saberlo de antemano. Así que, ¿de qué tipo de misterio podría tratarse? El simbolismo nos ayuda algo, pero solo en parte. Nos dice que el puente es un tránsito hacia otra cosa, hacia otro mundo, hacia otra manera de ser. Pero el simbolismo no puede brindarnos de antemano garantía alguna referente a la naturaleza de ese *otro mundo* al que llegaremos, o sobre esa *otra forma de ser* que adquiriremos... Ya ve usted por qué me hallo en una situación comparable a la del teniente, en una situación aparentemente sin salida. Pues resulta que nos estamos acercando al puente y, dentro de unos minutos, nos hallaremos sobre el Danubio. Luego, dentro de unas horas, nos acercaremos a la viña de Gorgani, pero ¿y el cómo y la forma? Quiero decir la forma de ser. Pues, en lo tocante a mí, ya he venido por estos pagos, pero los recuerdo muy vagamente o, más bien, solo recuerdo que recuerdo. ¿Habría sido un sueño? Si consiguiera recordar, comprendería si he soñado o no. Pero, señores, aprovecho esta ocasión, que podría ser la última, para decirles cuánto me ha agradado conocerlos a ustedes y cuánto me gustaría volver a verlos en Bucarest, y también, señores, que, en este momento, mientras los estoy mirando a todos y cada uno de ustedes, siento una honda placidez, sin razón alguna, y recuerdo vagamente el viaje que estábamos haciendo un día, quizá en sueños, quizá antaño, pero un viaje completamente igual a este, igual que ahora, los cuatro, en un compartimento de primera, e, igual que ahora, el resoplar de la locomotora se va calmando porque nos estamos acercando al puente. No querría que me tomaran por un sentimental, pero me atrevo a afirmar que soy feliz, cada vez más feliz. El teniente también me ha avisado de esto: se siente una placidez indescriptible en el instante mismo en que el miedo se apodera de nosotros, en que se apodera de nosotros por todos los lados a la vez, en que brota de las

profundidades, del corazón de la vida y, si, en ese instante, no se dice uno: *¡Tiene que haber una salida!*, está perdido, ya no puede dar marcha atrás, se queda enterrado vivo en esta cripta en el corazón de la montaña, en esta habitación oscura sin puertas ni ventanas. Siento esa placidez, siento que me invade el miedo, y me digo, y se lo digo también a ustedes: *¡Hay una salida!*

Calló bruscamente y me miró sin verme, con ojos vidriosos. ¿Cuánto tiempo duró aquello? ¿Cuánto tiempo? Lo vi levantarse y buscar la cartera.

—Me gustaría poder añadir algo —dijo—. Pero, tal y como me lo esperaba, no se puede añadir nada. Pues, y tengan la bondad de disculpar mi franqueza, ¿qué más podrían ustedes comprender que no hayan comprendido hace media hora, cuando les estaba diciendo que, para mí, el misterio no podía reconocerse? Algunos de ustedes, sin duda, han mirado por la ventanilla y lo han visto. Me refiero al Danubio. Han visto el Danubio mientras lo cruzábamos, han visto el puente, y verán la viña de Gorgani. En cierto modo, los envidio. Pero, por otro lado... ¿Qué más podría añadir? Ahora que estoy empezando a conocerlos, solo puedo decirles que a todos nos suceden todo tipo de cosas, pero que, desgraciadamente, las olvidamos. Y, cuando no las olvidamos, no sabemos reconocerlas. Con una pizca de imaginación, habría podido reconocerlos a ustedes y entonces habría recordado también cuanto habría debido recordar...

Cogió la cartera, nos dio un caluroso apretón de manos y se fue por el pasillo. No nos atrevíamos a añadir nada. Pero mirábamos cómo se alejaba. Y, como por casualidad, cuando llegó al final del pasillo, el tren se paró y él se apeó. No sabía yo que hubiera otra estación tan cerca del puente. Nunca he conseguido acordarme de cómo se llamaba.

## EL BURDEL DE LAS GITANAS

*Diciembre de 1963.*

En el tranvía reinaba un calor tórrido, sofocante. Apretó el paso por entre los asientos corridos y dijo para sí: «¡Menuda suerte, Gavrilesco!». Había divisado un asiento libre, cerca de una ventanilla abierta, al otro extremo del vehículo. Ya sentado, sacó el pañuelo y se secó con calma la frente y las mejillas. Luego se enrolló el pañuelo al cuello, por debajo de la camisa, y empezó a darse aire con el *canotier*. Enfrente, tenía a un anciano que llevaba una caja de lata cuidadosamente colocada en las rodillas y lo miraba con atención, como si se esforzara por acordarse de dónde lo había visto antes.

—¡Hay que ver qué calor! —dijo de pronto—. No se habían visto unos calores así desde 1905 por lo menos.

Sin dejar de darse aire con el *canotier*, Gavrilesco asintió con la cabeza.

—¡Sí que hace calor, sí! Pero, cuando se es hombre instruido, se aguanta lo que sea. Como el coronel Lawrence, sin ánimo de señalar. ¿Ha oído usted hablar del coronel Lawrence?

—Pues... no gran cosa...

—Qué lástima. Bueno, yo tampoco sé mucho de él. Si hubiera subido a este tranvía, le habría hecho unas cuantas preguntas. A mí me agrada charlar con la gente instruida. Esos chicos jóvenes, caballero, seguro que eran estudiantes. De los de verdad. Estaban esperando el tranvía conmigo y los oí. Hablaban de un tal coronel Lawrence y de sus aventuras en Arabia. ¡Qué memoria! Se sabían de corrido páginas y páginas del coronel ese. Había una frase que me gustó mucho, una frase realmente hermosa acerca del calor que se le vino encima al coronel en no sé qué lugar de Arabia, y que lo golpeó de lleno en la cabeza, que lo golpeó como una espada... Lástima que no consiga acordarme palabra por palabra. Ese increíble calor de Arabia que lo golpeó como una espada... Le dio un tantarantán que lo dejó sin resuello.

El cobrador, que había estado escuchando con una sonrisa, le alargó el billete. Gavrilesco volvió a ponerse el sombrero y se hurgó en los bolsillos, buscando la cartera.

—Disculpe —balbuceó al cabo de un rato—. Nunca consigo dar con ella.

—No tiene importancia, hay tiempo. Todavía no hemos llegado a la casa de las gitanas —dijo el cobrador con inesperado alborozo. Y le guiñó un ojo al anciano.

Este se sonrojó y se aferró nerviosamente a la caja de lata.

Gavrilesco le entregó un billete de cien al cobrador, que le dio la vuelta, sonriente.

—¡Es una vergüenza! —refunfuñó el anciano—. ¡Una vergüenza!

—Todo el mundo habla de lo mismo —dijo Gavrilesco abanicándose de nuevo—. Hay que reconocer que parece una casa muy hermosa. Y el jardín... ¡Menudo jardín! —exclamó moviendo la cabeza con admiración—. ¡Miren! Ya se empieza a ver —añadió inclinándose para divisarlo mejor. Varios hombres arrimaron, como por casualidad, la cabeza a los cristales.

—¡Una vergüenza! —repitió el anciano, con mirada fija y adusta—. Habría que prohibirlo.

—Hay árboles viejos, nogales —siguió diciendo Gavrilesco—. Por eso hay tanta sombra y tanto fresco. Parece ser que los nogales no dan sombra hasta pasados treinta o cuarenta años. ¿Será verdad?

El anciano sentado enfrente de él hizo como si no hubiera oído. Gavrilesco se volvió hacia otro viajero que miraba, con aspecto pensativo, por la ventanilla.

—Esos nogales tienen lo menos cincuenta años. Por eso hay tanta sombra. Con el calor que hace, qué gusto. Los hay con suerte...

—Las hay... —rectificó el hombre, sin alzar la vista—. Son gitanas.

—Eso he oído decir —contestó Gavrilesco—. Cojo este tranvía tres días por semana. Y le juro que nunca se ha dado el caso de que alguien no mencionara a esas gitanas. ¿Las conoce alguien? ¿De dónde habrán salido, me pregunto yo?

—Llevan mucho ahí —dijo el hombre.

—Veintiún años —puntualizó otro viajero—. La primera vez que vine a Bucarest ya estaban ahí. Pero el jardín era mucho mayor. Todavía no habían construido el instituto.

—Pues yo, como les iba diciendo —siguió Gavrilesco—, cojo este tranvía con regularidad tres veces por semana. No sé qué habré hecho para merecer esto, pero soy profesor de piano. Y digo que no sé qué habré hecho para merecer esto porque no es lo mío. Yo tengo alma de artista...

—Pues entonces yo lo conozco a usted —dijo de repente el anciano, volviendo la cabeza—. Es usted el señor Gavrilesco, el profesor de piano. Le dio usted clase a mi nieta hace cinco o seis años. Ya me parecía a mí que su cara me sonaba...

—Pues sí, soy yo. Doy clases de piano, así que cojo mucho el tranvía. En primavera, cuando no hace demasiado calor y sopla algo de viento, da gusto. Se sienta uno al lado de la ventanilla, como ahora, y se van viendo pasar a toda velocidad los jardines llenos de flores. Como le iba diciendo, yo tomo este tranvía tres veces por semana. Y siempre oigo hablar de esas cingaras. Así que muchas veces me he preguntado: «Querido Gavrilesco», me he dicho para mis adentros, «supongamos que se trata de gitanas, bueno, muy bien, pero, entonces, ¿cómo es que tienen tanto dinero? Una casa así, un auténtico palacio, con jardines, con nogales viejos, eso vale millones».

—¡Es una vergüenza! —rezongó el anciano. Y movió la cabeza con aire asqueado.

—Y, además, me he hecho otra pregunta —siguió diciendo Gavrilesco—. Si me fijo en lo que gano yo (cien lei por clase), necesitaría dar diez mil clases para llegar al millón. Pero, claro, no es tan sencillo como parece. Supongamos que doy veinte horas a la semana. Pues no dejaría de necesitar quinientas semanas, es decir, casi diez años, y me harían falta veinte alumnos, con veinte pianos. Y está el problema de las vacaciones de verano, cuando solo quedan dos o tres alumnos. ¿Y las vacaciones de Navidad? ¿Y las de Semana Santa? Todas esas horas perdidas se perderían también para llegar al millón. Así que no serían quinientas semanas de veinte horas y veinte alumnos con veinte pianos semanales, sino muchas más, muchas, muchas más.

—Es verdad —dijo un viajero—, hoy en día ya no se estudia piano.

—¡Ahí va! —exclamó Gavrilesco dándose un golpe en la frente—. Ya me parecía a mí que me faltaba algo y no sabía lo que era. ¡El portafolios! ¡Se me ha olvidado el portafolios con todas las partituras dentro! Me he puesto a charlar con la señora Voitinovici, la tía de Otilia, y se me ha olvidado el portafolios... ¡Qué mala pata! —gruñó metiéndose en el bolsillo el pañuelo que se había atado al cuello—. Querido Gavrilesco, ya puedes volver a tomar el tranvía hasta la calle de las Sacerdotisas. Con el calor que hace... Lanzó en torno una mirada desconsolada, como si esperase que alguien lo convenciese de lo contrario. Luego se puso en pie rápidamente, se llevó la mano al sombrero e hizo una discreta reverencia:

—Mucho gusto, caballeros. Llegó a la plataforma en el preciso instante en que se paraba el tranvía. Fuera, se encontró de nuevo con el bochorno y el olor a asfalto reblandecido.

Cruzó penosamente la calle para esperar el tranvía en dirección contraria. «Cuidado, Gavrilesco», murmuró, «otra de estas y va a parecer que se te están echando los años encima. Te estás volviendo chocho, estás perdiendo la memoria. Te repito que andes con cuidado. Eso no puede ser. A los cuarenta y nueve años, un hombre está en la flor de la vida...».

Pero se sentía cansado, rendido, y se desplomó en un banco, a pleno sol. Sacó el pañuelo y se secó la cara. «Me parece como si todo esto me recordara algo», se dijo para darse ánimos. «Piensa un poco, Gavrilesco, venga, piensa un poquito. En algún sitio, sentado en un banco, sin un céntimo. No hacía tanto calor, pero también era verano...».

Miró a su alrededor la calle desierta, las casas con los postigos cerrados y las persianas echadas, como si estuvieran abandonadas. «La gente se va a los baños», se dijo. «Mañana o pasado se irá Otilia». Y entonces se acordó: era en Charlottenburg y estaba, como ahora, en un banco al sol, pero aquel día se hallaba hambriento y con los bolsillos vacíos. «Cuando se es joven y artista, se aguanta lo que sea», se dijo. Se levantó y dio unos cuantos pasos por la calzada para ver si asomaba el tranvía. Cuando caminaba, el calor le parecía menos agobiante. Se volvió a subir a la acera, se apoyó en la pared de una casa, se quitó el *canotier* y empezó a darse aire.

Unos cien metros más allá, calle arriba, había algo así como un oasis de sombra.

Los tilos de un jardín proyectaban sus elevadas ramas frondosas, tupidas, sobre la acera. Fascinado, Gavrilesco las contemplaba, vacilante. Volvió a mirar en la dirección en que debía llegar el tranvía, y luego echó a andar resueltamente, dando zancadas, pegado a las paredes. Cuando hubo llegado, la sombra le pareció menos densa. Notaba, no obstante, el frescor del jardín, y respiró hondamente, echando la cabeza un poco hacia atrás. «Hay que ver lo que debía de ser esto hace un mes, cuando los tilos estaban en flor», se dijo, pensativo. Se acercó a la puerta y miró el jardín por entre los barrotes de la verja. Acababan de regar la grava de los paseos y podían verse unos arriates y, al fondo, un estanque rodeado de enanos. En ese mismo momento, Gavrilesco oyó el seco estruendo del tranvía que pasaba a sus espaldas y se dio la vuelta: «¡Demasiado tarde!», exclamó sonriente. «¡Zu-spiit!», añadió y, extendiendo el brazo, estuvo un buen rato agitando el sombrero, como antaño en la Estación del Norte, cuando Elsa se iba a pasar un mes con su familia a un pueblo de los alrededores de Munich.

Luego, muy modoso y sin prisa, echó a andar. Al llegar a la parada siguiente, se quitó la chaqueta, y se disponía a esperar cuando le llegó el aroma amargo de las hojas del nogal al aplastarlas entre los dedos. Volvió la cabeza y miró a su alrededor. Estaba solo. Las aceras aparecían desiertas hasta donde alcanzaba la vista. No se atrevía a mirar el cielo, pero sentía sobre la cabeza la misma luz blanca, incandescente, cegadora, sentía cómo el calor de la calle le abrasaba la boca, las mejillas. Así que siguió andando, resignado, con la chaqueta al brazo y el *canotier* encasquetado. Cuando divisó la profunda sombra de los nogales, notó que el corazón le latía más deprisa y apretó algo el paso. Casi había llegado cuando oyó a sus espaldas el gemido metálico del tranvía. Se paró y lo saludó prolongadamente con el sombrero: «¡Demasiado tarde!», exclamó. «Demasiado tarde...».

La sombra de los nogales acogió a Gavrilesco con un frescor tan inesperado que no parecía natural, y se quedó durante un instante desconcertado, pero sonriendo de oreja a oreja. Como si se hallase de repente en un bosque, en la montaña. Miraba con asombro, casi con respeto, los grandes árboles, el muro de piedra cubierto de hiedra y, poco a poco, lo fue invadiendo una inmensa tristeza. Había pasado en tranvía durante tantos años ante aquel jardín sin tener nunca la curiosidad de apearse para mirarlo de cerca...

Avanzaba despacio, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y la mirada clavada en las copas de los árboles. De pronto, se encontró ante la puerta y vio aparecer por ella, como si llevara mucho tiempo allí escondida para acecharlo, a una hermosa joven de piel oscura, engalanada con un collar de monedas de oro y plata y unos pendientes de oro. Lo tomó del brazo y, a media voz, lo invitó a entrar en la casa de las gitanas:

—Si le apetece a usted...

Le sonrió abiertamente, con los labios y con los ojos, y, al verlo vacilar, le tiró con suavidad del brazo hasta el patio. Gavrilesco la siguió, fascinado. Pero, tras dar unos pasos, se paró como si quisiera decir algo.

—¿No quiere usted tener nada que ver con las gitanas? —volvió a preguntarle la joven, bajando algo más la voz.

Lo miró a los ojos breve pero intensamente, lo tomó de la mano y lo condujo con paso rápido hacia una vetusta casita cuya presencia hubiera podido adivinarse difícilmente tras un bosquecillo de lilas y yezgos. Abrió la puerta y obligó suavemente a Gavrilesco a pasar delante. Este se adentró en una extraña penumbra, como si los cristales de las ventanas hubiesen sido azules y verdes. Oyó a lo lejos el metálico rodar del tranvía, y aquel ruido le pareció tan insoportable que se llevó una mano a la frente. Cuando volvió la calma, se percató de que tenía al lado, sentada a una mesa baja y con una taza de café delante, a una anciana que lo contemplaba con curiosidad, como si estuviera esperando a que se despertase.

—¿Qué te gustaría para hoy? —le preguntó—. ¿Una cingara, una griega, una alemana...?

—No. Una alemana no.

—Pues, entonces, una cingara, una griega, una judía —siguió diciendo la anciana—. Son trescientos lei —añadió.

Gavrilesco sonrió, pero con cara seria.

—¡Tres clases de piano! —exclamó rebuscando en los bolsillos—. Sin contar la ida y vuelta en tranvía.

La anciana tomó un sorbo de café y calló, pensativa. Luego, de repente, preguntó:

—¿Eres músico? Pues entonces te va a gustar.

—Soy artista —puntualizó Gavrilesco mientras se sacaba, uno tras otro, varios pañuelos húmedos del bolsillo del pantalón y se los iba pasando, metódicamente, al otro—. Por desgracia, tuve que hacerme profesor de piano, pero mi ideal, de toda la vida, es el arte puro. Vivo para el alma... Le ruego que me disculpe —añadió, violento; luego dejó caer el *canotier* encima de la mesa y empezó a meter dentro los objetos que se iba sacando de los bolsillos—. Nunca encuentro la cartera cuando la necesito —aclaró. —No hay prisa. Tenemos todo el tiempo que queramos. No son ni las tres...

—Le ruego que me disculpe, pero me parece que se confunde. Deben de ser cerca de las cuatro. A las tres acabé de darle clase a Otilia.

—Pues será que se ha vuelto a parar el reloj —murmuró la anciana, y volvió a sumirse en sus pensamientos.

—¡Ah! Por fin —exclamó Gavrilesco enarbolando triunfalmente la cartera—. Estaba donde tenía que estar... Contó los billetes y se los dio a la anciana.

—Llévalo al *bordei*<sup>[2]</sup>, —dijo esta alzando los ojos.

Gavrilesco notó que alguien lo tomaba de la mano. Se sobresaltó, volvió la cabeza y vio a su lado a la joven que lo había engatusado en la acera. La siguió, intimidado,

con el sombrero lleno de cosas debajo del brazo.

—Tendrás que acordarte de ellas —dijo la joven—. Y no confundirlas: una cingara, una griega, una judía.

Cruzaron un jardín y pasaron ante la elevada mansión con techumbre de tejas redondas que Gavrilesco había divisado desde la calle.

Su compañera se paró, lo miró a los ojos por un instante y luego soltó una breve y silenciosa carcajada. Gavrilesco acababa de empezar a buscarles acomodo en los bolsillos a los objetos metidos en el *canotier*.

—¡Ay! —declaró—. Es que como soy un artista... Si de mí dependiera, me quedaría aquí, en estos bosquecillos —dijo señalando los árboles con el sombrero—. Me gusta la naturaleza. Y, además, con este calor, poder respirar un buen aire puro y fresco, como en la montaña... Pero ¿adónde vamos? —preguntó al ver que la joven se dirigía a una empalizada y abría un portillo.

—Al *bordei*... Lo ha dicho la vieja.

De nuevo lo tomó del brazo y tiró de él. Penetraron en un jardín abandonado donde las malas hierbas y los rosales silvestres ahogaban los rosales y los lirios. Otra vez se notaba calor y Gavrilesco vaciló, decepcionado.

—Yo me había hecho ilusiones. Había venido por el fresquito, por la naturaleza...

—Espera a haber entrado en el *bordei* —lo interrumpió la joven gitana señalando con el dedo, al fondo del jardín, una casita que parecía a punto de desplomarse en ruinas.

Gavrilesco se puso el sombrero y la siguió de mala gana. Pero, cuando hubo llegado al vestíbulo, notó que el corazón le latía cada vez más fuerte, y se detuvo.

—Estoy nervioso —dijo—, y no sé por qué...

—No bebas demasiado café —murmuró la joven abriendo la puerta, y lo empujó hacia el interior.

Era una habitación cuyas dimensiones no podía calcular, pues estaban echadas las cortinas y, en la semipenumbra, se confundían biombos y paredes. Avanzó pisando alfombras cada vez más mullidas y más suaves. Le parecía que andaba sobre colchones y, a cada paso, se le aceleraban los latidos del corazón, hasta tal punto que le entró miedo de seguir adelante y se quedó quieto. En ese mismo instante, se sintió de pronto feliz como si fuera de nuevo joven, como si el mundo entero le perteneciera, como si también Hildegard le perteneciera.

—¡Hildegard! —exclamó, hablándole a la joven gitana—. Hará veinte años que no me acordaba de ella. Fue mi gran amor. ¡La mujer de mi vida! Volvió la cabeza, pero fue para comprobar que la joven había desaparecido. Entonces le llegó un discreto perfume exótico, oyó que alguien daba unas palmadas y la habitación empezó a iluminarse de forma misteriosa, como si las cortinas se fuesen corriendo despacio, muy despacio, una tras otra, para dejar entrar poquito a poco la luz de aquella tarde de verano. A Gavrilesco le dio, sin embargo, tiempo a fijarse en que no se había movido ninguna colgadura antes de descubrir, a pocos metros, a tres jóvenes

que daban suaves palmadas entre risas.

—Tú nos has escogido —dijo una de ellas—. Una cingara, una griega, una judía.

—Pero a ver si eres capaz de acertar —dijo la segunda.

—A ver si sabes quién es la cingara —añadió la tercera.

Gavrilescu había dejado caer el *canotier* y, clavado en el suelo, las observaba con mirada ausente, como si no las viera, como si estuviera mirando otra cosa que se hallara detrás de ellas, detrás de los biombos.

—Tengo sed —susurró de pronto, y se llevó la mano a la garganta.

—La vieja ha mandado que te traigan café —dijo una de las jóvenes.

Desapareció tras un panel y volvió con una bandeja redonda, de madera, en la que había una taza de café y una cafetera de cobre.

Gavrilescu tomó la taza, se la bebió de un trago y la volvió a dejar, con una sonrisa:

—Tengo muchísima sed.

—Este va a estar quemando, es de la cafetera —dijo la joven llenando la taza—. Bébelo despacio.

Gavrilescu intentó bebérselo, pero el café estaba tan caliente que se quemó los labios y, desanimado, volvió a dejar la taza en la bandeja.

—¡Tengo sed! —repitió—. Si pudiera beber un poco de agua...

Las otras dos jóvenes se metieron, a su vez, detrás del biombo y volvieron a aparecer, un instante después, con dos bandejas llenas.

—La vieja ha mandado que te traigan mermelada —dijo una.

—Mermelada de rosas y *ehorbet*<sup>[3]</sup>, —aclaró la otra.

Pero Gavrilescu vio la jarra llena de agua y, aunque al lado había un vaso azul, empañado, la cogió con ambas manos y se la llevó a los labios. Bebió con ansia, con la cabeza echada hacia atrás, haciendo ruido al tragar. Luego suspiró, dejó de nuevo la jarra en la bandeja y se sacó un pañuelo del bolsillo.

—Señoritas —exclamó, secándose la frente—, ¡vaya sed que tenía! He oído hablar de un tal coronel Lawrence...

Las jóvenes cruzaron miradas de complicidad y soltaron las tres la carcajada. Ahora, reían de buena gana, cada vez más fuerte. Gavrilescu las miró, primero atónito, luego le iluminó el rostro una dilatada sonrisa y soltó el trapo a su vez. Se estuvo secando durante un buen rato con el pañuelo y luego dijo:

—Permitid me que os haga una pregunta: me gustaría saber qué mosca os ha picado.

—Nos ha dado la risa porque nos has llamado «señoritas» —contestó una de ellas—. Aquí estás en casa de las gitanas.

—¡No es cierto! —interrumpió la segunda—. No le hagas caso, se está burlando de ti. Nos ha dado la risa porque te has confundido y has bebido de la jarra en vez de beber del vaso. Si hubieras bebido del vaso...

—¡No la creas! —exclamó la tercera—. Se está burlando de ti. Yo sí que te voy a

decir la verdad: nos ha dado la risa porque te has asustado...

—¡No es verdad! ¡No es verdad! —exclamaron las otras—. Está intentando ponerte a prueba para saber si te has asustado...

—¡Se ha asustado! ¡Se ha asustado! —repitió la tercera.

Gavrilescu dio un paso al frente y alzó solemnemente el brazo.

—¡Señoritas! —declaró, mortificado—. Ya veo que no sabéis con quién estáis tratando. Yo no soy un cualquiera. Soy Gavrilescu, el artista. Y, antes de convertirme, para desgracia mía, en un pobre profesor de piano, aquí donde me veis, viví un sueño de poeta. ¡Señoritas —exclamó, patético—, yo, a los veinte años, conocí a Hildegard, me enamoré de ella y la quise!

Una de las jóvenes acercó un sillón y Gavrilescu se dejó caer en él con un hondo suspiro.

—¡Ay! —dijo tras un prolongado silencio—. ¿Por qué me habéis recordado la tragedia de mi vida? Pues ya habréis adivinado que Hildegard nunca llegó a ser mi mujer. Sucedió algo, algo terrible...

La joven le tendió la taza de café y Gavrilescu empezó a beber, pensativo.

—Sucedió algo terrible —repitió al cabo de un momento—. Pero ¿qué fue? ¿Qué pudo pasar? Es curioso, pero no me acuerdo. También es verdad que hace muchos años que no me acordaba de Hildegard. Me había hecho a la idea. Me decía: «Gavrilescu, lo pasado... pasado está». Nosotros, los artistas, somos así: no tenemos suerte. Y luego, de repente, hace un rato, al entrar aquí, en vuestra casa, me acordé de que había vivido una noble pasión, me acordé de que había estado enamorado de Hildegard...

Las jóvenes se miraron y se pusieron a palmotear.

—Así que tenía razón yo —dijo la tercera—. Se había asustado.

—Sí —asintieron las otras—. Tenías razón: se había asustado.

Gavrilescu alzó los ojos y las contempló con aire melancólico.

—No comprendo qué queréis decir...

—Estás asustado —afirmó una de las jóvenes con tono provocativo, y dio un paso hacia él—. Te asustaste nada más entrar...

—Por eso tenías tanta sed —dijo la segunda.

—Y desde ese momento no has parado de cambiar de conversación —añadió la tercera—. Tú nos has escogido, pero te asusta el acertijo...

—Sigo sin comprender —masculló Gavrilescu, a la defensiva.

—Tenías que adivinarlo desde el principio —siguió diciendo la tercera—. Adivinar quién es la cingara, quién es la griega y quién la judía...

—Prueba ahora, ya que dices que no estás asustado —dijo la primera—. A ver si aciertas. ¿Quién es la cingara?

Gavrilescu oyó la voz de las otras dos, como un eco.

—¿Quién es la cingara? ¿Quién es la cingara?

Sonrió y las miró de arriba abajo. De pronto, se sentía de buen humor.

—¡Esta sí que es buena! Así que, sin más ni más, como os habéis enterado de que soy un artista, os creéis que estoy en las nubes, que no sé reconocer a una cingara...

—¡Otra vez estás cambiando de conversación! —contestó una de las jóvenes—. ¡Adivínalo!

—Así que os creéis —siguió diciendo Gavrilesco con tozudez—, os creéis que no tengo bastante imaginación para adivinar qué aspecto tiene una cingara, sobre todo cuando es joven y hermosa y va desnuda...

Pues, naturalmente, lo había adivinado nada más verlas. La que había dado un paso hacia él, completamente desnuda, de piel muy oscura y cabellos y ojos negros, no podía por menos de ser la cingara. La segunda, desnuda también, pero cubierta con un velo verde pálido, de cuerpo increíblemente blanco y reluciente como el nácar, iba calzada con babuchas doradas. Solo podía ser la griega. La tercera tenía que ser la judía: llevaba una larga falda entallada de terciopelo carmesí, el pecho y los hombros desnudos, y la pesada cabellera de un rojo vivo, recogida en la coronilla, artísticamente trenzada.

—¡A ver si aciertas! ¿Quién es la cingara? ¿Quién es la cingara? —exclamaron las tres a un tiempo.

Gavrilesco se puso de pie, señaló, extendiendo el brazo, a la joven desnuda de piel oscura que tenía delante y declaró solemnemente:

—Como soy un artista, admito que se me ponga a prueba, incluso aunque sea una prueba tan pueril como esta, y contesto que ¡tú eres la cingara!

Las tres jóvenes lo tomaron en el acto de las manos y empezaron a hacerla girar entre gritos y silbidos; sus voces parecían venir de muy lejos.

—¡No has acertado! ¡No has acertado! —oyó como en sueños.

Intentó quedarse quieto, librarse de aquellas manos que lo arrastraban en un desenfrenado corro, una zarabanda de súcubos, pero no pudo desprenderse de ellas. Olía el calor vivo de los tres cuerpos jóvenes, ese mismo perfume lejano y exótico que había notado al entrar, oía, dentro y fuera de sí, cómo los pies de las jóvenes marcaban la cadencia en las alfombras. Comprendía que el baile lo conducía, en volandas, por entre sillones y biombos, hacia el fondo de la habitación, pero, pasado algún tiempo, renunció a toda resistencia y ya no se dio cuenta de nada.

Cuando se despertó, la joven morena y desnuda estaba arrodillada en la alfombra, frente al diván. Gavrilesco se sentó:

—¿He dormido mucho rato?

—Ni siquiera puede decirse que hayas dormido —contestó la joven con tono tranquilizador—. Solo te has quedado traspuesto.

—Pero ¿qué me habéis hecho? —preguntó llevándose la mano a la frente—. Me siento todo aturdido.

Miró con asombro a su alrededor. Hubiérase dicho que no era la misma habitación y, sin embargo, reconocía, asimétricamente colocados entre los sillones, los divanes y los espejos, los biombos que lo habían impresionado nada más entrar.

No conseguía comprender cómo estaban dispuestos. Algunos, muy altos, casi tocaban el techo, y se los habría podido confundir con las paredes si sus agudos ángulos no les hubieran permitido alcanzar, a veces, el centro de la habitación. Otros, misteriosamente iluminados, parecían ventanas medio ocultas tras unos cortinones que se abrían a pasillos interiores. Otros de aquellos paneles se adornaban con extrañas pinturas multicolores o estaban cubiertos de mantones y de bordados que caían, formando amplios pliegues, sobre las alfombras, con las que se confundían, y parecían, por su distribución, componer alcobas de todas las formas y tamaños. Pero le bastó fijar la vista breves instantes en esta o aquella alcoba para comprender que era juguete de una ilusión y que lo que estaba viendo, de hecho, eran dos o tres biombos separados cuyos reflejos se entrelazaban en un gran espejo de aguas verdes y doradas. En el preciso momento en que se percataba de la ilusión, Gavrilesco notó que la habitación se ponía a girar a su alrededor y volvió a llevarse la mano a la frente.

—Pero ¿qué me habéis hecho? —repitió.

La joven sonrió con tristeza y susurró:

—No has acertado quién era. Y eso que te he guiñado un ojo para que te dieras cuenta de que yo no era la cingara. Yo soy la griega.

—¡Grecia! —exclamó Gavrilesco, poniéndose bruscamente en pie—. ¡La Grecia eterna!

El cansancio le había desaparecido como por ensalmo. Oía cómo se le aceleraban los latidos del corazón, una extraordinaria placidez le invadía el cuerpo, como un escalofrío de calor.

—En los tiempos de mis amores con Hildegard —siguió diciendo con exaltación—, ese era nuestro único sueño: hacer un viaje a Grecia juntos.

—Eras tonto. No debías haber soñado, debías haberla amado.

—Yo tenía veinte años y ella aún no había cumplido los dieciocho. Era hermosa... Los dos éramos hermosos... —añadió.

En aquel momento, se dio cuenta de que iba ataviado de forma extraña: un pantalón bombacho al modo oriental y una blusa corta de seda de un amarillo dorado. Sorprendido, se contempló en un espejo como si le costara reconocerse. Acabó por proseguir, con voz más sosegada:

—Soñábamos con ir a Grecia. No, era algo más que un sueño, empezaba a tomar cuerpo, puesto que habíamos decidido irnos en cuanto nos casáramos. Y entonces sucedió algo... Pero ¿qué pudo suceder? —se preguntó tras una pausa, llevándose las manos a las sienes—. Era un día caluroso, como hoy, un día de verano tremendo. Vi un banco y me acerqué a él, y entonces sentí el calor que me golpeaba la cabeza, me golpeó la cabeza como una espada... No, esa es la historia del coronel Lawrence, de eso me enteré hoy escuchando a los estudiantes mientras esperaba el tranvía. ¡Ay, si tuviera un piano! —exclamó de repente con acento desesperado.

La joven se puso en pie de un brinco, lo cogió de la mano y cuchicheó:

—Ven...

Lo llevó en pos de sí, velozmente, entre los biombos y los espejos, y empezó a andar tan deprisa que, al cabo de un rato, Gavrilescu se dio cuenta de que iban corriendo y quiso pararse un minuto para recobrar el aliento, pero ella no le concedió tregua alguna.

—Es tarde —susurró sin dejar de correr; y otra vez oyó su voz como si fuera un silbido que le llegaba de muy lejos.

Esta vez no fue presa del vértigo, aunque se vio obligado a esquivar, sin dejar de correr, gran cantidad de divanes y de pufs, de arcones y de cofrecillos, volcados y tapados con alfombras, y espejos grandes y pequeños, con extraños biseles a veces, que surgían ante ellos cuando menos se lo esperaba, como si acabaran de dejarlos en el suelo. De pronto, al fondo de una especie de pasillo formado por dos hileras de biombos, desembocaron en una amplia estancia soleada donde los estaban esperando apoyadas de codos en un piano las otras dos mujeres.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó la pelirroja—. Se ha enfriado el café.

Gavrilescu recobró el aliento, dio un paso hacia ella y alzó los brazos como si quisiera defenderse:

—¡Ah no, yo no tomo más café! Ya he tomado bastante. Yo, señoritas, aunque tenga temperamento de artista, llevo una vida ordenada. No me gusta perder el tiempo en los cafés.

Pero, como si no lo hubiera oído, la joven pelirroja se dirigió a la griega:

—Bueno, ¿por qué habéis tardado tanto?

—Porque se ha acordado de Hildegard.

—No había que consentírselo —dijo la tercera.

—Un momento, con permiso —intervino Gavrilescu acercándose al piano—. Ese es un asunto estrictamente personal. Nadie tiene que consentírmelo. Ha sido la tragedia de mi vida.

—Ya estamos; otra vez se va a retrasar —dijo la pelirroja—. Otra vez se ha vuelto a armar un lío.

—¡Un momento! —estalló Gavrilescu—. No me he armado ningún lío. Ha sido la tragedia de mi vida. Me acordé de ella nada más entrar. ¡Escuchad!— exclamó, sentándose al piano—. Voy a tocarles algo y entonces lo entenderéis.

Oyó a las dos jóvenes cuchichear:

—No había que consentírselo. Ahora ya no acertará nunca...

Gavrilescu, inmóvil, se concentró durante unos segundos, luego inclinó la espalda sobre el teclado y dispuso las manos como si fuera a comenzar con brío.

—¡Ya está, ya me acuerdo! —exclamó—. ¡Ya sé lo que pasó!

Se puso en pie hecho un manojo de nervios y empezó a caminar arriba y abajo, con los ojos clavados en la alfombra.

—Ahora ya lo sé —murmuró repetidas veces—. Era verano como ahora.

Hildegard se había ido con su familia a Königsberg. Hacía muchísimo calor. Yo vivía en Charlottenburg y había ido a dar un paseo bajo los árboles. Eran grandes árboles centenarios, de sombra densa. Todo estaba desierto. Hacía demasiado calor. Nadie se atrevía a salir de casa. Y allí, bajo los árboles, vi a una chica joven llorando, sollozando con la cabeza entre las manos. Lo que me llamó la atención fue que se había descalzado y había apoyado los pies en una maleta pequeña que tenía delante, sobre la grava... «Gavrilescu», me dije, «he aquí una persona que debe de ser desgraciada». ¿Cómo hubiera podido imaginarme...?

Se paró, se volvió bruscamente hacia las jóvenes y dijo con tono patético:

—¡Señoritas, yo era joven y guapo y tenía alma de artista! Una joven abandonada era algo que me partía el corazón. Hablé con ella, intenté consolarla. Así fue como empezó la tragedia de mi vida.

—¿Y ahora, qué hacemos? —preguntó la joven pelirroja a sus compañeras.

—Vamos a esperar un poco más, a ver qué dice la vieja —propuso la griega.

—Si seguimos esperando, no acertará nunca —dijo la tercera.

—Sí, la tragedia de mi vida —siguió diciendo Gavrilescu—. Se llamaba Elsa... Pero me resigné. Me dije: «Querido Gavrilescu, estaba escrito. ¡La mala suerte! Nosotros los artistas somos así: no tenemos suerte...».

—¿Lo veis? —dijo la pelirroja—. Otra vez se está armando un lío y no sabrá cómo salir de él.

—¡Ah, el destino! —exclamó Gavrilescu alzando ambos brazos, y se volvió hacia la griega.

Esta lo miraba sonriente, con las manos a la espalda.

—¡Grecia eterna —dijo—, al final me he quedado sin verte!

—¡Olvida eso! ¡Olvida eso! —dijeron a voces las otras dos jóvenes acercándose—. ¡Recuerda cómo nos escogiste!

—Una cingara, una griega, una judía —dijo la griega clavando en Gavrilescu una mirada de complicidad—. Así nos quisiste, así nos escogiste...

—Adivínalo —gritó la joven pelirroja—, ¡y luego vas a ver qué hermoso será todo!

—¿Quién es la cingara? ¿Quién es la cingara? —preguntaron las tres al unísono rodeándolo.

Gavrilescu retrocedió y apoyó la espalda en el piano. Calló un minuto y luego dijo:

—¿De forma que así es como se hacen las cosas aquí, en esta casa? Ni más artista ni más simple mortal; vosotras erre que erre. Hay que adivinar quién es la cingara. ¿Y por qué, vamos a ver? ¿Quién lo manda?

—Ese es nuestro juego aquí, en el *bordei* de las gitanas —contestó la griega—. Prueba a adivinarlo. No lo lamentarás.

—Pero yo no estoy para juegos —contestó Gavrilescu con tono enfervorizado—. Yo me he acordado de la tragedia de mi vida. Porque, fijaos, ahora lo entiendo muy

bien: si aquella tarde, en Charlottenburg, no hubiera entrado con Elsa en una cervecería..., o incluso si hubiera entrado pero hubiera llevado dinero para pagar las consumiciones, mi vida habría sido diferente. Pero dio la casualidad de que no tenía dinero y de que pagó Elsa. Al día siguiente, recorrí toda la ciudad para pedir prestados unos marcos y devolverle el dinero a Elsa. ¡Como si nada! Todos mis amigos, todos mis conocidos se habían ido de vacaciones. Era verano, hacía un calor tremendo...

—Otra vez está asustado —dijo la joven pelirroja bajando la vista.

—¡Escuchadme! ¡Aún no os lo he contado todo! —exclamó Gavrilescu—. Durante tres días consecutivos, no conseguí encontrar dinero, y todas las noches iba a ver a Elsa a su pensión para rogarle que me disculpara. Y luego íbamos juntos a la cervecería. ¡Si al menos hubiera tenido fuerza de voluntad para no acompañarla! Pero ¿qué queréis? Tenía hambre. Era joven, era guapo: Hildegard se había ido a los baños, y yo tenía hambre. Si he de ser sincero, había días que me acostaba sin probar bocado. La vida de artista...

—¿Y ahora, qué hacemos? —le preguntaron las jóvenes—. Porque el tiempo va pasando, pasando.

—¿Ahora? —exclamó Gavrilescu, alzando otra vez los brazos—. Ahora hace bueno y hace calor y estoy a gusto con vosotras, porque sois jóvenes y hermosas, y porque estáis ahí, delante de mí, dispuestas a servirme mermelada y café. Pero ya no tengo sed. Ahora estoy bien, la mar de bien. Y me digo: «Querido Gavrilescu, estas señoritas esperan algo de ti. Dales ese gusto. Si quieren que lo adivines, adivínalo. Pero ¡cuidado! Cuidado, Gavrilescu, porque, si también te equivocas esta vez, van a volver a meterte en la danza y no te despertarás hasta mañana por la mañana...».

Se refugió, sonriente, tras el piano para que este le sirviera de barrera protectora.

—¿Así que queréis que os diga cuál es la cingara? Pues os lo voy a decir... Las jóvenes se pusieron en fila, nerviosas, sin decir palabra, mirándolo a los ojos.

—Os lo voy a decir —repitió tras una pausa.

Alargó el brazo de pronto con gesto melodramático, señaló a la joven del velo verde claro y esperó.

Las tres muchachas se envararon, como si no pudieran creer lo que estaban viendo. La pelirroja acabó por romper el silencio:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no es capaz de acertar?

—Algo le ha pasado —dijo la griega—. Se ha acordado de algo y se ha perdido, se ha extraviado en el pasado.

Aquella a la que Gavrilescu había tomado por la cingara dio unos pasos, cogió la bandeja y el café y, al pasar delante del piano, sonrió con tristeza:

—Yo soy la judía...

Dicho lo cual, desapareció tras un biombo.

—¡Vaya! —dijo Gavrilescu dándose una palmada en la frente—, debería haberme dado cuenta. Tenía en la mirada algo que venía de muy lejos. Y ese velo que se

transparentaba todo, pero que, sin embargo, estaba ahí... Era como en el Antiguo Testamento...

De repente, la linda pelirroja rompió a reír.

—¡El caballero no ha acertado! —exclamó—. No ha acertado quién es la cingara...

Se llevó la mano al moño, sacudió la cabeza, y la cabellera le cayó, suelta, roja, por los hombros. Empezó a bailar con despaciosas vueltas; daba palmas mientras canturreaba:

—¡Díselo tú, griega! —exclamó sacudiendo el cabello—. ¡Dile qué habría pasado!

—Si hubieras acertado, habría sido todo muy hermoso —murmuró la griega—. Habríamos cantado y danzado para ti, y te habríamos llevado por todas las habitaciones. Habría sido muy hermoso.

—Habría sido muy hermoso —repitió Gavrilesu, y sonrió con tristeza.

—¡Díselo, griega! —gritó la cingara, y se paró ante ellos, sin dejar de llevar el ritmo con las palmas y golpeando cada vez más fuerte la alfombra con los pies descalzos.

La griega se le arrimó y se puso a decírselo. Hablaba deprisa, a media voz, de vez en cuando asentía con la cabeza o se ponía el dedo en los labios, pero Gavrilesu no conseguía entenderla. Escuchaba sonriente, con la mirada perdida en el vacío, y susurraba de vez en cuando: «¡Habría sido hermoso!». Oía cada vez con mayor fuerza cómo los pies de la gitana golpeaban la alfombra, que arrojaba un sonido apagado, subterráneo, hasta el momento en que aquel ritmo desconocido y salvaje superó lo tolerable y, entonces, no sin esfuerzo, se abalanzó hacia el piano y empezó a tocar.

—¡Ahora díselo tú, cingara! —gritó la griega.

Gavrilesu oyó que la gitana se acercaba como si bailara sobre un gigantesco tambor de bronce y, unos segundos después, sintió en la espalda su ardiente aliento. Se inclinó algo más sobre el piano, apoyó las manos en el teclado con todas sus fuerzas, con una especie de frenesí, como si quisiera destrozar las teclas, arrancarlas, para abrirse camino con las uñas por entre las entrañas del piano y, después, más allá, más hondo.

No pensaba ya en nada, cautivado por melodías nuevas, desconocidas, que le parecía oír por vez primera y, sin embargo, le iban pasando por la mente, una tras otra, como si las recordara tras un prolongado olvido. Tardó en darse cuenta de que se había quedado solo y de que la habitación estaba casi a oscuras.

—¿Dónde estáis? —gritó, y se levantó del asiento, desasosegado.

Vaciló unos momentos y se dirigió hacia el biombo tras el que había desaparecido la judía.

—¿Dónde os habéis metido? —volvió a gritar.

Muy despacio, de puntillas, como si quisiera sorprender a las jóvenes, pasó

también tras el panel. Era como si allí empezara otra habitación, pasada la cual parecía abrirse un tortuoso pasillo. Se trataba de una habitación de trazado peculiar, techo bajo e irregular, paredes levemente abombadas, que desaparecían y volvían a aparecer en la oscuridad. Gavrilesco dio unos pasos al azar, luego se paró para escuchar. Le pareció entonces que muy cerca de él corrían por la alfombra roces y pasos rápidos.

—¿Dónde estáis? —gritó.

Escuchó el eco, intentó perforar las tinieblas con la mirada. Le pareció divisar a las tres muchachas acurrucadas en un recodo del pasillo e intentó llegar hasta allí a tientas, con los brazos extendidos. Pero pronto se dio cuenta de que se equivocaba de dirección al comprobar que el pasillo torcía a la izquierda algo más allá, a pocos metros, y volvió a detenerse.

—¡De nada os vale esconderos, acabaré por dar con vosotras! —gritó—. ¡Más os valdría salir por las buenas!

Luego aguzó el oído y abrió bien los ojos. Ya no se oía nada. Pero en aquel lugar empezaba a hacerse sentir el calor, así que resolvió dar marcha atrás y esperar a las muchachas tocando el piano. Recordaba perfectamente la dirección de donde había venido y sabía que no había dado más que veinte o treinta pasos. Extendió los brazos y avanzó despacio, con prudencia. Pero, tras unos pocos pasos, tropezó con las manos contra un biombo y retrocedió, sobresaltado. Estaba seguro de que aquel panel no estaba allí hacía un momento.

—Pero ¿qué hacéis? —voceó—. ¡Dejadme salir!

Le pareció oír un rumor de risas ahogadas y recobró los ánimos.

—A lo mejor os creéis que estoy asustado —dijo tras un breve silencio, esforzándose por adoptar un tono alegre—. ¡Pues de eso nada! —añadió acto seguido, como si temiera que lo fueran a interrumpir—. Si me he avenido a jugar al escondite con vosotras es porque me habéis dado pena. Esa es la verdad: me habéis dado pena. En cuanto os vi, niñas inocentes, aquí encerradas, en un bordei de gitanas, me dije: «Querido Gavrilesco, estas chiquitas quieren gastarte una broma. Haz como si te dejaras engañar. Deja que crean que no sabes adivinar cuál es la gitana. Así es el juego...». ¡Así es el juego! —gritó lo más fuerte que pudo—. ¡Pero ya hemos jugado bastante, salid del escondite!

Aguzó el oído, con la sonrisa en los labios, apoyando la mano derecha en el biombo. Oyó unos pasos menudos en la oscuridad, muy cerca. Se volvió bruscamente y alargó los brazos.

—A ver de quién se trata —dijo—. A ver a quién he cogido. ¿No será a la gitana?

Pero, tras haber braceado mucho rato en el vacío, se quedó quieto de nuevo para escuchar. Ahora no se oía ya el menor ruido por parte alguna.

—No importa —dijo, como si supiera que las jóvenes estaban escondidas a pocos pasos—. Ya veréis cuando os coja. Ya me doy cuenta de que todavía no sabéis con quién estáis tratando. Más adelante, os pesará. Habría podido enseñaros a tocar el

piano. Habría enriquecido vuestra cultura musical. Os habría explicado los *lieder* de Schumann. ¡Qué belleza! —exclamó—. ¡Qué divina música!

Volvió a notar el calor, quizá más fuerte que nunca, y se secó la cara con la manga de la blusa. Luego, desalentado, se fue hacia la izquierda, palpando con la mano, sin separada del biombo. A ratos, se paraba para escuchar, luego seguía andando a zancadas. En un momento dado, se puso a dar voces, invadido por una súbita ira:

—¡Así aprenderé a no ser tan tolerante con unas mocosas...! Bueno, y digo mocosas porque soy educado. Que vosotras sois otra cosa. Ya sabéis vosotras lo que sois. ¡Unas gitanas! ¡Incultas! ¡Analfabetas! ¿Sabe alguna de vosotras dónde está Arabia? ¿Ha oído alguna de vosotras hablar del coronel Lawrence?

El biombo parecía interminable y, cuanto más andaba Gavrilesco, más insoportable se tornaba el calor. Se quitó la blusa y se secó con ella la cara y el cuello, nerviosamente; luego se la echó sobre el hombro desnudo, como si se tratase de una toalla, y volvió a lanzarse a tientas en busca del panel. Pero topó con un muro liso y fresco contra el que pegó el cuerpo con los brazos abiertos. Permaneció así mucho tiempo, contra el muro, respirando hondamente. Luego fue avanzando despacio, rozando el muro sin despegarse de él. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que había perdido la blusa. Como seguía sudando, se paró, se quitó el pantalón bombacha y se secó de los pies a la cabeza. En ese preciso instante, notó que algo le tocaba el hombro. Lanzó un grito de miedo y saltó hacia un lado.

—¡Soltadme! —vociferó—. ¡Ya os he dicho que me soltéis!

De nuevo le rozó el rostro y los hombros alguien o algo, un ser o un objeto —imposible saber qué o quién—, y entonces empezó a defenderse haciendo molinetes por encima de la cabeza, al buen tuntún, con el bombacha. Cada vez tenía más calor, le corrían por la cara gruesas gotas de sudor, jadeaba. Al hacer un gesto demasiado brusco, se le escapó el pantalón, que desapareció en algún lejano lugar impreciso en medio de la oscuridad. Gavrilesco permaneció en la misma postura, con el brazo en alto y el puño convulsivamente cerrado, como si tuviese la esperanza de darse cuenta, de repente, de que se había equivocado y aún tenía asido el pantalón. De pronto, se sintió desnudo, se encogió, se agachó, apoyando las manos en la alfombra, mirando al suelo, como si se dispusiese a emprender una carrera.

Siguió avanzando, ahora a cuatro patas, palpando la alfombra a su alrededor, con la esperanza de dar con el pantalón. A veces tropezaba con objetos que le costaba identificar; algunos parecían, al principio, cofrecillos y luego resultaban ser enormes calabazas envueltas en mantones; otros, que de momento parecían almohadones o almohadas, se convertían, si los palpaba bien, en balones, en paraguas viejos rellenos de serrín, en cestos de ropa llenos de periódicos, pero no le daba tiempo a decidir qué podían ser, porque no paraba de tropezar con otros que tenía que palpar también. A veces, se alzaban ante él grandes muebles y entonces los esquivaba prudentemente pues, al no saber qué forma tenían, temía volcarlos. Ignoraba cuánto tiempo llevaba caminando así en la oscuridad, de rodillas, a cuatro patas, arrastrándose. Lo que peor

soportaba era el calor. Tenía la sensación de caminar por el desván de una casa con tejado de chapa en una tórrida tarde. El aire le abrasaba la nariz, y los objetos parecían cada vez más calientes. Estaba chorreando y tenía que pararse a descansar. En aquellos momentos, se tumbaba cuan largo era, abierto de brazos y piernas, con la cara pegada a la alfombra, y respiraba con todas sus fuerzas, de forma entrecortada, jadeante.

En un momento dado, le pareció que se había quedado traspuesto y lo había despertado un inesperado vientecillo, como si en alguna parte hubiesen abierto una ventana por la que entrara el fresco de la noche. Pero pronto comprendió que se trataba de otra cosa, de algo que no se parecía a nada conocido: se quedó de piedra y notó que el sudor se le enfriaba en la espalda. No conseguía recordar lo que había pasado a continuación. Asustado por su propio alarido, se había puesto a correr como un loco en la oscuridad. Tropezaba con biombos, volcaba espejos, y toda clase de objetos menudos colocados de forma extraña en las alfombras. A menudo se resbalaba, caía, se levantaba en el acto, seguía corriendo. Se dio cuenta de que saltaba arcones, esquivaba espejos y paneles, y entonces se percató de que acababa de entrar en una zona de claroscuro en la que empezaba a vislumbrar los contornos de los objetos. Al fondo del pasillo, a una altura poco habitual del muro, parecía abrirse una ventana por la que penetraba la claridad del crepúsculo. Cuando entró en el pasillo, el calor se volvió insoportable. Tuvo que pararse para recuperar el aliento; con el dorso de la mano se enjugaba el sudor de la frente, de las mejillas. Oía cómo le latía el corazón, a punto de estallar.

Antes de llegar bajo la ventana, volvió a pararse, asustado. Le llegaban voces, risas, ruidos de sillas arrastradas por un entarimado, como si se acabara de levantar de la mesa todo un grupo de personas y se dirigiera hacia él. Se vio a sí mismo en ese instante, desnudo, más flaco de lo que creía, con la piel pegada a los huesos y, sin embargo, con el vientre hinchado y caído, como nunca se había visto antes. Ya no tenía tiempo de volver sobre sus pasos. Asió un cortinaje al azar y tiró. Al notar que estaba a punto de ceder, apoyó ambos pies en el muro y se colgó de él echándose hacia atrás. Aconteció entonces algo inesperado. Notó que la colgadura lo atraía con creciente fuerza y lo pegaba contra la pared en pocos segundos sin que pudiera escaparse, aunque la había soltado, de forma tal que, de pronto, se encontró envuelto, oprimido por todos lados, como si lo hubieran atado y metido en un saco. Había vuelto la oscuridad y el agobiante calor y Gavrilesco comprendió que no podría resistir mucho, que iba a asfixiarse. Intentó gritar, pero tenía la garganta seca, como si fuera de corcho, y los sonidos se apagaban en una especie de algodón.

Oyó una voz que le pareció conocida:

—Sigue contando, salado, sigue contando.

—¿Qué más quiere que le cuente? —murmuró—. Ya se lo he dicho todo. No hay

nada más. Me traje a Elsa a Bucarest. Los dos éramos pobres. Me puse a dar clases de piano...

Con la cabeza en la almohada, alzó la vista y vio a la vieja. Sentada ante la mesa baja, con la cafetera en la mano, dispuesta a llenar las tazas de café. —No, gracias, no quiero más —dijo alzando el brazo—. Ya he tomado de sobra. Tengo miedo de que me quite el sueño por la noche.

La vieja se llenó la taza y luego dejó la cafetera en una esquina de la mesa. Insistió:

—Sigue contando. ¿Qué más hiciste? ¿Qué más pasó?

Pensativo, Gavrilescu estuvo un rato dándose aire con el *canotier* sin decir nada.

—Y luego empezamos a jugar al escondite —dijo de pronto con voz algo cambiada, algo severa—. Claro que no sabían con quién estaban tratando. Yo soy un hombre serio, un artista, profesor de piano. Vine aquí por simple curiosidad. Porque a mí todo lo que es nuevo, desconocido, me interesa. Me dije: «Querido Gavrilescu, he aquí una ocasión de ampliar tus conocimientos». No sabía que se trataba de juegos ingenuos, infantiles. Y, entonces, sabe usted, de repente, me encontré completamente desnudo, y oía voces, estaba seguro de que, de un momento a otro... Usted me entiende...

La vieja asintió con la cabeza y tomó unos sorbitos de café antes de contestar:

—¡Anda y que no hemos buscado tu sombrero! Las chicas han tenido que poner el bordei patas arriba para encontrarlo.

—Sí, es verdad, tuve yo la culpa. No sabía que si no conseguía dar con la solución mientras fuera de día, tendría que buscarlas, que cazarlas, que dar... con ellas en la oscuridad. Nadie me había dicho nada. Y, entonces, como le iba diciendo, cuando me vi completamente desnudo y noté que el cortinaje me apretaba como un sudario, sí, se lo aseguro, como un sudario...

—¡Lo que nos ha podido costar volverte a vestir! Es que no había manera de que te dejaras vestir...

—¿No le estoy diciendo que ese cortinaje era como un sudario que me apretaba por todos lados? Y se enroscaba, y me oprimía, ya no podía ni respirar. ¡Y menudo calor! —exclamó dándose aire con el *canotier*—. Lo que me extraña es no haberme asfixiado.

—Sí, ha hecho mucho calor —dijo la vieja.

En aquel momento se oyó a lo lejos el metálico retumbar del tranvía. Gavrilescu se llevó la mano a la frente.

—¡Ay! —dijo alzándose pesadamente del sofá en que estaba echado—. ¡Hay que ver cómo pasa el tiempo! Aquí, habla que te hablarás y, como quien no quiere la cosa, se me ha olvidado que tenía que ir a la calle de las Sacerdotisas. Figúrese que me he dejado allí las partituras. Si ya me decía yo esta tarde sin ir más lejos: «Querido Gavrilescu, cuidado, a ver si... a ver si...». Sí, algo por el estilo me estaba yo diciendo, pero no me acuerdo bien de qué era...

Dio unos pasos hacia la puerta, se volvió, hizo una leve inclinación y, saludando con el sombrero, dijo:

—Tanto gusto...

En el patio, se llevó una sorpresa desagradable: el sol se había puesto, pero hacía, sin embargo, más calor que en plena tarde. Gavrilesco se quitó la chaqueta, se la echó al hombro y, dándose aire con el *canotier*, cruzó la puerta y salió. Nada más alejarse del muro, de la sombra de los árboles, volvió a meterse en la chicharrera de la calle, en el olor a polvo y asfalto reblandecido. Iba encorvado, arrastrando los pies y mirando al vacío. En la parada no había nadie más. Cuando oyó que se acercaba el tranvía, alzó el brazo para que se parara.

El vehículo iba casi vacío y con todas las ventanillas abiertas. Se sentó frente a un joven en mangas de camisa y, al ver que se acercaba el cobrador, empezó a buscar la cartera. La encontró antes de lo que se esperaba.

—¡Es increíble! —exclamó—. Le doy mi palabra de honor de que esto es peor que Arabia. Si ha oído usted alguna vez hablar del coronel Lawrence... El joven sonrió y, con aire divertido, miró por la ventanilla.

—¿Qué hora será? —le preguntó Gavrilesco al cobrador.

—Las ocho y cinco.

—¡Qué mala pata! Me las voy a encontrar cenando. Se van a creer que he vuelto tarde aposta, para encontrarlas cenando. Y, sabe usted, no me conviene que... Ya entiende usted lo que quiero decir. Y, además, si les digo de dónde vengo, la señora Voitinovici, que es curiosa como pocas, va a hacer que me quede hasta las doce para que se lo cuente.

El cobrador, que observaba a Gavrilesco con una sonrisa, le hizo un guiño al joven.

—Dígale que ha estado donde las gitanas, y ya verá como no le pregunta nada más...

—Huy, qué va, imposible. La conozco muy bien. Es demasiado curiosa. Más vale que no le diga nada.

En la parada siguiente, subieron unas cuantas parejas jóvenes, y Gavrilesco se cambió de sitio para oír mejor lo que decían. Cuando le pareció que podía meter baza, alzó el brazo y dijo:

—Voy a contradecirles, si me lo permiten. Yo, para desgracia mía, soy profesor de piano, pero lo mío no es esto...

—¡Calle de las Sacerdotisas! —anunció el cobrador.

Gavrilesco se puso de pie bruscamente, saludó y se apeó.

Caminaba sin prisa, dándose aire con el *canotier*. Al llegar delante del 18, se paró, se arregló la corbata, se atusó el pelo y entró. Subió despacio hasta el primero y llamó, apretando con fuerza el timbre. En estas, llegó el joven que estaba sentado

enfrente de él en el tranvía.

—¡Qué casualidad! —dijo Gavrilesco cuando vio que se paraba a su lado. Se abrió la puerta y apareció en el umbral una mujer, joven aún pero de rostro pálido y ajado.

Llevaba un delantal y, en la mano derecha, un tarro de mostaza. Al ver a Gavrilesco, frunció el entrecejo.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Me he dejado el portafolios —contestó Gavrilesco, intimidado—. Con la charla, se me olvidó. He tenido cosas que hacer y no he podido venir antes. —No lo entiendo. ¿Qué portafolios?

—Si ha empezado a cenar, no la moleste —siguió diciendo Gavrilesco, deseando poder marcharse cuanto antes—. Sé dónde me lo he dejado. Al lado del piano.

Y quiso entrar, pero la mujer le cortó el paso.

—Pero, bueno, caballero, ¿usted a quién busca?

—A la señora Voitinovici. Soy Gavrilesco, el profesor de piano de Otilia. No he tenido el gusto de conocerla a usted antes —añadió, muy fino.

—Se confunde usted de dirección. Este es el 18.

—Le ruego me disculpe —contestó Gavrilesco sonriente—, pero conozco esta casa hace cinco años. Podría decirse que soy de la familia. Vengo tres veces por semana...

El joven escuchaba la discusión con la espalda apoyada en la pared.

—¿Cómo dice usted que se llama esa señora? —preguntó.

—La señora Voitinovici. Es la tía de Otilia, Otilia Pandele...

—No vive aquí —zanjó el joven—. Aquí vivimos nosotros, los Georgescu. Esta señora es la mujer de mi padre. De soltera, Petrescu...

—Te agradecería que te portaras con educación —refunfuñó la mujer—. Y que no me trajeras a casa al primero que pasara...

Luego les volvió la espalda y desapareció en el interior.

—Le ruego que me disculpe por esta escena —le dijo el joven esforzándose por sonreír—. Es la tercera mujer de mi padre. Está pagando todos los errores de los anteriores matrimonios: cinco chicos y una chica.

Gavrilesco lo escuchaba, confuso, mientras se daba aire con el sombrero de paja.

—Lo siento —dijo sinceramente consternado—. No pretendía que se enfadara. Es verdad que es mala hora. La hora de la cena. Pero, mire, mañana por la mañana tengo una clase en Dealul Spirii y me hace falta el portafolios. Tengo dentro los Czerny II y III. Son mis partituras, con mi interpretación personal indicada al margen. Por eso las llevo siempre encima.

El joven lo miraba de hito en hito, sin dejar de sonreír.

—Creo que no me he explicado bien. Quería decirle que aquí vivimos nosotros, los Georgescu. Llevamos viviendo aquí cuatro años.

—¡Imposible! —exclamó Gavrilesco—. He estado aquí esta misma mañana, le he

dado clase a Otilia de dos a tres. Luego estuve un rato de charla con la señora Voitinovici. Con cara de asombro, el joven sonrió, divertido.

—¿En el 18 de la calle de las Sacerdotisas, en el primer piso? —preguntó.

—Eso mismo. Conozco la casa a la perfección. Puedo decirle dónde está el piano. Puedo llevarle hasta él con los ojos cerrados. Está en el salón, delante de la ventana.

—No tenemos piano. Pruebe en otro piso. Pero desde ahora puedo decirle que tampoco es en el segundo; ahí vive el capitán Zamfir. Pruebe en el tercero. Lo siento mucho —añadió el joven al ver que Gavrilesco lo escuchaba con cara de susto y movía el sombrero cada vez más deprisa—. Me habría gustado que hubiera una Otilia en esta casa...

Gavrilesco, sin saber qué hacer, lo miraba fijamente a los ojos.

—Muy agradecido —dijo al fin—. Voy a probar en el tercero. Pero le doy mi palabra de honor de que a eso de las tres y cuarto estaba aquí mismo.

Y, alargando el brazo con decisión, señaló el piso.

Comenzó a subir trabajosamente. En el tercero, se secó largo rato la cara con uno de los pañuelos y después llamó. Oyó unos pasitos y luego le abrió la puerta un niño de cinco o seis años.

—¡Vaya! —exclamó Gavrilesco—. Me temo que me he confundido de piso. Venía a ver a la señora Voitinovici...

Apareció entonces en el quicio de la puerta una mujer joven que le sonrió.

—La señora Voitinovici vivía en el primero, pero se mudó. Se fue a provincias.

—¿Hace mucho?

—Pues sí. Este otoño hará ocho años. Se fue nada más casarse Otilia. Gavrilesco alzó la mano y se la pasó por la frente.

Luego buscó la mirada de la joven y le sonrió con toda la serenidad de que fue capaz.

—Creo que se confunde usted —dijo—. Yo le estoy hablando de Otilia Pandle, la sobrina de la señora Voitinovici; va al instituto, está en tercero.

—Las conocí bien a las dos. Cuando nos vinimos a vivir aquí, Otilia acababa de prometerse, ya sabe, primero hubo esa historia con el comandante. La señora Voitinovici no quería dar su consentimiento, y tenía razón, se llevaban demasiados años. Otilia era una niña. Aún no había cumplido los diecinueve. Menos mal que conoció a Frincu, al ingeniero Frincu. Es imposible que no haya oído usted hablar de él.

—¿El ingeniero Frincu? —masculló Gavrilesco—. ¿Frincu...?

—Sí, el inventor. Si hasta los periódicos han hablado de él.

—El inventor Frincu —repitió Gavrilesco, pensativo—. Qué cosa más rara...

Alargó el brazo, le acarició la cabeza al niño, saludó con una inclinación.

—Le ruego que me disculpe. Creo que me he equivocado de piso.

El joven lo esperaba delante de su puerta, fumando.

—¿Ha averiguado usted algo? —preguntó.

—La señora del tercero dice que se ha casado, pero le aseguro a usted que se trata de una confusión. Otilia no ha cumplido los diecisiete, está en tercero. Estuve charlando con la señora Voitinovici, hablamos de un montón de cosas, y no me dijo ni palabra.

—Qué raro...

—Rarísimo —dijo Gavrilesco, recobrando los ánimos—. Así que le confieso que no me creo nada de todo esto. Le doy mi palabra de honor. En fin..., ¿para qué insistir? Aquí hay una confusión... Volveré mañana por la mañana.

Se despidió y bajó la escalera con paso rápido. «Cuidado, Gavrilesco», murmuró nada más llegar a la calle, «cuidado, te estás volviendo chocho. Empiezas a perder la memoria. Confundes las direcciones...». Vio que el tranvía se acercaba y apretó el paso. Cuando estuvo sentado junto a una ventanilla abierta, sintió al fin una leve brisa.

—¡Ya era hora! —exclamó dirigiéndose a una señora sentada enfrente—. Parecía... parecía...

Pero se dio cuenta de que no sabía cómo acabar la frase y sonrió, violento.

—Sí —prosiguió tras una breve pausa—, como le hacía notar hace un rato a un amigo mío, parecía, parecía que estábamos en Arabia. Si ha oído usted hablar del coronel Lawrence...

Pero la señora siguió mirando por la ventanilla.

—Ahora, dentro de una o dos horas —continuó Gavrilesco—, se hará de noche. Quiero decir que estará oscuro. De noche refresca. Ya era hora... Por fin se va a poder respirar.

El cobrador se había parado ante él y estaba esperando. Gavrilesco empezó a hurgarse en los bolsillos.

—Pasadas las doce, se podrá respirar —le dijo al cobrador—. ¡Qué día más largo! —añadió con un tono que traslucía nerviosismo, porque no conseguía encontrar la cartera—. ¡Cuántas peripecias! ¡Vaya, menos mal! —exclamó, y abrió la cartera.

—Estos ya no valen —dijo el cobrador devolviéndole el billete—. Tiene usted que cambiarlo en el banco.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Gavrilesco, asombrado, dándole vueltas al billete entre los dedos.

—Pues que hace un año que los retiraron de la circulación. Lo que tiene usted que hacer es cambiarlo en el banco.

—¡Qué raro! —dijo Gavrilesco mirando el billete atentamente—. Esta mañana todavía valían. Y las gitanas los cogen. Tenía otros tres iguales, y las gitanas los cogieron.

La señora palideció levemente, se levantó de forma ostentosa y fue a sentarse en el otro extremo del tranvía.

—No hay que mencionar a las gitanas delante de las señoras —dijo el cobrador con tono de reprimenda.

—¡Pero si todo el mundo lo hace! —protestó Gavrilesco—. Cojo este tranvía tres veces por semana, y le doy mi palabra de honor...

—Sí, es cierto —admitió un viajero—. Todos las mencionamos, pero no cuando hay señoras delante. Es cuestión de tacto. Sobre todo ahora que van a poner luces. Sí, sí, el ayuntamiento ha dado permiso; van a poner luces en el jardín. Yo puedo decir que no tengo prejuicios, pero ¡que las gitanas pongan luces...! Me parece una provocación.

—¡Qué raro! —dijo Gavrilesco—. No he oído nada.

—Ha venido en todos los periódicos —especificó otro viajero—. ¡Es una vergüenza! —prosiguió, alzando el tono—. ¡Habría que prohibirlo! Algunas personas volvieron la cabeza y, ante sus miradas cargadas de reproches, Gavrilesco bajó la vista.

—Mire bien, a ver si tiene usted otros billetes —le dijo el cobrador—. Si no, se baja en la próxima.

Ruborizado, sin atreverse a alzar la mirada, Gavrilesco se puso a rebuscar en los bolsillos. Afortunadamente, encontró unas monedas y se las dio al cobrador.

—Solo me ha dado usted cinco *lei* —dijo este, sin cerrar la mano.

—Pues claro, hasta Vama Postei.

—¡Eso son diez *lei*! ¿Está usted en las nubes o qué?

—Estoy en Bucarest —dijo Gavrilesco con voz altanera—, y tomo el tranvía tres o cuatro veces al día; llevo años tomándolo y siempre me ha costado cinco *lei* ir...

Ahora, casi todo el tranvía escuchaba atentamente la discusión. Algunos viajeros se acercaron y se instalaron en los asientos vecinos. El cobrador hizo sonar las monedas en la mano y dijo:

—Si no quiere darme la diferencia, se baja usted en la próxima.

—Hace ya tres o cuatro años que subió el tranvía —explicó alguien.

—Cinco años —especificó el cobrador.

—Le doy mi palabra de honor... —empezó a decir Gavrilesco patéticamente.

Pero el cobrador no lo dejó terminar.

—Pues se baja usted en la próxima.

—Haría usted mejor en pagar la diferencia —dijo un viajero—, porque hasta Vama Postei hay una tirada.

Gavrilesco buscó en el monedero y sacó otros cinco *lei*.

—En este país pasan unas cosas rarísimas —rezongó cuando se hubo alejado el cobrador—. Se toman decisiones de un día para otro, en veinticuatro horas. Y hasta en seis horas. Le doy mi palabra de honor... Pero, bueno..., ¿para qué insistir? Ha sido un día terrible. Y lo más grave es que no puede uno prescindir del tranvía. Por lo menos a mí no me queda más remedio que tomarlo tres o cuatro veces al día. Y eso que una clase de piano son cien *lei*. Un billete como este. Y ahora resulta que el billete tampoco vale. Tengo que ir a cambiarlo al banco...

—Démelo —dijo un señor mayor—. Diré que me lo cambien mañana en la

oficina...

Sacó un billete de la cartera y se lo tendió a Gavrilesco.

Este lo tomó con precaución y lo examinó con curiosidad.

—Es bonito —dijo—. ¿Hace mucho que los pusieron en circulación?

Varios viajeros se miraron, sonrientes.

—Unos tres años —contestó uno de ellos.

—Es curioso que no los haya visto hasta ahora. Hay que reconocer que soy más bien distraído. Tengo temperamento de artista...

Se metió el billete en la cartera y echó una ojeada por la ventanilla.

—Ya es de noche —dijo—. ¡Al fin!

De pronto, se sintió cansado, rendido. Apoyó la cabeza en las manos y cerró los ojos. No volvió a abrirlos hasta llegar a Vama Postei.

Había intentado en vano abrir la puerta con la llave, había llamado mucho rato al timbre, había llamado varias veces con los nudillos, tan pronto con fuerza como más flojo, en las ventanas del comedor, había vuelto ante la puerta y había empezado a aporrearla. No tardó en asomarse a la ventana abierta y apagada de una casa vecina un hombre en camisión que gritó con voz ronca:

—¿A qué viene este escándalo? ¿Qué le pasa a usted?

—Disculpe —dijo Gavrilesco—. No sé qué le ha podido pasar a mi mujer. No contesta. Y se me ha estropeado la llave, no puedo entrar.

—Pero ¿por qué quiere entrar? ¿Quién es usted?

Gavrilesco se dirigió a la ventana y saludó:

—Aunque somos vecinos, creo que no tengo el gusto de conocerlo. Me llamo Gavrilesco y vivo aquí con mi mujer, Elsa.

—Se ha equivocado usted de dirección. Ahí vive el señor Stanescu. No está en casa. Se ha ido de vacaciones.

—Usted perdone —dijo indignado Gavrilesco—, siento tener que contradecirlo, pero creo que se equivoca usted. Aquí, en el 101, quienes vivimos somos Elsa y yo. Llevamos cuatro años viviendo aquí.

—¡A ver si acaban de una vez! ¡Hay gente que quiere dormir! —gritó alguien—. ¡Ya está bien, demonios!

—Dice que vive en casa del señor Stanescu...

—¡No es que lo diga! —protestó Gavrilesco—. Es que es mi casa y no le permito a nadie que... Y, antes que nada, quiero saber dónde está Elsa y qué le ha pasado.

—¡Pregunte en la comisaría! —gritó alguien desde un piso de una casa.

Gavrilesco, alarmadísimo, levantó la cabeza.

—¿Y por qué en la comisaría? ¿Qué ha pasado? ¿Está usted enterado de algo?

—No estoy enterado de nada, pero quiero dormir. Así que si se pasa usted toda la noche berreando...

—Usted perdone —dijo Gavrilesco—. Yo también tengo sueño, y hasta podría decir que estoy rendido. He tenido un día terrible. Un calor que ni en Arabia... Pero

no entiendo qué le ha podido pasar a Elsa. ¿Por qué no contesta? A lo mejor se ha puesto mala, a lo mejor se ha desmayado... Volvió a la pueca del 101 y empezó de nuevo a aporrearla, cada vez más fuerte.

—Me cago en la mar. ¿No le he dicho ya que el señor Stanescu no estaba en casa? ¿Qué se había ido de vacaciones?

—¡Llamen a la policía! —gritó una mujer con voz chillona—. ¡Llamen enseguida a la policía!

Gavrilescu dejó de repente de dar porrazos y se apoyó en la puerta. Le costaba trabajo respirar. De pronto, se sentía muy cansado. Se sentó en un peldaño, con la frente entre las manos. «Querido Gavrilescu», murmuró, «cuidado, ha pasado algo muy grave y no te lo quieren decir. No te desanimes, haz un esfuerzo y piensa».

—¡La señora Rosa! —exclamó—. Me tenía que haber acordado antes de ella. ¡Señora Rosa! —gritó poniéndose en pie; y se dirigió hacia la casa de enfrente—. ¡Señora Rosa!

Alguien que había permanecido asomado a la ventana dijo con voz más sosegada:

—Déjela dormir a la pobre...

—¡Es urgente!

—Déjela dormir. Que en paz descanse. Hace mucho que se murió.

—¡No puede ser! Hablé con ella esta misma mañana.

—Debe usted de confundida con su hermana Ecaterina. La señora Rosa se murió hace cinco años.

Por un instante, Gavrilescu creyó que se le paraba el corazón. Luego se metió las manos en los bolsillos y sacó unos cuantos pañuelos.

—¡Qué raro! —acabó por decir.

Dio media vuelta despacio, subió los tres peldaños del 101, cogió el sombrero y se lo encasquetó. Intentó por última vez abrir el picaporte, luego volvió a bajar y se alejó con paso vacilante. Caminaba sin prisa, sin pensar en nada, se secaba el sudor maquinalmente con uno de los pañuelos. La taberna de la esquina estaba todavía abierta y, tras habérselo pensado un poco, se decidió a entrar.

—Ya no servimos más que en el mostrador —le anunció el camarero—. Cerramos a las dos.

—¿A las dos? —dijo asombrado Gavrilescu—. Pues ¿qué hora es?

—Las dos. Las dos pasadas.

—Es tardísimo —masculló Gavrilescu más bien para sus adentros.

Al acercarse al mostrador, le pareció reconocer la cara del dueño y el corazón empezó a latirle más fuerte.

—¿No será usted el señor Costica? —preguntó.

—Pues sí, el mismo —contestó el tabernero mirándolo—. Me parece que lo conozco —añadió tras una pausa.

—Le parece, le parece... —empezó a decir Gavrilescu, pero no supo qué decir después y se calló, con sonrisa embarazada—. Antes venía por aquí; hace mucho

tiempo —prosiguió—; tenía amigos. La señora Rosa...

—Sí, que en paz descanse.

—La señora Gavrilescu... Elsa.

—Ay, la pobre, qué historia. Ni siquiera hoy se sabe con exactitud lo que pasó. A él lo estuvo buscando la poli durante meses, pero no consiguió encontrarlo ni vivo ni muerto... Como si se lo hubiera llevado el diablo... Pobre señora Elsa; esperó lo que esperó y luego se lo pensó y se volvió con su familia a Alemania. Vendió sus cosas y se fue. No es que hubiera mucho que vender. Eran pobres. Ganas me entraron de quedarme con el piano.

—Así que se fue a Alemania —dijo Gavrilescu, pensativo—. ¿Hace mucho que se fue?

—Muchísimo. Unos meses después de la desaparición de Gavrilescu. Doce años hará este otoño. Salió en todos los periódicos...

—Qué raro —murmuró Gavrilescu, y volvió a darse aire con el *canotier*—. Y si yo le dijera que esta mañana, y le doy mi palabra de honor de que no estoy exagerando, que esta misma mañana he hablado con ella... Y hay más: al mediodía hemos comido juntos. ¡Hasta puedo decirle qué hemos comido!

—Será que ha vuelto —dijo el tabernero, perplejo.

—No, no ha vuelto. Pero no se ha ido; nada de eso. Aquí hay una confusión. Por el momento, estoy algo cansado, pero mañana por la mañana voy a aclarar todo esto.

Saludó con una inclinación de cabeza y salió.

Caminaba con pasitos cortos, con el sombrero en una mano y un pañuelo en la otra, parándose mucho rato en cada banco que se encontraba para recuperar fuerzas. La noche estaba clara, sin luna, y el frescor de los jardines empezaba a extenderse por las calles. En un momento dado, lo alcanzó un coche de punto.

—¿Adónde va usted así, milord? —le preguntó el cochero.

—Donde las gitanas.

—Venga, suba, lo llevo por treinta púas —dijo el cochero parando el caballo.

—No me importaría, pero casi no llevo dinero encima. Solo me quedan cien *lei* y algo de calderilla. Y los cien *lei* me hacen falta para entrar donde las gitanas.

El cochero se echó a reír:

—¡Es mucho más caro! Con cien *lei* no le llega.

—Pues eso fue lo que me costó esta tarde —replicó Gavrilescu—. Buenas noches —añadió, y siguió andando.

Pero el cochero, con el caballo al paso, lo siguió.

—Son dondiegos de noche —dijo el cochero aspirando el aire—. Viene del jardín del general. Por eso me gusta pasar por aquí de noche. Tenga clientes o no, paso por aquí todas las noches. ¡Hay que ver lo que me gustan las flores!

—Tiene usted temperamento de artista —dijo Gavrilescu sonriendo.

Luego se sentó en un banco y le dijo adiós con la mano. Pero el cochero tiró de las riendas y paró el coche. Sacó una petaca y empezó a liarse un pitillo.

—Me gustan mucho las flores —dijo—. Los caballos y las flores. De joven, conducía una carroza fúnebre. ¡Qué bonito! Seis caballos, los seis con gualdrapas de paño negro con dorados, y flores, flores, ¡montones de flores! ¡Pues sí! Se nos fue la juventud, y lo demás también... Me he hecho viejo, y aquí estoy, de cochero de punto, por las noches, y con un solo jamelgo.

Encendió el pitillo y echó una larga bocanada. Luego dijo:

—Así que, mira tú por dónde, va usted donde las gitanas.

—Sí, es un asunto personal —se apresuró a explicar Gavrilesco—. Estuve esta tarde y se ha organizado un lío tremendo.

—¡Ay, las gitanas...! —dijo tristemente el cochero—. Si no fuera por las gitanas... —añadió agachando la cabeza—. Sí, si no fuera por ellas...

—Pues sí, todo el mundo habla de ellas. En el tranvía, quiero decir. Cuando el tranvía pasa por delante de su jardín, todo el mundo habla de ellas. Gavrilesco se levantó y siguió andando con el coche detrás.

—Vamos por allí —propuso el cochero indicando una callejuela con el látigo—, se acoda. Y, además, así pasaremos por delante de la iglesia. También allí están en flor los dondiegos de noche. No es que sean como los del general, pero ya verá como no se arrepiente.

—Tiene usted temperamento de artista —dijo Gavrilesco, pensativo. Delante de la iglesia, se pararon los dos para oler el perfume de las flores.

—Parece que no hay dondiegos —indicó Gavrilesco.

—Huy, hay toda clase de flores. Si ha habido entierro hoy, habrán quedado montones. Y ahora, al amanecer, se ponen todas a oler... Yo venía mucho por aquí con mi carroza fúnebre. ¡Qué bonito era!

Silbó al caballo y fue acompañando a Gavrilesco.

—Ya estamos casi. ¿Por qué no sube usted?

—Ya me gustaría, ya, pero no tengo bastante dinero.

—Me da usted lo que lleve suelto. Venga, suba...

Gavrilesco titubeó unos instantes, luego subió no sin esfuerzo.

En cuanto el coche hubo echado a andar, apoyó la cabeza en el respaldo y se quedó dormido.

—Es precioso —dijo el cochero—. La iglesia era rica, solo había gente fina... ¡Ay, la juventud...!

Volvió la cabeza y, al comprobar que Gavrilesco se había dormido, empezó a silbar entre dientes; el caballo echó a andar con un trotecillo corto.

—¡Ya hemos llegado! —gritó el cochero bajándose del pescante. Pero la puerta está cerrada...

Zarandé a Gavrilesco, que se despertó sobresaltado.

—La puerta está cerrada —repitió el cochero—. Tendrá usted que llamar. Gavrilesco cogió el sombrero, se arregló la corbata y se apeó. Luego buscó el monedero.

—Déjelo —dijo el cochero—. Ya me pagará otro día. De todas formas, voy a quedarme esperando. Suponiendo que caiga un cliente a estas horas, será por esta zona.

Gavrilescu se despidió, se acercó a la puerta, buscó la campanilla y llamó. La puerta se abrió en el acto. Entró en el patio y se dirigió al bosquecillo. Aún había una ventana débilmente iluminada. Llamó tímidamente a la puerta y, como nadie contestaba, hizo girar el picaporte y entró. La cingara vieja estaba durmiendo con la cabeza apoyada en la mesa baja.

—Soy yo, Gavrilescu —dijo dándole suavemente en el hombro—. Me ha metido usted en un montón de problemas —añadió cuando vio que se despertaba entre bostezos.

—Es tarde —dijo la vieja frotándose los ojos—. Ya no queda nadie. Pero, cuando lo hubo mirado bien, lo reconoció.

—¡Ah! Eres tú otra vez, el músico. Ya solo queda la alemana. Esa nunca duerme...

Gavrilescu notó que el corazón le latía más fuerte y empezó a temblar ligeramente.

—¿La alemana? —repitió.

—Cien *lei* —dijo la vieja.

Gavrilescu buscó la cartera, pero las manos le temblaban cada vez más y, cuando la encontró entre los pañuelos, se le cayó al suelo.

—Disculpe —dijo agachándose trabajosamente para cogerla—. Estoy bastante cansado. He tenido un día terrible...

La anciana cogió el billete, se levantó, fue a abrir la puerta y, desde allí, señaló con el dedo la casa grande.

—Ten cuidado de no perderte. Sigues por el pasillo todo derecho y cuentas siete puertas. Llamas tres veces en la séptima y dices: «Soy yo, me manda la vieja».

Contuvo un bostezo dándose una palmada en la boca y cerró la puerta. Gavrilescu, casi sin aliento, se encaminó a la gran mansión, cuyo espejeo plateado divisaba bajo las estrellas. Subió los escalones de mármol, abrió la puerta y se paró un momento, indeciso. Ante él, había un pasillo débilmente iluminado. De nuevo sintió Gavrilescu que el corazón le latía muy fuerte, como si estuviera a punto de estallarle. Avanzó, nervioso, contando en voz alta las puertas ante las que pasaba. No tardó en darse cuenta de que iba por trece, catorce... y se detuvo, desconcertado. «Querido Gavrilescu», susurró, «cuidado, ya te has vuelto a armar un lío. No son trece ni catorce, sino siete. Es lo que te dijo la vieja: que contaras siete puertas».

Quiso regresar para contar de nuevo, pero, nada más dar unos pocos pasos, se sintió tan rendido que se paró ante la primera puerta con la que se topó, llamó tres veces y entró. Era un salón grande, amueblado sencilla y casi pobremente. Se recortaba ante la ventana la silueta de una mujer joven que estaba mirando el jardín.

—Disculpe —farfulló Gavrilescu—. He contado mal.

La silueta se apartó de la ventana, se dirigió hacia él con paso lánguido, y una fragancia olvidada le volvió a la memoria.

—¡Ildegard! —exclamó, y el sombrero se le resbaló de los dedos.

—Llevo tanto esperándote —dijo la joven aproximándose—. Te he buscado por todas partes...

—Fui a la cervecería —murmuró Gavrilescu—. Si no hubiera ido con ella a la cervecería, no habría pasado nada. O si hubiera llevado dinero... Mientras que, así, pagó ella, Elsa, y entonces, comprendes, me sentí obligado..., y, ahora, ya es tarde, ¿verdad? Es muy tarde...

—No tiene ninguna importancia —dijo la joven—. Ven, vámonos...

—Pero es que me he quedado sin casa, me he quedado sin nada. Ha sido un día terrible... Estuve charlando con la señora Voitinovici y me dejé las partituras...

—Siempre fuiste despistado —dijo ella sin dejarlo concluir—. Vámonos...

—Pero ¿adónde? ¿Adónde? —intentó gritar Gavrilescu—. En mi casa se ha metido alguien, se me ha olvidado cómo se llama, alguien a quien no conozco... Y ni siquiera está en casa para que se lo pueda explicar. Se ha ido de vacaciones...

—Ven conmigo —dijo la joven tomándolo de la mano, y lo condujo suavemente hacia el pasillo.

—Pero si tampoco tengo dinero —prosiguió Gavrilescu a media voz—. Precisamente ahora, cuando han cambiado los billetes y ha subido el tranvía.

—Sigues siendo el mismo —dijo la joven riendo—. Estás asustado.

—Y ya no me queda nadie conocido —siguió diciendo Gavrilescu, sin levantar la voz—. Todo el mundo está de vacaciones. Habría podido pedirle algo prestado a la señora Voitinovici, pero la gente dice que se ha ido de vacaciones... ¡Huy! El sombrero —exclamó, y se volvió para ir a buscarlo.

—Déjalo. Ya no lo necesitarás nunca más.

—Nunca se sabe, nunca se sabe —insistió Gavrilescu, e intentó zafar la mano de la mano de la joven—. Es un sombrero estupendo, casi nuevo.

—¿Así que es cierto? —preguntó la joven, sorprendida—. ¿Aún no te has dado cuenta? ¿No te das cuenta de lo que te acaba de pasar hace un rato, un ratito solo? ¿De verdad no te das cuenta?

Gavrilescu la miró fijamente a los ojos y suspiró.

—Disculpa, pero estoy algo cansado. He tenido un día terrible... Pero ahora creo que empiezo a sentirme mejor...

La joven lo arrastró suavemente tras de sí. Cruzaron el patio y salieron, sin abrir la puerta. El cochero los esperaba echando un sueñecito, y la joven hizo subir a Gavrilescu con ella al coche, siempre con la misma suavidad.

—Pero si te juro —cuchichea—, si te doy mi palabra de honor de que no me queda un céntimo...

—¿Adónde vamos, señorita? —preguntó el cochero—. ¿Y a qué velocidad? ¿Al paso o al trote?

—Vaya hacia el bosque, por el camino más largo —contestó la joven—. Y despacio. No tenemos prisa...

—¡Ay, la juventud...! —dijo el cochero, y silbó al caballo.

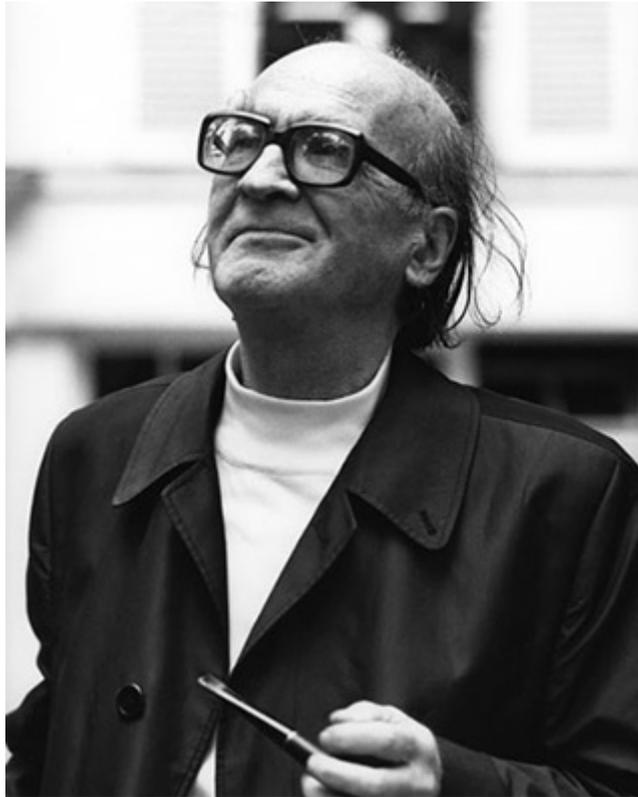
Ella llevaba cogida la mano de Gavrilesco entre las suyas, pero había apoyado la cabeza en el respaldo y miraba al cielo. Él clavaba en ella una mirada intensa, concentrada.

—Hildegard —dijo al fin—, me está pasando algo y no sé muy bien qué. Si no te hubiera oído hablar con el cochero, creería que estoy soñando...

La joven volvió la cabeza hacia él y le sonrió.

—Todos estamos soñando —dijo—. Así empieza. Como en un sueño...

*París, junio de 1959*



MIRCEA ELIADE (Bucarest, Rumania, 9 de marzo 1907 - Chicago, Estados Unidos, 22 de abril 1986), fue un filósofo, historiador de las religiones y novelista rumano. Hablaba y escribía con corrección en ocho lenguas: rumano, francés, alemán, italiano, inglés, hebreo, persa, y sánscrito. Al terminar la segunda guerra mundial viajó a París, donde llegó a ser profesor de la École Pratique des Hautes Études hasta 1957, año en que se le nombró catedrático de historia de las religiones en la Universidad de Chicago, donde enseñó hasta su muerte, acaecida en el año 1986. Es uno de los fundadores de la historia moderna de las religiones. Erudito estudioso de los mitos, Eliade elaboró una visión comparativa de las religiones, hallando relaciones de proximidad entre diferentes culturas y momentos históricos. En el centro mismo de la experiencia religiosa, Eliade situó a lo sagrado, como la experiencia primordial del Homo religiosus. Su formación como historiador y filósofo lo llevó a profundizar en mitos, sueños y visiones, escribiendo sobre el misticismo y el éxtasis. En la India, estudió el yoga y leyó directamente en sánscrito textos clásicos del hinduismo que no habían sido traducidos a lenguas occidentales.

# Notas

[1] El autor juega aquí con la homonimia *Les Trois Grâces* (Las tres gracias) y *Les Trois Grâsses* (Las tres gordas). <<

[2] Especie de choza excavada, en parte, en el suelo. <<

[3] Dulce de origen turco. <<